

BLAIR HOLDEN@JESSGIRL93

BAD BOY'S GIRL



QUIEN BIEN TE QUIERE
TE HARÁ REÍR

BAD BOY'S GIRL
Blair Holden

Quien bien te quiere
te hará reír
Traducción de **Sheila Espinosa Arribas**

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

1

Mi objetivo del año: no acabar en la morgue ¿Dónde te ves dentro de cinco años? Es una pregunta que todos hemos oído alguna vez y que odiamos, o al menos la odiarías si fueras como yo. Supongo que hay gente que tiene toda la vida planeada y, si les pides que te detallen qué van a hacer en los próximos cinco años, se vienen arriba. Es que, de verdad, me parece increíble que alguien pueda estar tan seguro de sí mismo y de dónde estará dentro de cinco años. Tampoco pretendo abrir un debate filosófico sobre el tema, pero para alguien como yo, que ni siquiera sé qué cenaré esta noche, tanta expectativa puede acabar provocándome un ataque de nervios.

Y es que cuando tenía dieciocho años, recién acabado el instituto, jamás se me habría ocurrido que a los veintidós estaría celebrando Halloween en chándal y subiendo cajas a pulso hasta mi nuevo piso, que está en una cuarta planta.

Mi piso.

El mismo en el que vivo yo sola.

—¿Se puede saber qué hay en esta? —pregunta mi hermano con la frente cubierta de sudor, mientras carga con una de las tres cajas llenas de zapatos que he traído.

Teniendo en cuenta que es un loco del gimnasio, tanto agotamiento por su parte es una prueba más de la gravedad de mi obsesión por los zapatos. Es un vicio que descubrí durante el primer año de universidad y que en los dos siguientes no hizo más que empeorar.

—Ten cuidado con mis bebés, Trav, y para de quejarte. Recuerda que la idea de no contratar una empresa de mudanzas fue tuya.

Soplo y resoplo mientras subimos el último tramo de escaleras. Los ascensores están fuera de servicio, cómo no. Al menos hoy ya no tendré que hacer sesión de cardio.

—Lo decía porque eres nueva en la ciudad y prefiero que mi hermanita pequeña no muera apaleada justo en la víspera de su primer día de trabajo.

Le pongo los ojos en blanco. Da igual los años que tenga; el instinto protector de Travis siempre seguirá vivo y con la misma intensidad de siempre. Creo que está intentando compensarme por todos los años que no pude contar con él y, aunque no quiero que se pase la vida sintiéndose

culpable, reconozco que me gusta saber que mi hermano mayor se preocupa por mí.

Aunque no sea capaz de cargar con una mísera caja llena de zapatos.

—En serio, Travis, eres la alegría de la huerta... ¿Así es como le das la bienvenida a tu hermana? —le espeta su novia y una de mis mejores amigas, Beth Romano, mientras nos adelanta.

Beth se está portando como una jabata. Me está ayudando en todo lo que puede; hasta ha pedido el día libre en el trabajo. Es becaria en un sello discográfico muy importante, lo que vendría a ser el trabajo de sus sueños, aunque sé que le están dando caña. Encima ha tenido que venir a la ciudad, con la locura que es Halloween, y la adoro aún más por ello.

—No tengo miedo —intervengo—. Con la cantidad de comprobaciones que habéis hecho entre papá, mi novio y tú, sé que aunque se escapen todos los presos de Guantánamo yo estaré a salvo en mi pequeña caja fuerte.

Los hombres de mi vida aún no se han hecho a la idea de que voy a vivir sola por primera vez y, encima, en una ciudad nueva; y es que en cuanto supe que me habían dado el trabajo no lo pensé dos veces. ¿Que tengo que vivir sola? Sin problemas. Además tampoco es que haya mucho donde elegir en cuanto a compañeros de piso se refiere. Beth y Travis llevan cinco años viviendo juntos y mi otra mejor amiga, Megan, también comparte piso con su novio mientras estudia medicina en Maryland. En su momento, consideré la posibilidad de preguntárselo a otra de mis amigas, Cami, pero nada más aceptarla en psiquiatría, su novio, Lan, se me adelantó y buscó un apartamento para los dos. Él ya conoce la ciudad. Trabaja en una empresa de inversiones y en cuanto supo que su novia también se venía a vivir aquí durante al menos cuatro años... Pues eso, que no tuve ninguna posibilidad.

Sé que se sienten culpables por cómo han acabado las cosas. Cuando íbamos al instituto, siempre decíamos que cuando fuéramos mayores viviríamos juntas, pero no lo hicimos en la universidad y tampoco parece que vaya a pasar, al menos no por ahora; aunque, la verdad, estoy bastante emocionada con esto de la independencia. Un poco cagada también, lo admito; he visto demasiados documentales sobre neoyorquinas que terminan convirtiéndose en carne de asesino en serie, pero de momento creo que podré arreglármelas sin acabar hecha carne picada.

Ese es mi objetivo del año: no acabar en la morgue.

Además, sé que hay alguien que siempre cuida de mí. Un chico que se preocupa por mis cosas más que yo misma, que no se va a dormir hasta que

no ha hablado conmigo y que no se pone en marcha por la mañana hasta que no le mando el primer mensaje del día. Lo echo de menos con todas mis fuerzas, pero mientras sepa que puedo contar con él, no me preocupa lo que me depara el futuro. Porque si hay una constante imprescindible en mi vida es Cole Grayson Stone y sé en lo más profundo de mi ser que nunca me fallará.

Nos las apañamos para subir las últimas cajas y, *voilà*, por fin me he mudado oficialmente a Nueva York del piso de estudiantes que compartía con Cole en Providence. Beth silba impresionada mientras se pasea por las habitaciones. He de reconocer que me alegro de que durante estos últimos dos años mi padre se haya dedicado a las inversiones inmobiliarias. De no ser así, tendría que vender varios órganos si quisiera alquilar un piso como este por mis propios medios y encima solo me llegaría para el primer mes. Es un apartamento reformado con mucho gusto, de una habitación y dos baños, en un edificio con portero de los de antes de la Segunda Guerra Mundial. Los techos son altos y con las vigas al descubierto; los suelos, de madera y muy bonitos, y tengo espacio de sobra para guardar mi colección de zapatos, además de mucha luz natural. La sala de estar es grande y la preside una mesa de comedor donde se pueden sentar fácilmente seis personas. La cocina también es muy amplia y soleada; la encimera es de cuarzo y los electrodomésticos, de acero inoxidable, totalmente nuevos. Hay un montón de armarios por si algún día me da por atracar una tienda de KitKats. Es demasiado para una persona y, de hecho, ya empiezo a sentirme un poco abrumada con tanto espacio, pero teniendo en cuenta los otros pisos que he visitado y que se ajustaban a mis posibilidades económicas, sé que este es el mejor de todos.

Le estoy muy agradecida a mi padre por haberme echado una mano. Creo que si ha aceptado la idea de que viva sola es porque sabe que será en un edificio del que es copropietario. Al igual que mi hermano, sospecho que él también se siente culpable por no haberse involucrado demasiado en mi vida, al menos hasta hace poco, y porque sus aspiraciones políticas a veces han tenido consecuencias bastante graves sobre mí. Ahora estamos mucho mejor, hemos recorrido un camino muy largo como familia. En cuanto a mi madre..., bueno, hablamos de vez en cuando y este último año hemos intentado quedar más a menudo. No creo que mis padres sean capaces de estar bajo un mismo techo, pero, eh, tampoco aspiramos a ser la tribu de los Brady.

—¿Seguro que no queréis quedaros esta noche? Tengo espacio de sobra y hay un chino muy bueno aquí cerca.

Lo reconozco: me siento un poco sola.

Beth y Travis se miran y es como si se comunicaran por telepatía: se están aguantando la risa; es evidente que esconden algo.

—¿Qué? —Nos encantaría quedarnos pero... —dice Beth, y en sus labios se dibuja una sonrisa pícaro a la que Travis responde con un gruñido.

—Qué mal se os da lo de los secretitos, ¿eh? —¿Qué secretitos? ¿Qué está pasando? Travis se encoge de hombros.

—Si ya casi se lo hemos dicho. Es evidente.

—Tú chitón, que no sabe nada. Yo solo le he dicho que se depile las piernas y que se ponga algo decente. Si conocieras a tu hermana sabrías que, en cuanto salgamos por la puerta, se va a tumbar en su preciosa cama con dosel para ponerse hasta el culo de KitKats.

Está claro que hay cosas que nunca cambian.

Travis asiente.

—Podrías haberme ahorrado la parte de la depilación, pero sí, supongo que tienes razón.

—A ver, ¿os importa explicarme qué está pasando? —Claro que no. Tu hermano y yo nos vamos a una fiesta de Halloween.

Yo voy de dominatriz y tardo una eternidad en meterme en el disfraz, incluso con la ayuda tu hermano —Beth mira de reojo a Travis—. O precisamente por eso.

Le guiña un ojo y yo finjo una arcada. Travis la mira completamente embobado... Parece mentira que lleven cinco años juntos.

—Te invitaríamos encantados, hermanita, pero seguro que después del día que llevas prefieres quedarte en casa... por lo que pudiera pasar.

Pues vale.

—Tienes razón, estoy agotada.

Más que agotada, de hecho. Me he levantado de madrugada para empezar la mudanza a una hora decente y he venido en coche hasta aquí. Me cuesta mantener los ojos abiertos y, aunque mi lado neurótico se muere de ganas de empezar a deshacer cajas, ahora mismo daría cualquier cosa por una ducha caliente y una cama.

Pero, al parecer, tengo que depilarme las piernas y no sé por qué.

—Bueno, pues te dejamos tranquila. Recuerda que mañana hemos quedado para desayunar.

Beth arquea una de sus cejas, perfectamente depiladas, como advirtiéndome de las terribles consecuencias a las que me enfrente, si se me ocurre darle plantón.

—No me olvido, tranquila. Nos vemos allí.

—Y, pase lo que pase, ni se te ocurra dejarnos colgados.

—Oídooo.

Alargo la palabra y los observo detenidamente en busca de alguna señal que me confirme que van drogados. Tiene que ser eso, es lo único que explicaría este comportamiento tan raro.

—Venga, Capitana Obvia, vámonos a casa. No te olvides del traje de látex.

Travis medio arrastra medio empuja a Beth hacia la puerta y ella se deja, no sin antes dedicarme una sonrisa lasciva.

Pero ¡qué...! Al cabo de unos minutos, mi hermano vuelve para cerciorarse de que tengo todos los números de emergencia a mano. Revisa dos veces las cerraduras y se asegura de que tengo comida como mínimo para tres apocalipsis zombis.

Me planta un beso en lo alto de la cabeza y, antes de marcharse otra vez, me dice que me cuide.

Tanto instinto protector podría acabar siendo claustrofóbico, pero sé que lo hace con la mejor de las intenciones. Precisamente por eso me contengo y no le digo al portero que, a partir de ahora, solo le permita la entrada con cuentagotas. Porque Travis querrá saber si estoy bien y querrá saberlo varias veces al día. De momento, sé que está mirando pisos por la zona. Mi padre le ha ofrecido uno en el mismo edificio, pero la relación entre los dos es tan tensa que a mi hermano le cuesta aceptar cualquier cosa que venga de él.

Creo que podría convencerlo para que acepte. Le recordaré lo bien que le vendría para ahorrar, sobre todo si aspira a comprarse algo en un futuro.

Ah, las responsabilidades...

Siguiendo las indicaciones de mi mejor amiga, me doy una ducha y me pongo algo cómodo. Me han invitado a un par de fiestas de Halloween, pero no me apetece ir. Tengo tantas ganas de instalarme en mi nuevo piso que creo que voy a empezar a abrir cajas. También debería llamar a Cole, pero esta mañana he hablado con él y me ha dicho que iba a quedar con su grupo de estudio y que estaría liado al menos hasta dentro de un par de horas. Intento no echarlo de menos y me pongo manos a la obra. El piso está totalmente amueblado, así que hay poco que hacer; solo colocar las cosas para

hacérmelo un poco más mío. El decorador de mi padre lleva días llamándome para saber cuáles son mis gustos, pero a mí me encanta el piso tal como está, con sus cortinas de color crema y oro y sus pinceladas de azul por toda la estancia.

Me paso las dos horas siguientes desembalando ropa, libros y algunas piezas de decoración que me he traído de Providence. Cole y yo nos habíamos pasado los últimos tres años organizando el piso a nuestro gusto y he de reconocer que el día que lo guardamos todo en cajas se me partió el corazón. Se llevó algunas cosas, y yo, otras. Lo que no necesitábamos lo donamos a la beneficencia, pero ahora, mientras reparto las fotos enmarcadas por mi nueva casa, no puedo evitar echar de menos lo que he dejado atrás: la persona con la que he compartido mi vida. Me siento culpable. Podría haber hecho más entrevistas en Chicago, haberme esforzado más, pero los dos sabíamos que lo que realmente quería era venirme a Nueva York. Fue muy difícil tomar la decisión y no negaré que lloré lo mío, pero al final los dos comprendimos que, aunque ahora estemos separados, esto no es más que otra etapa sobre la que construir el resto de nuestra vida juntos.

No sé si estaré en Nueva York hasta que Cole termine la carrera de Derecho, pero de momento siento que he tomado la decisión correcta, tanto para él como para mí. Cuando empezamos la universidad, mucha gente, con nuestros padres a la cabeza, nos decía que la relación que teníamos no era sana, que necesitábamos estar separados para ser nosotros mismos. Entre los dos les demostramos que se equivocaban, y es que ahora mismo, a pesar de los kilómetros que nos separan, no me dejó dominar por mis inseguridades y sé que Cole tampoco lo hace.

Conseguiremos que lo nuestro funcione.

Me sacudo la melancolía y coloco toda la ropa en el armario, asegurándome de dejar espacio suficiente para las cosas de Cole. No sé cuándo podrá venir a verme, pero, mientras organizo las camisetas que le he ido robando en su lado del armario, me doy cuenta de que aún no soy consciente de que ya no vivimos juntos. Ya no podré verlo siempre que quiera, no podré tocarlo ni sentir su piel cuando me apetezca, no podré mirarlo a los ojos y trazar las líneas de su rostro cuando sonrío. No podré acariciarle el pelo con mis manos, ni refugiarme en su cuerpo si tengo un mal día. No podré sentir sus labios sobre los míos, y la idea me resulta agobiante.

Conque relación a distancia, ¿eh? Qué gran idea, Tessa.

Estoy tan inmersa en mis cavilaciones que tardo un buen rato en oír el

timbre. El sonido me coge tan desprevenida que doy un respingo. La lista de personas que pueden subir directamente sin que el portero me avise es cortísima y dos de ellas acaban de marcharse. No puedo evitar poner los ojos en blanco; seguro que Travis se ha olvidado de cambiar una bombilla y ha dado media vuelta porque, claro, su hermanita no puede vivir sin la iluminación perfecta. Me dirijo hacia la puerta con paso decidido. Si quiero que esto funcione, será mejor que Travis aprenda a respetar mi espacio.

—Travis —digo mientras abro la puerta—, ¿quieres hacer el favor...? Las palabras mueren antes de salir de mi boca. De pronto, soy incapaz de formar una frase coherente. Tengo el cerebro demasiado ocupado intentando procesar lo que estoy viendo. Los ojos se me salen de las cuencas, el corazón me late desbocado; lo echo tanto de menos que es probable que esté teniendo una alucinación. No puede ser, es imposible que haya cogido un avión...

—Me estoy volviendo loca... Es eso, ¿no? El Cole imaginario, que es tan impresionante como el de verdad, con su sudadera azul marino y sus vaqueros que le sientan como un guante; tiene la cara roja del frío y el pelo alborotado por el viento. Lleva un abrigo colgado del brazo y una maleta en la otra mano. La expresión de absoluta alegría que le ilumina la cara es tan real que me golpea con la fuerza de un camión de doce ejes. Siento como si algo chocara contra mi pecho y apenas puedo respirar. Parece muy real; demasiado. No sé si mi imaginación es capaz de recrearlo con tanto detalle.

Pero no está aquí, es imposible.

—Bizcochito.

Tiene la voz ronca y le falta el aliento como si hubiera subido las escaleras cargando con la maleta porque el ascensor no funciona. Venga ya, Tessa; ya que te lo imaginas, al menos que el pobre pueda usar el ascensor.

—¿Es posible que estar enamorado sea esto? ¿Echar tanto de menos a alguien que un buen día se te va la olla y empiezas a ver visiones? Cole ladea la cabeza y me dedica una sonrisa pícaro y adorable.

—¿En serio crees que no soy real? —Lo que creo es que llevo tanto tiempo oliendo tus camisetas que se me ha subido el olor a la cabeza. Se supone que ahora mismo estás en Chicago, estudiando. Si casi no tienes tiempo ni para respirar, imagínate para subir a un avión y volar hasta otro estado. Considerando todo esto, está claro que me estoy volviendo loca.

—Tessie... —El Cole imaginario da un paso hacia mí—. Soy yo.

—Pero es imposible. —Retrocedo—. Soy demasiado joven para perder la cabeza. Ni siquiera he tenido un trabajo de verdad. Me quedan tantas cosas

por hacer, tanto por ver... Ni siquiera hemos hablado de adoptar un perro. ¿Te das cuenta? Dios, pero qué hago hablando con una alucinación.

Y es entonces cuando el Cole imaginario entra en mi casa como una exhalación, me atrae hacia su pecho y me besa como si no hubiera un mañana. Se me doblan las rodillas, literal y figuradamente, pero, en cuanto mi cerebro ata cabos y entiende que es imposible que un producto de mi propia imaginación me bese de esta manera, soy consciente de que está aquí de verdad y que he perdido un tiempo precioso comportándome como una imbécil.

Le devuelvo el beso y se le escapa un gemido; está claro que se alegra de que la moderadora de este polémico debate sobre su presunta materialización sea yo. Le paso los brazos alrededor del cuello, me apretujo contra su pecho y nos besamos hasta quedarnos sin aliento. Hace casi tres semanas que no nos vemos, desde que voló a Providence desde Chicago. Empezó las clases en septiembre y desde entonces no ha parado ni un segundo. Solo tiene clase tres días a la semana, pero la carga de trabajo es tan brutal que no le queda tiempo libre para perderlo cogiendo aviones.

Pero ahora está aquí. Me estrujo contra su cuerpo y él me pasa los brazos alrededor de la cintura para pegarme literalmente a su pecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mientras intento recuperar el aliento.

Cole me tira de la barbilla para que levante la cabeza y me planta un beso en el mentón.

—¿En serio crees que me iba a perder tu primer día de independizada? Sabía que estarías nerviosa y siento no haber llegado antes, pero al menos quería hacer acto de presencia en este día tan importante para ti.

—Pero... ¿y las clases? Hago mis cálculos en silencio. Hoy es jueves por la noche y tiene clase de martes a jueves. Seguro que ha ido directo al aeropuerto y ha cogido el primer avión que ha encontrado.

No me lo puedo creer.

—Pero... pero... no hacía falta. Tienes que trabajar e ir a clase. ¡Tú mismo me has dicho que tenías un montón de trabajo pendiente para este fin de semana! Cole se encoge de hombros.

—Lo haré desde aquí.

Se me llenan los ojos de lágrimas; ahora mismo tengo las hormonas descontroladas. Le acaricio la cara, me pongo de puntillas y le planto el beso más dulce del mundo en los labios.

—¿Alguna vez te he dicho lo mucho que te quiero? Él sonríe.

—Seguramente, pero no me importaría que me lo volvieras a decir.
Y es lo que hago, muchas veces y de todas las formas posibles.

2

Una adolescente lo tendría más fácil para resistirse a los encantos de un chándal de terciopelo —¡Lo habéis conseguido! Al día siguiente, Beth nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja en la cafetería en la que hemos quedado, a un par de manzanas de mi piso.

—Pareces sorprendida.

Me apoyo en mi novio, que me pasa un brazo alrededor de los hombros y me espachurra contra su pecho.

—Pues sí, la verdad. Pensaba que estaríais muy ocupados.

Le guiña el ojo y en el pecho de Cole retumba una carcajada. Beth se levanta y le da un abrazo. Hace bastante tiempo que no se ven. Desde que acabamos la universidad, cada vez nos cuesta más quedar con una cierta regularidad. Al menos a partir de ahora estaré más cerca de Travis y Beth.

¿Lo malo? Que por muy cerca que esté de mi familia, a Cole lo tengo más lejos que nunca.

Son solo unos años, me digo. Paciencia.

Travis vuelve cargado de cafés para todos y saluda efusivamente a Cole.

Ha llovido mucho desde la época en que no se soportaban.

—¿Cuánto tiempo lleváis planeándolo? —pregunto, y bebo un sorbo de mi *macchiato* de avellana cargado de azúcar.

—Desde que elegiste el día para la mudanza. —Beth me mira y sonrío—.

¿Qué? ¿Creías que tu novio se iba a librar de subir cajas? —Yo creo que me he lesionado subiendo tanto zapato —protesta Travis con un gruñido, y le tiro una servilleta para que se calle.

—No te preocupes, Tessie, yo me ocupo de lo que falte. Y sin quejarme, no como el tirillas de tu hermano —se burla Cole.

Pasa un brazo por encima del respaldo del asiento y yo me aprieto aún más contra su pecho. Últimamente me he dado cuenta de que nos hemos convertido en una de esas parejas de las que solíamos burlarnos cuando aún vivíamos en la ignorancia de la soltería. Entonces solía preguntarme cómo es posible que dos personas no soporten la idea de estar físicamente separadas, aunque solo sea el escaso tiempo que pasan en público. Con quince años era imposible que entendiera que, cuando estás enamorado, necesitas estar en contacto con tu pareja como sea. Y son precisamente las caricias más leves,

la mano apoyada en la base de la espalda, el beso en la mejilla, el roce de los dedos en la palma de la mano; en definitiva, los pequeños gestos que tu chico hace sin apenas percatarse los que te demuestran que está totalmente entregado.

Miro a Cole y me muerdo los carrillos. Ya no debería sentir esto, esta emoción desatada que me desborda cada vez que pienso en él. ¿Cómo es eso que dicen de la luna de miel? Estoy segura de que hemos superado con creces el tiempo que dura esa fase y sigo tan enamorada de él como hace cinco años.

Para mí no ha cambiado nada, mis sentimientos no han perdido fuerza; más bien al contrario: han crecido con el paso del tiempo, han evolucionado hasta convertirse en lo más importante de mi vida.

—¿Hasta cuándo te quedas? —le pregunta Travis y, mientras hace la pregunta, no aparta los ojos de mí.

Está preocupado y se le nota. Sé que no le gusta que viva sola y encima mi historial de inseguridades me convierte en una mala candidata para tener una relación a distancia.

Me gusta creer que al menos en eso he cambiado.

—Hasta el lunes por la noche. —Cole aprieta los dientes—. Técnicamente el martes no hace falta que vaya a clase, pero el profesor es un hueso. Al menos podré darte ánimos en tu primer día de trabajo.

Me sonrío y siento una mezcla de euforia y de nervios. Un trabajo, una vida adulta de verdad con las mismas responsabilidades que llevo años esquivando. He sido becaria en un par de sitios, pero, cuando me imagino trabajando de nueve a cinco y ocupándome de cosas importantes, no puedo evitar que los nervios se apoderen de mí. Todo el proceso de selección fue como la seda. Mandé el currículum a varios grupos editoriales y por eso me sorprendió que me dieran el puesto de ayudante de editor en una revista de belleza.

Siempre me había imaginado trabajando en el sector editorial, descubriendo libros y escritores cuyas historias merecieran ser contadas.

Quería dar con los libros más mágicos e inolvidables, de esos que el lector lleva consigo toda la vida, contribuir a que tuvieran un papel tan importante en las vidas de los demás como lo habían tenido en la mía.

Y ahora resulta que en cuestión de días empezaré a escribir sobre barras de labios. La verdad es que ha sido toda una sorpresa.

Sé que con el tiempo mejoraré, que este trabajo no es más que un punto de partida. Trabajaré aquí durante una temporada y luego me buscaré algo

mejor. El puesto en sí está bien y me permitirá ahorrar para el futuro, pero al mismo tiempo no puedo evitar pensar que mi vida está a punto de convertirse en un sucedáneo de *El diablo viste de Prada*.

—Eh, ¿estás bien? Cole me tira del brazo e interrumpe mis pensamientos. Miro a mi alrededor y veo tres expresiones de preocupación en tres caras distintas.

—No me digas que aún estás preocupada por lo de encajar. Ya verás cómo todo sale bien, Tessa.

Beth me mira fijamente. Se nota que le preocupa el poco efecto que sus palabras tienen sobre mí.

—Estos días me he dedicado a suscribirme a todos los canales de belleza de YouTube que he encontrado. ¿Os habéis dado cuenta de lo complicado que se ha vuelto maquillarse? —Me vuelvo hacia Cole—. Ahora resulta que hornear ya no es lo que hace la abu Stone en Acción de Gracias, sino algo que te haces en la cara. Es absurdo.

Cole parece sorprendido.

—Pero ¿te embadurnas la cara con harina o qué? A Beth se le escapa la risa.

—No vas desencaminado. Pero, Tessa, deja de preocuparte. No hay nada que no sepas ya y lo que no sepas, lo puedes buscar en Google. Es lo que hago yo.

—Pero es que... ni siquiera se me había pasado por la cabeza que algún día acabaría trabajando en la industria de la belleza. He tenido que comprarme un montón de ropa sofisticada para poder ir a la oficina. Yo solo quería trabajar en una editorial pequeña que me permitiera ir cómodamente en jersey y vaqueros —me lamento.

—Todo llegará, Tessa, yo tengo fe en ti. —Mi novio me frota la espalda para tranquilizarme—. Pero, de momento, empieza por hornearte la cara.

Después del desayuno nos despedimos, no sin antes hacer planes para mañana por la noche. La mudanza me ha dejado agotada y sé que Cole aún no se ha recuperado del vuelo, así que el plan es echarnos una siesta rápida antes de salir esta noche los dos juntos.

Pensaréis que somos aburridos; yo creo que somos como todas las parejas estables.

—Y pensar que yo vivo en un piso sin calefacción ni agua caliente que siempre huele a comida china para llevar —protesta, y se desploma sobre la cama.

Me río y me tumbo a su lado.

—Eh, eso es cosa tuya. Podrías buscarte algo en una zona mejor. No sé por qué te estás haciendo esto a ti mismo.

—Si consigo ahorrar, luego tendremos más posibilidades de encontrar algo aquí para los dos. Un piso en el que no tenga la sensación de estar viviendo a costa de tu padre.

Se me parte el corazón. Maldita sea, por qué siempre tiene que dar en el clavo.

—Si te entiendo. Ya sabes que yo también estoy intentando ahorrar, pero dormiría mucho más tranquila si te buscaras un piso mejor, un sitio donde al menos no corras el riesgo de convertirte en un polo humano.

—No sé yo, ¿eh? Tú seguro que echas de menos eso que siempre te hace dormir del tirón.

—Pues, ahora que lo dices, creo que no sé a qué te refieres. ¿Has probado el colchón? ¿Y las almohadas? Parece que estén hechos de nubes. Tú ni siquiera has querido gastarte la pasta en una almohada de Ikea mínimamente decente.

Antes de la mudanza, lo ayudé a comprar algunos muebles por internet y vaya si se está tomando en serio lo de «ahorrar para el piso de Nueva York».

Casi le da algo cuando vio la etiqueta de la almohada con los trece dólares.

Claro que una de las cosas que me tiene enamoradita de él es precisamente lo mucho que se preocupa por el bien de los dos.

—Ojalá pudiera comprarte algo sin que acabaras convirtiéndolo en un problema.

Lo miro a la cara y me invade una sensación de culpa. Aquí estoy yo, viviendo rodeada de lujos, mientras a él apenas le da tiempo a ocuparse de todo.

—¡Cómo no voy a convertirlo en un problema, si me querías comprar una cama de mil pavos! —Si no fueras tan egocéntrico, te darías cuenta de que la cama era un regalo para los dos. Ahora, cuando vaya a verte, tendré que dormir en esa que tienes que es el equivalente a dormir en el suelo.

—Lo que tú digas, princesa. Los dos sabemos que, cuando hay una cama cerca, que sea cómoda o no es lo de menos.

Me dedica una de esas sonrisas picaronas tan suyas, esas que me aceleran el corazón y me disparan la tensión.

—Qué bien se te da cambiar de tema —le digo con la voz un poco ronca.

De momento, me olvido de lo cansado que se le ve, de lo agotado que ha estado estas últimas dos semanas. Ahora mismo está pagando las consecuencias de subirse a un avión para venir a verme, aunque solo sean dos días. Me trago el sentimiento de culpa; no pienso permitir que me estropee el poco tiempo que tenemos. Así pues, cuando me atrae hacia su cuerpo y me cubre de besos, pienso en él, solo en él, y no en el hecho de que no tengo ni idea de la vida que lleva cuando no está conmigo.

Cole se queda dormido como un lirón. Cuando se acerca la hora de salir hacia el restaurante en el que hemos reservado mesa, decido no despertarlo y pido comida italiana por teléfono para cuando se despierte. Su móvil no ha parado de sonar ni un segundo; la pantalla se ilumina una y otra vez. Al final, aunque no tengo por costumbre mirarle el teléfono, decido hacer una excepción por si es algo urgente.

Lo primero que veo es un montón de mensajes de un grupo. Por el nombre, diría que es de alguna asignatura de las que hace este semestre, y cuando los leo veo que no me equivoco. Son de gente discutiendo sobre términos legales que conozco porque yo también los estudié en la carrera, pero lo que me llama la atención es que parece que estén cabreados con Cole por haberlos dejado tirados en medio de un trabajo en grupo. No me da tiempo a leer más; oigo pasos detrás de mí y él aparece por la puerta del dormitorio.

No me hago la sorprendida ni disimulo como si no estuviera leyendo los mensajes.

—Parece que no te lo han puesto fácil para venir, ¿eh? Está adorable, con el pelo alborotado después de la siesta de cinco horas que se acaba de echar. Aún está cansado; se le nota en los ojos. Juro que antes de que se vaya me aseguraré de que esté bien descansado, pero ahora tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

—¿Por qué lo dices? Se acerca y baja la mirada hasta su móvil, que sigue en mi mano.

—No paras de recibir mensajes. Lo he mirado para asegurarme de que todo iba bien y...

—Has visto que la gente con la que voy a clase son una pandilla de imbéciles.

—Están cabreados.

—Son un montón de adultos en plena pataleta.

Me coge el móvil de la mano y, mientras lee los mensajes, cada vez va

frunciendo más el ceño. Se está mordiendo la lengua, se le nota. De pronto, apaga el móvil y lo tira encima de la cama.

—Problema solucionado. —Me sujeta la cara con las dos manos y me besa—. Sé que estás preocupada, que te estás comiendo la cabeza y que te inventas mil razones distintas para ser la culpable de que yo esté aquí, pero ¿sabes qué? Que quiero venir siempre que pueda. ¿Y esta gente? Hice mi parte del proyecto mucho antes de la fecha límite porque hacía semanas que había planeado este viaje. No soy su niñera; no es problema mío que sean incapaces de buscarse la vida y hacer su parte del trabajo. En serio, no te preocupes más.

—Vale, pero prométeme que cuando las clases sean demasiado duras o cuando directamente no tengas tiempo, me lo dirás —le digo mordiéndome el labio—. Sabes que te quiero aún más por haber venido a verme, pero no puedes seguir así. Tienes que concentrarte y aprobar el curso con nota. Eres consciente de que todas las mujeres fantaseamos con una versión de ti pero en abogado, ¿verdad? Cole abre los ojos como platos y me atrae hacia su pecho.

—¿Tienes fantasías con abogados? —¿Y quién no? —respondo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Es que no ves *Suits* o qué? —Es la primera vez que te lo oigo decir, bizcochito, te lo tenías muy callado. ¿Y qué pasa en esas fantasías? Siento que me arden las mejillas y agacho la cabeza para no tener que mirarlo a los ojos. A veces no puedo evitar hablar demasiado, por ejemplo, ahora.

Y sí, es posible ponerse colorada delante del chico que te ha visto desnuda mil veces.

Por suerte, suena el timbre y yo me libero de tener que seguir revelando secretos. Además, la idea de comer basta para que Cole me suelte.

—Sabes que acabaré descubriéndolo, ¿no? Y encima con todo lujo de detalles.

—Eres un perverso —le espeto mientras me levanto para ir a pagar la comida.

—Sí, sí, pero que no se te olvide que soy tu perverso. —Me aparta a un lado para que no pague yo al repartidor—. Pon una peli, la que tú quieras.

Siento haberme quedado dormido, te he estropeado los planes. No te cortes, no me importa tragarme una comedia romántica.

—¿Y si es un musical? —Mejor aún —agacha la cabeza, avergonzado—. Prometo no quejarme y, si hace falta, hasta cantar un dúo contigo. Pero

mañana haremos todo lo que habías planeado, ¿vale, bizcochito? —¡Trato hecho! El tiempo pasa muy deprisa. El sábado ya toca a su fin y yo tengo ganas de llorar. Me siento ridícula. Pensaba que había encontrado la forma de sobrellevar su ausencia. Creo que tiene que ver con las semanas que hemos estado sin vernos, sin tener lo que tanto extraño al alcance de la mano. En el poco tiempo que lleva aquí, me he dado cuenta de que no estar con él a diario le ha restado una parte muy importante a mi vida. He descubierto hasta qué punto mi felicidad está ligada a su presencia física.

Sus brazos se tensan y me atrae hacia el calor de su pecho desnudo, como si supiera que estoy despierta y teniendo pensamientos desagradables.

—¿Qué hora es, Tessie? No abre los ojos, pero su mano me acaricia suavemente la curva de la espalda porque sabe que es la única manera de que mi cuerpo se relaje.

—Deben de ser las cinco de la mañana.

—¿Tienes ganas de salir a correr? La sola idea basta para ponerme los pelos de punta.

—Ni en la peor de mis pesadillas.

—Pues entonces duérmete otra vez, cariño.

Tiene la voz ronca y la típica barbita sexi de tres días.

—¿Y qué pasa si prefiero quedarme despierta mirándote mientras duermes? —Pues que sería un poco raro. Además, la falta de sueño te pone de mal humor y prefiero que no vayas por ahí escupiendo fuego al primero que se te acerque.

—Bien pensado.

Me conoce demasiado bien.

—Ven aquí.

Me lo susurra al oído y yo me acurruco aún más contra su cuerpo, si es que eso es posible. Llevo puesta una de sus camisetas porque soy incapaz de dormir desnuda, y la tela crea una barrera más bien escasa entre nuestros cuerpos. El calor que desprende me atraviesa la piel y me arrulla hasta que me quedo dormida. Lo último que pienso antes de cerrar los ojos es que se ha cargado mi cama: nunca volveré a dormir en ella sin pensar en lo a gusto que estaría con él a mi lado.

—Como ayer tuvimos que cambiar de planes, he pensado que hoy podríamos hacer algo un poco especial.

Es domingo por la mañana y Cole está preparando el desayuno. Bueno, en realidad ya casi es mediodía; hemos estado un buen rato remoloneando en

la cama. He de decir en mi defensa que al final he conseguido levantarme, a pesar de que a Cole se le había metido entre ceja y ceja que nos quedáramos un rato más acurrucados. Una adolescente lo tendría más fácil para resistirse a los encantos de un chándal de terciopelo.

—No hace falta, Cole. A mí no me importa estar en casa. De todas formas, esta noche hemos quedado con Travis y Beth para tomar algo.

—Pero me gustaría pasar un rato contigo sin que tu hermano nos mire como si estuviéramos a punto de pisar una mina.

—¡No exagères! Espera, ¿en serio hace eso? —Están preocupados, Tessie, como todo el mundo, y yo ya estoy harto de repetirles que nos las apañaremos para que lo nuestro funcione.

La primera persona que me viene a la cabeza es Cassandra. Ha pasado mucho tiempo desde que las cosas se torcieron entre la madrastra de Cole y yo, pero a veces es como si hubiera sido ayer. Supongo que cuando algo te duele tanto como las palabras de Cassandra es imposible que no te deje marca. Desde que me dijo que yo era el motivo por el que su familia y su hijo se estaban viniendo abajo, algo por lo que más tarde se disculpó, se ha desvivido para intentar enmendar su error y yo me he esforzado para que no se sintiera mal por ello; pero, aun así, desde entonces nuestra relación ha sido tensa e incómoda. Según ella, Cole se puso de mi lado y no del suyo cuando las cosas se torcieron y aún está resentida conmigo. Yo no quiero que Cole se distancie de su familia, así que ya no los veo tan a menudo como antes. Sé que él no está cómodo con la situación, pero no es tonto y sabe que su madrastra y yo no estamos pasando nuestro mejor momento, así que lo acepta.

Todo esto se traduce en vacaciones por separado y un montón de viajes de aquí para allá. Todavía estamos trabajando para que nuestra relación sea funcional, pero nos vamos acercando.

Poco a poco.

—La próxima vez que mis padres me vengan con lo de la relación a distancia, les pienso soltar que eran ellos los que querían que pusiéramos tierra de por medio cuando acabamos la universidad —le digo a Cole, y no puedo evitar babear al verlo de pie en la cocina.

Lleva una camiseta interior tan ajustada que apenas deja margen para la imaginación. Se nota que últimamente ha estado machacándose en el gimnasio. Cinco años nos han cambiado a los dos y, mientras yo intento llevar una vida lo más sana posible para no recuperar los kilos que tanto me

costó perder, el cuerpo de Cole se ha vuelto... ¿Qué palabras podría usar para describir algo tan pecaminoso? Ha dejado de jugar al fútbol americano de forma profesional, pero sigue siendo un auténtico yonqui del ejercicio. Ahora está mucho más definido, tiene los músculos más anchos, el pecho más esculpido y qué decir de esos brazos... Siempre he sentido debilidad por ellos y, ahora que los está flexionando delante de mí, no puedo evitar contemplarlo embelesada.

Lleva el pelo más largo por arriba y le cae un poco sobre los ojos, algo que sé que odia a muerte. Seguramente se ha olvidado de pedir hora en la peluquería. Normal, antes lo hacía yo. Ya vuelvo a notar esa extraña sensación de tristeza en la boca del estómago. Me pregunto si Cole está bien, si alguien cuida de él, si tiene con quien hablar cuando no estoy yo.

Sé que no debería pensar así, pero he compartido con él casi cuatro años de mi vida. Me sé su rutina de memoria, lo conozco como la palma de mi mano.

Sé la facilidad con la que se vuelca en el trabajo y olvida cuidarse como Dios manda. Formábamos un gran equipo. Yo controlaba su adicción al trabajo y él me animaba a superar mis propios límites cada vez que me dormía en los laureles.

Seguimos siendo un equipo, pero estando tan lejos es mucho más difícil actuar como tal.

—¿Te apetece ir a Central Park? —¿Cómo dices? Me he vuelto a quedar embobada.

—Digo que si hay algo en especial que te apetezca hacer.

—La verdad es que no.

Me devano los sesos. Nos queda poco tiempo, el lunes ya no estará y se me ocurren un millón de cosas que me gustaría hacer con él. Había venido un montón de veces a Nueva York, sobre todo de adolescente, pero es la primera vez que vivo aquí. A partir de ahora podré experimentar la ciudad como residente y Cole es la única persona que necesito tener a mi lado.

—Hay una exposición en el Metropolitan que me gustaría ver.

Él asiente.

—Pues hagamos eso.

Ojalá la vida siempre fuese tan fácil.

3

Eres un encantador de ovarios No tengo un currículum especialmente bueno en cuanto a primeros días se refiere. Lloré como una Magdalena el primer día de colegio y, si te soy sincera, es probable que llorara en todas las primeras veces que se sucedieron, incluida la del instituto. No me gustan los cambios, no me gustan el miedo y la ansiedad de no saber si tendrás a alguien con quien sentarte a la hora de la comida. Muchas veces fui la chica que en esos momentos se escondía en los lavabos porque, por aquel entonces, era mucho más violento sentarse solo en la cafetería. ¿Sitio nuevo, gente nueva, vida nueva? No tengo el mejor historial del mundo cuando se trata de volver a empezar de cero, y no creo que eso vaya a cambiar en el futuro. Tampoco tengo una de esas personalidades que atraen a la gente. Intento ser agradable y hacer amigos, pero es muy difícil cuando tus habilidades sociales se quedaron estancadas a los seis años. Al menos eso es lo que creo que me pasó; la ciencia ya puede ir poniéndose las pilas si aspira a desmontar mi teoría.

—Tengo ganas de vomitar.

Lo digo en serio. Estoy acurrucada en el suelo del lavabo, abrazada a la bañera y con un lado de la cara apoyado sobre su fría superficie. Llevo así una hora, desde que me he levantado, mucho antes de que sonara el despertador. De hecho, me he pasado la noche dando vueltas en la cama con los nervios a flor de piel.

A mi lado, la luz de mis días, la única persona que entiende a qué viene mi palidez sepulcral o por qué estoy a punto de vomitar la cena justo el día en el que empiezo a trabajar en un sitio nuevo, se agacha a mi lado y me pasa una mano por el pelo.

—¿Qué te parece si te preparo una taza de té? Te ayudará a asentar el estómago.

—Ahora mismo, no me veo capaz de aguantar nada en él.

—¿Y un baño? Te irá bien para tranquilizarte.

—Podríamos intentarlo —respondo, sujetándome el estómago—, pero dudo que sirva para algo. Ya sabes que siempre me pasa lo mismo.

—Es verdad, pero también sé que nunca te dejas dominar por los nervios.

Nos quedan un par de horas antes de que fiques en tu nuevo trabajo. Es

pan comido, Tessie; venga, que te ayudo a levantarte.

Me refugio entre sus brazos mientras me levanta del suelo y me sienta sobre la encimera del lavabo. Prepara la bañera y luego corre a poner una tetera al fuego, momento que aprovecho para respirar hondo e intentar tranquilizarme. He temido a este día desde que me di cuenta de que aspirar a un trabajo es algo más que presentar un currículum. Tu candidatura no desaparece por arte de magia. Por algún motivo que me resulta incomprensible, cuando alguien contrata tus servicios espera que, como mínimo, te presentes el primer día.

Me presenté en la entrevista con las uñas destrozadas y la cara llena de churretones de rímel, y pocos días después supe que me habían contratado.

Supongo que necesitaban cubrir la vacante urgentemente; cómo se explica, si no, que esté a punto de empezar a trabajar en una revista de belleza. Exacto, no sería la candidata ideal para el puesto. De ahí que me haya levantado de madrugada con el estómago en pleno programa de centrifugado.

Cuando la bañera está llena, Cole me ayuda a quitarme la camiseta, me levanta en brazos y me sumerge en el agua. Una parte de mí odia que me traten como a una inválida, como a una niña a la que hay que cuidar.

Preferiría aprovechar la visita de Cole para demostrarle que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, pero estoy haciendo justo lo contrario, lo cual significa que esta noche, cuando se suba al avión de vuelta a casa, se sentirá fatal consigo mismo.

—He puesto un poco de ese jabón rosa que tienes en el armario, además de las sales. ¿Quieres que te traiga el Kindle? Es el procedimiento rutinario cada vez que tengo un ataque de nervios.

Cole sabe cómo apartarme del precipicio y, de momento, lo dejo que cuide de mí. No quiero ni pensar qué habría pasado si él no hubiese estado aquí. Quizá me habría escondido en la cama todo el día y ni me habría presentado al trabajo.

La ansiedad y el miedo no son nada nuevo para mí; llevo tanto tiempo tratando de superarlos que a veces me siento más cómoda cuando me paralizan que cuando intento ser valiente.

—Sí, por favor.

Sonrío, pero Cole no se deja engañar tan fácilmente.

—Pues es una lástima porque prefiero que hablemos —replica, y lo dice totalmente en serio.

—¿Te importa traerme primero el té? Creo que lo voy a necesitar.

Me mira y suspira, pero enseguida vuelve con una taza y la deja sobre el borde de la bañera. Tener esta conversación, totalmente desnuda y con mis partes nobles cubiertas únicamente por un montón de espuma, debería decantar la balanza del lado de Cole, pero sus ojos no se apartan de mi cara.

No me siento vulnerable ni tengo la necesidad imperiosa de volver a vestirme porque en ningún momento se fija en mi cuerpo.

—¿Qué te preocupa, bizcochito? Creía que lo habíamos hablado. Todo va a ir bien.

—No es tan sencillo —murmuro, agachando la cabeza para evitar su mirada.

—Pues explícamelo para que lo entienda, por favor. Te graduaste de las primeras de tu clase, has tenido muy buenas ofertas de trabajo, eres brillante en lo que haces y la persona más trabajadora que conozco. No tienes motivos para estar asustada.

Pero la cuestión es que sí los tengo. ¿Cómo expresarlo con palabras? — Pero ¿y si lo importante no es lo que tengo en la cabeza? ¿Y si mi nota media no le interesa a nadie, o el éxito de mi tesis? Seguro que a mis compañeros les da igual la cantidad de libros que haya leído o lo mucho que me curré mi puesto de editora jefe en el periódico de la universidad. Todo eso no tiene ninguna importancia en el mundo real, Cole. La gente quiere a alguien con quien irse de copas o, ¿qué sé yo? En Nueva York está de moda salir de discotecas. Quieren a alguien con quien ir a un Taco Bell los martes por la noche a marujear sobre los respectivos novios y hablar de la dieta baja en carbohidratos que estén haciendo en ese momento. Yo no soy esa clase de chica, Cole, y no sé cómo serlo.

Lo digo de carrerilla, y tengo mucho más que decir, pero sé que me estoy acercando demasiado al borde del precipicio y la amenaza inminente de un ataque de nervios basta para dejarme sin aliento. Si no me callo, acabaré respirando en una bolsa de papel.

Cole parece perplejo, por decir algo. Me observa con una mezcla de preocupación, sorpresa y afecto, obviamente. Se agacha hasta que nuestros ojos están al mismo nivel y me sujeta la cara. Yo intento no distraerme ante la visión de su pecho desnudo, pero, cómo no, qué mejor momento que este para recrearme en el cuerpazo de mi novio, ahora que siento que todo mi mundo se desmorona a mi alrededor.

—Está bien, quiero que hagas dos cosas por mí, ¿vale? Dos cosas muy

sencillas. ¿Crees que podrás, Tessie? Asiento con la cabeza, o eso creo.

—Primero respira, por favor, respira; solo eso. Te estás poniendo un poco azul.

La cabeza empieza a darme vueltas, así que hago lo que me dice y respiro hondo.

—Segundo, dime el motivo por el que aceptaste este trabajo, el motivo principal.

Lo miro de reojo porque sé que ahí me ha pillado. El miedo a no encajar, a sentirme otra vez como el primer día de clase, parece insignificante si lo comparo con el motivo que me llevó a aceptar este trabajo.

—Quería empezar a trabajar en cuanto terminara la carrera. Quería vivir la experiencia, quedarme en la oficina todos los días hasta las tantas, aprender los entresijos de la industria por si algún día puedo tener mi propia editorial.

—Y lo de hoy es el primer paso hacia ese sueño, lo sabes tan bien como yo. No tienes que tener miedo, sobre todo si no pierdes de vista tu objetivo.

—¡Mi objetivo no es el problema! Es todo lo demás, sobre todo la gente.

—Es imposible que le caigas mal a nadie que trabaje contigo, Tessie. Si cuando acabamos la universidad el dependiente de la cafetería del campus se echó a llorar al saber que no volvería a verte. ¿Es que no lo entiendes? —Entender ¿qué? —resoplo.

Soy consciente de que las burbujas amenazan con desaparecer en cualquier momento y, aunque me siento más que cómoda con Cole, a esta conversación le vendría bien menos exhibicionismo involuntario por mi parte. Por eso añado un buen chorro de jabón al agua y me aseguro de cubrirla de espuma.

—Me parece increíble que estemos teniendo esta conversación en la bañera —vuelvo a resoplar.

—Lo que no entiendes es que desprendes luz, bizcochito. Atraes a la gente, seas o no consciente de ello. Eres amable, dulce, haces que los demás se sientan bien consigo mismos. ¿Cómo no te van a querer? Solo tienes que intentar abrirte más, aunque solo sea un poco.

No pienso llorar, no pienso llorar, me niego a llorar.

Mierda, estoy llorando.

Cole se ríe y yo me enjugo las lágrimas.

—No se puede negar que has nacido para ser abogado. Ha sido muy convincente y seguramente lo más bonito que me han dicho en la vida.

Se inclina sobre la bañera y me da un beso profundo y embriagador.

Cuando se aparta, la cabeza me da vueltas, pero esta vez por un motivo muy distinto.

—Pues era todo verdad. Y ahora haz el favor de salir de ahí y vestirme antes de que te vacíe la bañera —me suelta, y luego me guiña un ojo.

La verdad es que es un hombre de múltiples talentos: tan pronto te derrite el corazón como te trata como un sargento. Ay, cuánto lo quiero.

Me da vergüenza mirar a Cole mientras me prepara el desayuno. Tengo ganas de esconderme debajo de la mesa, como la niña que prometí que no volvería a ser, y fingir que estas dos últimas horas no han existido. Me he dejado dominar por el miedo, me he convencido a mí misma de que aún no estoy preparada para el mundo real. Incluso después de la charla con Cole, seguía cargada de ansiedad mientras me arreglaba y revisaba el correo electrónico varias veces para asegurarme de que realmente tengo un trabajo en el que fichar.

—¿Sabes que el primer día de clase estaba cagado de miedo? —me pregunta Cole mientras planta una montaña perfecta de tortitas encima de la mesa, con un bote entero de Nutella al lado.

—No me lo habías contado —respondo en voz baja.

Recuerdo los primeros días de clase. Estaba preocupada por él, claro, pero en el fondo sabía que no le costaría adaptarse. Para Cole, nunca ha sido un problema hacer amigos. Desde que tengo uso de razón, lo recuerdo rodeado de gente, todos intentando llamar su atención. Y no solo chicas; tiene muchos amigos que lo quieren, que adoran lo abierto que es y la calidez que desprende. Siempre he sabido la suerte que tengo de tener a alguien así en mi vida, la luz que ilumina mi oscuridad.

Por eso me cuesta digerir el hecho de que esta vez haya tenido problemas.

—No quería que te preocuparas, bizcochito, y estoy bien, ¿eh?, pero los primeros días fueron un infierno. A veces la gente es muy gilipollas.

De pronto, siento una presión en el pecho.

—¿Qué pasó? Cole se encoge de hombros mientras sirve dos tazas de café.

—Se dieron cuenta de que jugaba a fútbol americano en la universidad. Mi lesión es más famosa de lo que creía y, por si fuera poco, no consigo quitarme de encima la etiqueta de mal deportista. Supongo que fue eso o quizá les di pena porque mi sueño de jugar de *quarterback* en la NFL se vio frustrado.

—Pero ¡eso es... es... ridículo! Me parece increíble que se atrevieran a...

Me lo tendrías que haber dicho. Habría cogido el primer avión y les habría pateado los huevos tan fuerte que hasta sus nietos tendrían problemas para reproducirse.

—Eso es un poco sexista —replica, pero se ríe—. ¿Por qué das por sentado que solo fueron los chicos? Le pongo los ojos en blanco.

—Por favor, ¿en serio crees que en cinco años saliendo contigo, más toda una vida conociéndote, no me he dado cuenta de que eres un encantador de ovarios? Se atraganta con el café; algo se ha colado por la tubería equivocada. Se le llenan los ojos de lágrimas y me dispongo a darle unas palmadas en la espalda cuando consigue recuperar la compostura.

—¿Se puede saber qué es un encantador de ovarios? Sigue tosiendo y las lágrimas le ruedan por las mejillas. Debería hacer un Snapchat del momento y ponerle el filtro del perro, para alegrarme los días de lluvia.

—Lo sabes perfectamente. Eres el típico chico con el que las mujeres descubren que quieren tener hijos. Los tuyos, concretamente. Primero siempre son los niños, no sé por qué; luego ya viene la boda y la casa con espacio suficiente para tus dos coma cinco hijos. Más la niñera, claro.

Cole se ha quedado mudo.

—Así que, según tú, mis habilidades como encantador de ovarios implican automáticamente que las mujeres nunca sienten el impulso de ser malas conmigo.

—¿Ha habido alguna? Nombres, por favor. Tranquilo, que tengo tiempo. Y mientras piensas, aprovecho para apostarme mi alijo de KitKats entero.

—Ay, bizcochito. —Sacude la cabeza con una sonrisa pícara en los labios—. Al menos tendré chocolate de sobra para el viaje de vuelta.

Creo que palidezco por momentos. Todo el chocolate que tengo lo he traído de casa y no conozco el barrio lo suficiente como para aventurarme yo sola a comprar una cantidad tan obscena de azúcar refinado en alguna de las tiendas de la zona. De hecho, ¿aquí está permitido el azúcar refinado? Un momento, ¿voy a tener que comerme esa especie de trozos de falso chocolate conocidos como virutas en lugar de mis adorados KitKats? El otro día una chica intentó que las probara y casi me pongo a llorar. Me pareció una blasfemia que se atreviera a llamarlo chocolate. En fin, volviendo al tema del hombre de las afirmaciones totalmente infundadas...

—He tardado menos de un segundo en pensar el nombre de una chica con la que mis virtudes tardaron mucho en funcionar. Pero mucho, ¿eh? —No le gustaría los chicos —le digo con cara de póquer.

—No, no, le gustaban, pero yo no era su tipo.

Ya estoy cabreada con esa chica imaginaria, a la que es evidente que le faltan unas cuantas neuronas.

—Quiero pruebas o no me lo creeré.

—Como quieras, bizcochito.

Saca el móvil y llama a alguien antes de activar el altavoz.

—¿Tessa está escondida debajo de la cama como te dije? Porque te lo dije, ¿no? Oigo la voz de Beth y me doy cuenta de que tengo el ceño fruncido. Me conoce demasiado bien.

—No está escondida. De hecho, ya está vestida y lista para salir. Pero antes tengo un par de preguntas para ti.

—Vale, esto es un poco raro. Que sepas que no pienso contarte qué me dijo el ginecólogo en la última visita.

Creo que Cole se ha puesto colorado. Ay, Beth.

—Diría que no es eso lo que quiere saber, pero gracias igualmente por hacerle sentir incómodo —intervengo, y esta vez me toca sonreír a mí.

—¡Madre mía! Tú límitate a decir si a Tessie le gustaba o no cuando volví de la academia militar.

Se me escapa una exclamación de sorpresa. Dios, hace siglos de eso.

—¿Estáis jugando a algo guarro o qué? No os lo recomiendo antes de ir al trabajo. O quizá os funcione. Así Tess puede liberar la tensión.

—¡Beth! —Es broma, tranquila, pero no sé si acabo de entender el interrogatorio de tu novio.

—Hemos hecho una apuesta —explica Cole.

—Le he dicho que es un encantador de ovarios.

—Ah, sí, es verdad, pero eso lo sabe todo el mundo. Las chicas lo miran y se imaginan bebés rosaditos y de ojos azules.

—¿A que sí? Pues no se lo cree. Me ha dicho que hay mujeres que no se enamoran de él nada más verlo y que no empiezan a planear cómo domesticarlo en cuanto le ven abrir la boca.

—Bueno, hubo una excepción.

—¡Ajá! Veo el puño de Cole elevándose victorioso.

—¿Quién? —Tú, obviamente. Eras como el agua y el aceite. Te apartabas de él como si te hubieras embadurnado de repelente antimosquitos. Tú eras ketchup; él, helado. Nunca había visto a nadie tan empecinado en que no le gustara un chico.

Vaya.

Cole me mira con aire de suficiencia y cuelga el teléfono, aunque Beth sigue explicando anécdotas de mi resistencia.

—Qué, ¿te apetece un poco de chocolate? Soy consciente de lo que está haciendo, aunque a veces es difícil darse cuenta. Está intentando que me sienta cómoda, que libere presión y supere los nervios. Agradezco la distracción porque me ayuda a centrarme y, en cierto modo, parece un milagro la diferencia que hay entre pensar demasiado y dejarse llevar por la corriente.

—¿Estás preparada? Me pasa el abrigo y yo me detengo junto a la puerta. Ya llevo un par de horas levantada y es como si hubiera pasado una eternidad hasta las ocho. No sé cómo irá el resto del día, pero Cole tiene razón: no lo sabré hasta que lo intente.

—Vamos allá.

Hay un coche esperándonos frente al edificio, un detalle de mi padre para asegurarse de que empiezo mi primer trabajo con el pie derecho. Tarde o temprano tendré que aprenderme el trayecto en metro, pero me alegro de que no sea hoy.

Cole me coge de la mano mientras bajamos en el ascensor, que ya funciona, y enseguida se percató de mi cambio de humor.

—Dime cómo te sientes.

Lo miro y soy totalmente sincera con él.

—No sabes cuánto me alegro de que estés aquí. Ya sé que no te lo digo a menudo, pero tenerte a mi lado lo es todo para mí.

Se me ha hecho un nudo en la garganta y tengo que parpadear varias veces porque no quiero acabar llorando. Cole me abraza y hunde la cara en mi cuello.

—Me dejas muerto, Tessie. Sabes que haría lo que fuera por ti. ¿Dónde quieres que esté si no? Me apoyo en él e inspiro ese aroma tan conocido que siempre desprende.

Dios, cómo lo voy a echar de menos.

—¿Cuándo te volveré a ver? Cuando regrese a casa, él ya estará camino del aeropuerto. Me parte el alma pensar que me recibirá el mismo espacio vacío que Cole ya ha hecho suyo. Todo me recordará a él: tendrá su propia taza de café, su lado del sofá, su mitad de la cama y su cepillo de dientes en el lavabo, de donde no pienso moverlo.

Ahora mismo soy un despojo emocional.

—Antes de que te des cuenta, ya será Acción de Gracias. Y recuerda que

lo pasarás conmigo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Hace siglos que compré el billete a Chicago.

Nos montamos en el coche y, durante el trayecto, apoyo la cabeza en su hombro y nuestros dedos se entrelazan. No decimos nada; mejor así porque tengo los sentimientos a flor de piel. Ya veo el edificio a lo lejos, el mismo en el que estoy a punto de empezar a trabajar.

—Tú puedes, bizcochito.

—No —respondo, y apoyo la frente contra la suya—, nosotros podemos.

Porque nuestro futuro sea un «para siempre».

4

¿Tienes alguna gabardina por casa que sea un poquito ancha? —¿Cómo ha ido el día? —Bien.

—¿Y el trabajo? —Bien.

—¿Has hecho algún amigo? —Es un trabajo, no un parvulario. Juraría que hacer amigos no es un requisito obligatorio.

—Vale. ¿Has recibido el PDF para hacer la compra que te he enviado? Va bien para organizar los pedidos de la semana y...

—Mi jefa se niega a darme más de veinte minutos para comer. Llego a casa sobre las diez de la noche y salgo por la puerta a las siete de la mañana del día siguiente. De momento, el ramen es mi única opción viable.

—Ay, Tessa, cariño, es horrible. Deberías quejarte a recursos humanos.

—No creo que funcione así, mamá. Todo el mundo trabaja las mismas horas que yo y nadie se queja. No quiero convertirme en la apestada de la oficina.

—Aun así, es inmoral que te obliguen a trabajar tanto. Hay leyes para regular este tipo de cosas, ¿eh? Quizá esas leyes servirían para algo si no hubiera firmado el contrato estando de resaca después del cumpleaños de Beth.

—No pasa nada. Mis compañeras dicen que la cosa mejora con el tiempo.

Cuanto más le demuestras a la jefa que no te importa eliminar las horas de sueño de tu vida, más fácil es que se apiade de ti.

Mi madre chasquea la lengua y me la imagino sentada en una de las muchas habitaciones de su mansión de Connecticut. Seguro que está acariciándose el collar de perlas que lleva alrededor del cuello, respirando hondo e intentando controlar la necesidad imperiosa de dominar la situación, pero al mismo tiempo se siente incómoda porque no puede hacer nada al respecto.

—Te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir, Tess: a Ray le encantaría que trabajaras para él.

Pongo los ojos en blanco, una costumbre que sé que le provocaría un ataque de nervios si pudiera verme, pero es la millonésima vez que me dice que trabaje para su novio actual y dueño de la mansión multimillonaria en la que lleva dos años viviendo. No le dije nada cuando decidió volver a vivir

cerca del pueblo, pero el hecho de que lo hiciera cogida de la mano de un millonario dice mucho del rencor que le sigue guardando a su exmarido, mi padre, el mismo que se ha preocupado muchísimo más por mí que ella. Pero volviendo al tema, mi madre lo está intentando, lo sé, y puede que presionarme para que acepte la caridad de Ray sea su forma de decirme que me quiere.

—No estoy hecha para el mundo de las grandes empresas, mamá. Ray se dedica a las finanzas y eso es básicamente lo único que entiendo de su trabajo. Es imposible que tenga la cualificación necesaria.

—Pero ¡tiene acciones en muchas empresas, Tess! También en editoriales.

Si eso es lo que quieres hacer, estoy segura de que puede ayudarte.

Me doy cuenta de que estoy apretando tanto el teléfono que tengo los nudillos blancos.

—¿Qué te parece si seguimos con la conversación en otro momento? Estoy muy cansada.

Finjo un bostezo, pero es verdad, estoy agotada. Miro el reloj, veo que son casi las doce y no puedo evitar contar las horas que me quedan de sueño. De pronto, me entran ganas de llorar. Por si lo has olvidado, soy de esas personas que valoran más su descanso nocturno que sus propios riñones. ¿Necesitas que te done uno? ¡Sin problemas! ¿Pretendes que duerma menos de ocho horas diarias? Ten cuidado porque igual te arranco las entrañas.

Te vas haciendo una idea de lo mucho que me gusta mi trabajo, ¿verdad? —Bueno, como quieras, pero llámame cuando puedas. No me hace gracia la idea de que vivas sola en la ciudad.

—Travis y Beth viven bastante cerca y, además, conozco a mucha gente de la universidad. —Esto último es mentira—. Casi nunca estoy sola.

Mi madre suspira, un suspiro profundo y apenado. Seguramente le está preguntando a Dios por qué no le ha dado unos hijos más normales.

—Vale, cariño, pero la próxima vez que te llame no tardes tanto en devolverme la llamada, por favor. Ya sabes que me preocupo.

—Sí, mamá, tienes razón.

No le recuerdo que intenta hablar conmigo varias veces al día, cuando estoy en plena reunión, ocupada haciendo recados para la dictadora de mi jefa, subida en el metro de vuelta a casa y abrazada al bolso como si me fuera la vida en ello, sentada en el váter... A veces puede ser un poco agobiante, la pobre.

Cuelga el teléfono y me doy cuenta de que estoy demasiado tensa para meterme en la cama. No se cansa de repetirme que debería trabajar para Ray.

Seguro que es buena gente, pero me pregunto qué diría mi madre si supiera que el hombre con el que comparte su vida está dispuesto a hacer lo que haga falta para ocultar que su novia trofeo tiene hijos. Mi madre se ha hecho muchos retoques; allá ella, al fin y al cabo es su cuerpo. La cuestión es que ahora parece más joven de lo que es, pero de una forma un tanto artificial.

Dicho de otra manera: puedes recalentar una pizza de diez formas distintas, a cuál más brillante, pero no por ello dejará de ser las sobras de la cena de anoche. He perdido la cuenta de la cantidad de operaciones que se ha hecho últimamente, y los resultados no siempre han sido los deseados. Sé que a mi padre le divierte el tema, pero tengo intención de hablarlo con ella la próxima vez que la vea, antes de que se haga otro de sus arreglitos.

¿Acabo de comparar a mi madre con una pizza? Dios mío, estoy delirando.

Me preparo una infusión de menta para tranquilizarme e intentar dormir.

Me quedan poquísimas horas de sueño por delante; solo de pensarlo, me entran ganas de llorar. Me ruge la barriga mientras me pongo el pijama. ¿Me meto directamente en la cama o caliento un poco de agua y me preparo unos fideos? Al final gana el cansancio y me quedo dormida en cuanto mi cabeza roza la almohada.

—Esa fuente no le gusta —susurra Leila, editora júnior como yo, desde el cubículo anexo al mío.

La primera vez que la vi, me miró de arriba abajo y decidió que no valía la pena hacer el esfuerzo de conocerme. Supongo que en el fondo lo entiendo.

Es una de esas chicas altas y escuálidas con pinta de supermodelo a las que les queda bien hasta un saco de patatas. Tiene la piel de un color oliváceo que resalta aún más el azul de sus ojos y lleva uno de esos cortes de pelo para los que hay que tener unos rasgos perfectos, no como los míos. Sospecho que el origen de la aversión que siente hacia mí está en la cantidad de KitKats que engullí el primer día de trabajo. Me habían regalado unas cuantas cajas de los pequeños y aquella mañana vacié una entera dentro del bolso. Cada vez que me entraban ganas de largarme, me zampaba una barra de chocolate mientras mi vecina me observaba con una expresión a medio camino entre el horror y el asco más profundo. Entonces ya supuse que no íbamos a ser compañeras inseparables.

Volviendo al presente, Leila clava los ojos en el informe que acabo de imprimir como si fuera una hamburguesa doble con queso.

—La fuente; es Times, no Times Roman; y el tamaño es doce, no once y medio, como se detalla claramente en las pautas de trabajo que te enviamos el primer día por correo. ¿Pretendes ponerla de mal humor? Porque ¿sabes qué? Hoy le voy a pedir las vacaciones y, como esté cabreada porque eres incapaz de leer unas simples instrucciones, tú y yo vamos a tener un problema.

Me fulmina con la mirada y por un momento me recuerda a un chihuahua cabreado, pero solo soy capaz de mirarla con la boca abierta y preguntarme cómo he acabado así, en esta situación en la que medio punto de diferencia en el tamaño de la fuente de un informe que mi jefa ni siquiera se va a molestar en leer es una cuestión de vida o muerte.

—Vale. Primero, será mejor que te calmes porque no creo que te vaya bien tanto estrés, sobre todo después de la enorme taza de café negro como el alquitrán que te has bebido hace un par de minutos.

Imagino que el corazón le va a mil por hora y que las ansiedades que trae de casa, las que sean, no han hecho más que empeorar. Pero si cree que se va a descargar conmigo, lo lleva claro.

Leila retrocede y su postura se vuelve menos amenazante, pero sigue fulminándome con la mirada.

—Segundo, este informe ni siquiera es para Amy —continúo, refiriéndome a nuestra jefa—, es para Recursos Humanos. Es papeleo que quedó pendiente de la semana pasada. Estoy segura de que les parecerá bien que el tamaño de la fuente sea doce.

—Lo que tú digas —replica Leila.

Se aparta el pelo de la cara y empieza a escribir en el ordenador como si no hubiera pasado nada. Me cuesta creer que alguien con semejante elocuencia tenga una licenciatura por la Universidad de Columbia. Pero la cuestión es que Leila no es la única que actúa como si siempre hubiera un incendio que apagar y yo fuera el cachorrito indefenso al que rescatar cuando todos los humanos ya están a salvo. Lo entiendo, soy nueva y desentono entre mis compañeras. No es por mi físico; me gusta pensar que la media hora extra que invierto cada mañana para estar medianamente presentable sirve para algo. Sé cómo vestir para encajar en un entorno como este, aunque lo haga a regañadientes. Cuando conseguí el trabajo, mi madre me regaló un vale de Bloomingdales y una cita con un *personal shopper*. Reuní un vestuario bastante decente con el que navegar por las aguas procelosas del

mundo de la moda y la belleza.

Creo que el desprecio generalizado tiene su origen en el hecho de que no participo en la carrera de locos que es esta oficina. Vengo a hacer mi trabajo e intento hacerlo sin cagarla ni acabar de patitas en la calle. Puede que no tenga que pagar un alquiler desorbitado y tengo suerte de tener unos padres que acudirían en mi ayuda sin pensarlo si fuera necesario, pero esto lo hago por Cole y por mí. Quiero dejar de ser la estudiante que no encajaba con sus compañeros de clase y solo podía refugiarse en su novio y en un puñado de amigos. Necesito tener una carrera propia, algo en lo que trabajar para que se me conozca por algo más que mi incapacidad para funcionar en entornos sociales o mi tendencia a esconderme en el caparazón de tortuga que es mi vida.

Entrego el informe en Recursos Humanos y voy a ver a Amy, que me ha llamado. Es la jefa de esta familia caótica pero constante, la mandamás, la persona a la que todo el mundo teme, la mujer que tiene marcas enteras besando por donde pisa para que las saque en el próximo número. Cuando supe que trabajaría directamente a las órdenes de la directora de Belleza de la revista *Venus*, que en la industria es considerada como una de las biblias sagradas del negocio, casi me desmayo de la impresión. En un principio, me presenté a un puesto de ayudante para trabajar a las órdenes de un director júnior, pero la revista acababa de despedir a parte de la plantilla y no sé muy bien cómo acabé consiguiendo este trabajo. Lo sé porque a Leila le encanta presumir de currículum; es tan impresionante que la empresa enseguida decidió ascenderla a redactora de Belleza en lugar de ayudante, que era a lo que ella se había presentado. La tontería le duró hasta que alguien se rio en su cara y le explicó el motivo por el cual le habían dado un trabajo para el que ni ella ni yo tenemos experiencia.

La cuestión es que, me guste o no, este es mi trabajo. En la semana que llevo aquí, me he dado cuenta de que no tengo madera para escribir sobre el mundo de la belleza. Soy incapaz de distinguir entre un iluminador con acabado perlado y otro mate aunque me vaya la vida en ello. Es un iluminador, ¿cómo va a ser mate? Si no quieres que te brille la cara, ¿para qué te lo pones? Ah, las preguntas a las que me enfrento a diario.

Repaso mentalmente los distintos acabados de pintalabios que conozco por si se le ocurre hacerme un examen sorpresa y me dirijo hacia su oficina, intentando no tropezar por culpa de los tacones. Amy Drake está sentada en su silla y su imagen resulta muy imponente. Es una de esas mujeres

ultraelegantes que parece que estén en la treintena cuando, en realidad, son mucho mayores. Eso sí, a diferencia de mi madre, no tiene nada que ver con la cirugía y sí con el hecho de que se cuida, y mucho. A veces su secretaria está liada con mil cosas y yo me ocupo de llevarle la comida. Es vegana, lo cual significa que la única vez que cometí el error de comprarme un perrito caliente para comérmelo en mi mesa y lo olió desde su despacho me trató como si me estuviera comiendo un conejito vivo. Ahora que he aprendido la lección, solo como ensaladas cuando tengo la suerte de tener tiempo para ello y, si estoy especialmente hambrienta, me escondo en la sala de descanso y devoro algo de carne. Se nota que se toma muy en serio su salud. Siempre tiene la piel radiante, de un intenso color moca, y eso que no usa maquillaje.

Es alta, delgada y atlética; va al gimnasio de la oficina (un lugar por descubrir). Lleva una melena larga y oscura que le enmarca la cara en varias capas milimetradas al detalle, y sabe cómo redefinir el concepto de traje de chaqueta. Hoy lleva una falda de color crema y una chaqueta a juego que seguro que cuesta más que llenar toda mi despensa durante varios meses, puede que un año. A sus espaldas se dibuja la imponente silueta de Nueva York, tan bonita que no puedo evitar distraerme mientras me acerco a la mesa.

—Toma asiento, Tessa, antes de que empieces a babear. Veo que todavía no te has acostumbrado a la ciudad, ¿verdad? Me pongo colorada y me siento delante de ella. Su mesa sería el sueño de cualquier adicta al maquillaje. Está cubierta de productos que aún no han salido a la venta; todos ellos, de marcas supercaras. ¿Un brillo de labios de cincuenta dólares? Espero que te deje los labios tan brillantes que te vean desde la Luna.

—Perdón..., querías verme, ¿no es así? Me lanza una mirada que quiere decir «Obviamente».

—Ya llevas una semana aquí y, aunque todavía es demasiado pronto para valorar tu evolución, las circunstancias me obligan a ponerte al día de tus progresos.

—¿Circunstancias? —pregunto, tragando saliva.

—Tranquila, no son malas noticias... aún. Esta conversación también la voy a tener con Leila, pero quería darte ventaja porque sé que necesitarás más tiempo para investigar.

—De acuerdo.

Todo lo que ha dicho me suena extrañamente críptico, además de una indirecta por mi falta de conocimientos sobre el mundo de la belleza.

—El asunto es el siguiente: sé que eres nueva y te falta experiencia en el mundillo, pero este viaje ha surgido a última hora y voy corta de personal.

Como sabrás, hemos tenido que despedir a parte de la plantilla cuando se descubrió que estaban pasando información confidencial a la competencia.

Asiento y pienso para mis adentros que las cláusulas intimidatorias de mi contrato son un añadido reciente, posterior a las filtraciones.

—No he tenido tiempo de formar a nadie y, la verdad, estábamos bastante desesperados por contratar a alguien que aprendiera rápido, al menos sobre el papel.

—Imagino que esa soy yo.

Amy asiente.

—Leila tiene más experiencia y sabe cómo funciona este mundo, pero...

¿cómo lo digo sin parecer una bruja? —se plantea, pero no duda ni un segundo—. No es muy simpática que digamos, ¿verdad? No conozco la política de la oficina al respecto, así que decido no abrir la boca y Amy continúa: —No es agradable y los clientes enseguida se dan cuenta de que siempre intenta quedar por encima, cueste lo que cueste. Lleva un par de meses trabajando aquí y todos los comentarios que he recibido hasta la fecha sugieren que la gente no quiere trabajar con ella. Eso no es bueno. Queremos el contenido exclusivo y queremos los anuncios estratégicamente localizados en nuestra revista, Tessa. Queremos ser los primeros en recibir la información sobre las marcas ya existentes y sobre las futuras. ¿Sabes la de marcas que se vuelven virales gracias a esos molestos anuncios de veinte segundos en Instagram? Asiento como si supiera de qué está hablando. En realidad, sigo a unas cincuenta personas en Instagram, la mayoría familia, amigos y gente que hace postres alucinantes con Nutella o KitKats. Están de moda; búscalos, hazme caso.

—¿Me estás diciendo... que en breve me voy de viaje? «¡Es demasiado pronto!», grita mi cerebro, y me imagino mi subconsciente paseando de aquí para allá, sacudiendo la cabeza enérgicamente y repitiéndome que es mala idea.

—Sí, Leila y tú cogéis un avión a Chicago la semana que viene...

Creo que he dejado de escuchar en cuanto ha dicho la palabra «Chicago».

Porque... NO PUEDE SER.

No quepo en mí de la alegría. Por dentro, estoy bailando una coreografía llena de piruetas y con un toque de *twerking*. Esto es una locura, el mejor giro argumental de la historia. ¡No podría estar más contenta! —Hola, la Tierra a

Tessa. ¿Has oído lo que te he dicho? Carraspeo; la cara roja como un tomate.

—No, lo siento. Supongo que me he puesto nerviosa. ¿Me voy a Chicago la semana que viene? —Sí —repite, esta vez lentamente, como si estuviera hablando con un poste de madera—. Primero iréis Leila y tú, y luego me uniré con vosotras.

Últimamente se ha formado un revuelo importante con esta marca. He oído muchas cosas y quiero investigar por mi cuenta. Los propietarios han organizado una fiesta de lanzamiento y han aceptado la exclusiva a cambio de un reportaje de seis páginas. Vamos a necesitar todas las manos disponibles, así que prepárate. —Me pasa dos carpetas por encima de la mesa—. Aquí tienes toda la información que necesitas sobre la empresa, la marca y lo que se trae entre manos. Por mí como si te tienes que aprender las puntuaciones del equipo de fútbol de los hijos de algún directivo; tú hazlo y no me decepciones.

Sujeto las carpetas contra el pecho como si fueran recién nacidos.

—Entendido, jefa. No te defraudaré.

Porque a cambio de un viaje gratis para ver a Cole estoy dispuesta a aprenderme la vida de esta gente como si fuera el mismísimo FBI. ¡Ja! — ¡Qué dices! Por la noche, quedo para cenar con Travis y Beth, que obviamente se alegran al oír la noticia. Creo que les preocupaba que me hundiera lentamente en una fase depresiva y, aunque hacen todo lo posible para hacerme compañía, no puedo pedirles que renuncien a sus vidas para asegurarse de que no acabo hablando con mis plantas de plástico.

—¿Se lo has dicho? —pregunta Travis, levantando la voz por encima de la música ensordecedora.

Estamos en un restaurante del SoHo un tanto estafalario pero con muy buenas críticas en Yelp, aunque, la verdad, no me veo haciéndome asidua de un local que considera los pastelitos de boniato dignos de la carta de postres.

Puaj.

—Creo que le voy a dar una sorpresa.

Sonríó al imaginarme su cara cuando me vea. De pronto, todo vale la pena, incluida la cantidad de horas que voy a tener que trabajar esta semana. Amy tenía razón: necesito mucha más preparación que Leila. Por eso hoy me he traído a casa un par de cajas llenas de carpetas para estudiarlas. No solo se trata de asistir al lanzamiento para cubrir el evento; además, Leila y yo trabajaremos codo con codo para crear expectación en las redes sociales y estaremos atentas a lo que se diga para saber la reacción del público al

conocer la marca. La revista está decidida a establecer una buena relación con esta gente. De hecho, Amy cree que, en cuanto el lanzamiento sea oficial, subirán como la espuma.

Y depende de mí que pase eso y que no se hundan como un suflé.

—¿Tienes alguna gabardina por casa que sea un poquito ancha? Porque se me ocurre la sorpresa perfecta —dice Beth, y mi hermano se tapa las orejas.

—Te he dicho que no digas esas cosas delante de mí —exclama, gesticulando—. Estás hablando de mi hermana pequeña.

Beth pone los ojos en blanco.

—No seas mojigato. ¿Qué crees que hacen Cole y tu hermanita cuando están solos? ¿Dibujitos? La cara de Travis se está tiñendo de un color rosado adorable; mejor acabo con su sufrimiento.

—Bueno, ¿y qué me pongo para ir a un campus lleno de futuros abogados? Cuando Cole me llama al día siguiente por la noche, me muerdo la lengua y no le digo nada. Me cuesta lo mío, pero vale la pena porque sé lo contento que se pondrá cuando me vea. Aún no he resultado el tema de la logística. ¿Voy directamente al campus o espero en su piso? Entrar en cualquiera de los dos va a ser un problema, por eso necesito contactar con alguien que me dé acceso. Ya he empezado a buscar restaurantes chulos; me apetece cenar y tomarme una copa en condiciones con mi hombre. Últimamente, está trabajando como un esclavo y se merece que alguien lo cuide un poco. He revisado los horarios que me ha enviado Amy y tengo algunas horas libres que podríamos pasar juntos. Pienso reservar en todas las actividades relajantes que se me ocurran. Lo más probable es que se niegue al masaje en pareja, pero sé que nunca le han hecho un tratamiento con piedras calientes y se lo voy a regalar. Me pongo a pensar en los detalles y, sin darme cuenta, pierdo el hilo de la conversación.

—Perdona, no me he enterado. ¿Qué decías? Cole suspira; se nota que está agotado.

—Hoy ha sido un día muy largo. Y encima cuando llego a casa me encuentro un mensaje de Cassandra en el contestador. Mi padre no está bien.

El año pasado, el señor Stone tuvo un ataque al corazón que nos cogió a todos por sorpresa porque el hombre está en forma y encima se cuida mucho.

Aún le quedan bastantes años para jubilarse, pero aun así el departamento le pidió que se tomara las cosas con más calma y le redujeron la carga de trabajo, lo cual lo hundió en la miseria, obviamente, y redobló sus ganas de

volver al tajo. Hace poco que se ha reincorporado al trabajo; por eso la noticia no podría ser peor.

—Oh, no, ¿qué le ha pasado? —pregunto, y sufro por él porque sé que se siente impotente.

—Se cansa, le cuesta respirar, se marea con facilidad y, a veces, le duele el pecho. Cassandra está intentando convencerlo para que pida la jubilación anticipada, pero se pone como una moto.

—No te preocupes, Cole, ya verás cómo no le pasa nada. Seguro que Cassandra está cuidando de él.

La madrastra de Cole es médica, así que entiendo que sabe lo que hace.

—Ojalá no fuera tan cabezota y se dejara ayudar.

—Uy, a quién me recordará —bromeo para ver si consigo que se distraiga.

Si sigue fustigándose con la enfermedad de su padre, al final estará para el arrastre.

—Te lo he puesto en bandeja —se ríe, y se queda callado un momento—.

Creo que voy a ir a casa a verlo. Puedo hablar con los profesores y cogerme unos días libres la semana que viene.

De pronto, siento como si el estómago se precipitara al vacío en el interior de mi abdomen. Me invade una fuerte sensación de decepción y me desinflo al oír sus palabras, como si toda esta emoción, esta liviandad que he sentido dentro de mí estos últimos días se volatilizara de repente. Pero lo cierto es que entiendo sus miedos, de verdad. Cole perdió a su madre cuando era muy pequeño y, aunque Cassandra siempre lo ha tratado como si fuera sangre de su sangre, sé que él nunca ha superado la pérdida. No me extraña que sufra por su padre.

—Si crees que es necesario, seguro que se alegra de verte.

—Sí, quizá consiga hacerle entrar en razón. Tiene que dejar de correr de aquí para allá como si el mundo se estuviera acabando.

—Creo que tuvo que correr tanto detrás de ti antes de que empezáramos el instituto que luego ya no fue capaz de echar el freno.

—Madre mía, ¿te acuerdas de aquella vez que lo llamó el director porque nos quedamos encerrados en clase? —¿Te refieres a aquella vez que me retuviste contra mi voluntad y luego te negaste a soltarme hasta que te di mi fiamblera nueva de My Little Pony que acababan de regalarme por mi cumpleaños? Aún recuerdo aquel día, sobre todo porque a los mayores les costó entender cómo era posible que dos niños de siete años se hubieran

quedado encerrados en una clase.

—¿Quieres saber por qué lo hice? Esto que está a punto de pasar es lo que yo llamo la hora del cuento. Me encanta sacarle estas historias a Cole. Él se ha acostumbrado a explicarme los motivos de todo lo que me hizo cuando éramos pequeños y a mí me encanta escuchar su versión, esa historia de la que yo no sabía nada hasta ahora. Me resulta absolutamente fascinante.

—Oí que unos chicos de clase hablaban de robarte la fiambarrera. Creo que fue la primera vez que fui consciente de lo malos que pueden llegar a ser algunos niños. Sabía que te iban a atacar en grupo, que podían incluso hacerte daño, así que improvisé.

Me hundo en la cama, el estómago lleno de mariposas al pensar en mi protector de siete años, siempre dispuesto a dar la cara por mí.

—Tú solo querías que no saliera de la clase o que mis padres vinieran a buscarme, ¿verdad? —Y creo que te asusté tanto que nunca volviste a traer la dichosa fiambarrera.

Asiento, aunque Cole no puede verme.

—Mi madre nunca entendió por qué ya no quería llevarla al colegio, después de la lata que le había dado para que me la comprara.

—Qué malos —murmura en voz baja.

Los dos bostezamos al mismo tiempo y, de pronto, sé que debería dejar que se fuera a dormir. Las clases son duras y, si le sumamos la salud de su padre, Cole tiene más que suficiente. No le voy a decir nada del viaje, aún no.

Sé que se sentirá mal y querrá quedarse por mí, pero necesita pasar más tiempo con su familia. Nos damos las buenas noches e intercambiamos un «te quiero», informal aunque no por ello menos sentido, tras lo cual me quedo dormida con una sonrisa en la cara.

¿Estoy triste y decepcionada porque mi gran gesto cargado de romanticismo acaba de irse al garete? Obviamente, pero un fin de semana no es nada cuando tienes toda una vida por delante, ¿verdad?

5

Las situaciones desesperadas requieren del abuso descarado del dinero de tus padres —No es que me importe, pero ¿estás... bien? Que Leila se preocupe por mí es raro, como despertarse en un universo paralelo en el que los carbohidratos no van directos a la cadera. Parpadeo un par de veces para asegurarme de que he oído bien; mientras, ella me mira como si fuera imbécil.

—Eh... sí. ¿Por qué lo dices? —Porque llevas cinco minutos con la mirada perdida en la pantalla del ordenador como si los zapatos de tus sueños se hubieran agotado.

Juraría que mi problema es mucho más serio que no encontrar un par de zapatos, pero imagino que para ella eso sería el equivalente a una tragedia.

—Estoy bien, en serio.

Levanto los pulgares y ella me mira extrañada. Acto seguido, se aparta el pelo de la cara y vuelve al trabajo, el mismo que el mío: preparar el viaje a Chicago. Desde que lo sabe, Leila está de los nervios, como una exalcohólica novata intentando no desviar la mirada hacia el pack de cervezas de la tienda de la esquina. No sé por qué, pero diría que para ella esto es una competición; cuando, siendo realistas, no hay nada que ganar para ninguna de las dos.

Compartimos la campaña a partes iguales, nuestros puestos de trabajo son básicamente idénticos y Amy no es muy fan de jugar a los favoritos, así que exactamente no sé qué gana cada vez que intenta quedar por encima de mí.

De todas formas, hoy no estoy de humor para batallitas. Ya sé que Cole no estará en Chicago cuando llegue, lo cual supone un batacazo considerable para mi estado de ánimo y mis planes. No sé cuándo volveré a verlo; seguramente, en Acción de Gracias, pero hasta eso está en entredicho por la salud de su padre. Lo echo tanto de menos que me afecta físicamente, como si su ausencia me arrastrara hacia el fondo de un pozo. Cada vez que me despierto sola en la cama y luego, por la noche, llego a casa y no hay nadie, me pregunto si hice bien al aceptar el trabajo en Nueva York.

Podría haberme quedado con él, ahora estaríamos juntos, pero una voz me susurra que necesitábamos pasar tiempo separados para crecer como personas y, por cursi que parezca, encontrarnos a nosotros mismos. Durante mucho tiempo, visualicé mi futuro al lado de Cole y, ahora que vivo en esta ciudad

en la que todas las decisiones tienen que girar únicamente a mi alrededor, se me hace raro, como si estuviera haciendo algo malo. Pero al mismo tiempo estoy aprendiendo mucho sobre mí misma. Cada día que sobrevivo sin ayuda es una experiencia que no me quiero perder.

Así pues, sí, es duro y muy difícil pasar tanto tiempo sin ver a Cole, y sí, de vez en cuando me da la llorera, pero al final sé que la distancia entre los dos es una oportunidad de crecer y definirnos como personas e individuos, una oportunidad de lanzarnos de cabeza a la piscina que es la vida.

Esa noche, de camino a casa, me pasa algo que nunca me había pasado y que no sé muy bien cómo gestionar. Soy consciente de que no soy la única persona que vive en el edificio y de que tengo una buena cantidad de vecinos.

Otro defecto de mi naturaleza antisocial es que aún no conozco a nadie de mi planta, no digamos ya del edificio. Creo que todos trabajamos hasta las tantas y, aunque me he cruzado con gente en el ascensor, apenas hemos tenido tiempo de charlar.

Precisamente por eso no puedo disimular mi sorpresa cuando salgo del ascensor haciendo malabares con cinco bolsas de comida, el bolso y las llaves, a punto de desparramarlo todo por el suelo, y un amable desconocido se ofrece a llevarme la compra.

—Eh, ¿estás bien? No, no estoy bien, pero no creo que este chico quiera escucharme hablar de mi crisis existencial, así que me decanto por una respuesta más corta y normal.

—Más o menos, aunque si no fuera por tu ayuda ahora mismo tendría toda la comida rodando pasillo abajo. Gracias.

Levanto la mirada y me sorprende ver que el chico aparenta más o menos mi edad. Mi padre me había explicado que casi todos los vecinos del edificio eran parejas de ancianos o familias con niños. Creo que es uno de los motivos por los que insistió tanto para que me quedara aquí: es difícil meterse en problemas cuando la gente que te rodea solo piensa en jugar en el parque y llevar a los niños al colegio. Pero este chico... No creo que mi padre sepa de su existencia. Es alto, más bien larguirucho, con una de esas miradas tan serias. Tiene los ojos grandes, tras unas gafas de montura gruesa, seguramente de marca; la nariz, aguileña y arrogante; y los labios, carnosos.

Tiene la piel morena y un tatuaje asomando por debajo del cuello de la camisa. Viste como la mayoría de los chicos que recorren las calles de Nueva York: estiloso pero poco convencional, con un color dominante y algún elemento que destaque sobre el conjunto; en su caso, unas deportivas con

detalles de color azul eléctrico.

—De nada. Tranquila. ¿Dónde quieres que te lo deje? Señalo hacia mi piso, lo cual, visto con perspectiva, no parece lo más sensato. No conozco de nada a este chico, podría ser el asesino del hacha. Sin embargo, mientras avanzamos por el pasillo, se abre una puerta a nuestras espaldas y oigo la voz de una anciana.

—Nathan, cariño, has olvidado llevarte las sobras.

Me doy la vuelta y veo que en una de las puertas hay una mujer mayor, casi tanto como la abu Stone. Tiene una fiamblera en las manos y nos mira fijamente. Supongo que Nathan es el chico que me está ayudando.

—Ahora voy, abuela, estoy ayudando a tu vecina... —Me mira como preguntándome el nombre y yo contesto rápidamente «Tessa»... tu vecina Tessa a llevar las bolsas. Ahora voy.

—Que Dios te bendiga, hijo.

Nos mira fijamente, primero a mí y luego a su nieto, y vuelve a entrar en su casa. Ya la había visto un par de veces; normalmente, cuando salgo por la mañana y ella sale a recoger el periódico. El chico, Nathan, debe de ser su nieto; no sé si me gusta la mirada que nos ha echado antes de desaparecer por la puerta.

—¿Dónde te las dejo? Es verdad, que tengo al pobre chico cargando con unos veinte kilos de comida basura en sus bolsas, perfectamente respetuosas con el medio ambiente.

—Ostras, perdona, por aquí.

Entre los dos llevamos las bolsas hasta mi puerta, que está convenientemente alejada de las demás, gracias a mi familia y a su tendencia a llevar el concepto «sobrepotección» a un nivel superior. Las apoyo en el suelo, abro la puerta y lo suelto todo sobre la encimera de la cocina. Nathan espera que lo invite a entrar.

—Muchísimas gracias. No sé en qué estaba pensando, son demasiadas bolsas para mí sola.

—Tranquila —responde él, encogiéndose de hombros—. Ayudo a mi abuela con la compra al menos una vez a la semana, así que domino perfectamente el arte de cargar con mi propio peso en comida.

Qué vergüenza. Ahora me doy cuenta de que me he refugiado en el pasillo del chocolate y los helados como mecanismo para encajar el revés que el destino acaba de propinarme. En cuanto he visto el mensaje de correo electrónico con el billete de avión, he sabido que necesitaba un buen atracón

cuanto antes.

—¿Eres nueva? —me pregunta, con las manos en los bolsillos y echando un vistazo disimuladamente a mi piso, que espero que no esté hecho un desastre.

—Sí, me mudé hace un par de semanas.

—Vale, entonces tú debes de ser la rubia que mi abuela insiste en que conozca. —Se ríe y se pasa la mano por el pelo—. Seguro que está encantada de que nos hayamos cruzado. Me llamo Nathan.

Me ofrece la mano y yo se la estrecho.

—Tessa, creo que te lo he dicho antes. —De pronto, no se me ocurre nada más que decir, y no me extraña porque, por norma general, soy incapaz de hablar más de diez segundos seguidos con un desconocido—. Bueno, pues gracias otra vez. ¿Puedo ofrecerte algo para beber al menos? Que conste que, aunque ya tengo edad legal para beber, no suelo tener alcohol en casa. No me sienta bien, soy de esas personas que se emborrachan enseguida y acceden a entregar a su primogénito después del segundo sorbito de vino. Por eso intento exponerme lo menos posible, como medida de protección; pero, ya que este chico me ha echado una mano, debería ofrecerle algo más que un refresco.

—No, será mejor que vaya tirando. —Hace un gesto hacia la puerta—.

Seguro que mi abuela me está esperando en el rellano para que le cuente todos los detalles de nuestra inminente boda en Las Vegas.

Se me escapa la risa. Parece algo que diría la abu Stone.

—¿Vive sola? —inquiero.

Nathan se encoge de hombros.

—Hemos intentado que se venga a vivir con mis padres, pero no está muy por la labor. Este sitio es genial, pero nos preocupamos por ella, ¿sabes? Ya hace años que mi abuelo falleció.

Se me encoge el corazón y me digo que, a partir de ahora, intentaré hablar más con ella y echarle un vistazo de vez en cuando.

—Bueno, si necesitáis ayuda, solo tienes que decírmelo.

—Sería genial —dice Nathan con una sonrisa—. Yo intento venir siempre que puedo, pero estaría más tranquilo si supiera que hay alguien pendiente de ella.

—Yo, encantada.

Y así es como hago mi primer contacto en la ciudad que no esté directamente relacionado con el trabajo.

—Hola.

Llamo a Cole unos días más tarde para saber si sigue en pie la visita a su padre, sintiéndome fatal conmigo misma porque en el fondo me gustaría que la hubiera cancelado. Espero a nuestra hora habitual, cuando los dos estamos tan agotados que nos cuesta hasta mantener los ojos abiertos. Hoy he tenido un día especialmente duro en el trabajo; la ayudante de Amy está enferma, así que me he pasado el día de aquí para allá. Después de hacer mil recados y perderme por toda la ciudad, solo tengo ganas de llegar a casa, meterme en la bañera y echarme una buena siesta.

Pero no va a pasar.

No le digo nada a Cole, pero dentro de un par de horas tengo que tomar un avión. Solo he venido a casa a ducharme, cambiarme de ropa, coger la maleta y salir otra vez por la puerta.

—Pareces agotada. —Se ríe—. Igual que yo. Deberíamos dejarlo para otro momento.

Lo oigo caminar por su piso, el ruido del armario abriéndose y cerrándose.

Quizá también está haciendo las maletas.

—Sí, ¿verdad? —Disimulo un bostezo sin apartar la mirada del café que estoy preparando—. Pero primero dime cómo está tu padre.

—Cassandra le ha mandado reposo absoluto. Dice que tiene que hacerle algunas pruebas y monitorizarle el corazón, y que él ha accedido. A regañadientes, seguro.

—Eso está bien. ¿Vas a ir a verlo? —No quieren que vaya.

Suspira y me lo imagino masajeándose las sienes. Últimamente le duele la cabeza a menudo, supongo que por todo el estrés al que está sometido. Me retrotraigo a otra época, cuando se tumbaba con la cabeza en mi regazo y yo me quedaba quieta, acariciándole el pelo mientras él dormía. Obviamente, Cole me devolvería el favor con creces. Enseguida, me doy cuenta de que a mí también empieza a dolerme la cabeza al pensar en la semana que me espera.

—Si crees que tienes que ir, ve o luego te arrepentirás.

—Exacto, eso es lo que pienso yo —asiente, y cambiamos a FaceTime.

Me siento en la cama, asegurándome de que no se vea la maleta. Miro el reloj y veo que tengo menos de dos horas para coger mis cosas y salir corriendo hacia el aeropuerto, pero ahora mismo no tengo prisa. Cole necesita a alguien con quien hablar y, por una vez en su vida, Amy va a tener que

pedirse su propio café en el Starbucks.

—¿Qué tal la semana hasta ahora? Le hablo de la vecina, Linda, que se dedica a dejarme regalitos hechos a mano detrás de la puerta. También le hablo de Nathan; desde que nos conocemos, me cruzo con él más a menudo que antes.

—Ah —exclama Cole; tiene una expresión un tanto tensa en la cara y la mandíbula apretada—, ¿y lo ves muy a menudo? Le pongo los ojos en blanco; no puedo evitarlo.

—No es un asesino en serie, tranquilo. Es buen tío, cuida mucho a su abuela. De hecho, los dos me recuerdan mucho a ti y a la abu Stone.

Deberíamos ir a verla con más frecuencia.

—Ahora que lo dices, va a venir unas semanas a casa para estar con mi padre.

—Vaya —respondo, y me río—, esta vez Cassandra ha sacado la artillería pesada, ¿eh? —Es verdad. Cree que sería una exageración que yo también fuera, sobre todo porque Jay ya tiene el billete de avión.

Se le nota en la voz que está dolido y, por un instante, me siento fatal por él.

—Y seguramente no le falta razón. Si el sheriff Stone cree que estáis conspirando contra él, se plantará en la comisaría y no os dará tiempo ni a esconderle las esposas.

—Yo solo... quiero estar con él, pero es tan cabezota... Quieren que me concentre en las clases y que saque buenas notas, pero yo estoy aquí sufriendo por si le da un ataque en cualquier momento.

Es la primera vez que comparte sus miedos conmigo. Ojalá pudiera decirle que todo va a ir bien, que no tiene por qué preocuparse, que la vida es impredecible y las cosas siempre acaban saliendo como esperamos. Pero no puedo decirle eso, no sin mentirle, así que le digo lo único de lo que sí estoy segura.

—Puedes contar conmigo cuando quieras, lo tienes claro, ¿verdad? —Lo sé, bizcochito. No podría hacer nada de esto sin ti, espero que lo sepas. Pero volvamos al tal Nathan, ese del que tanto hablas...

Ay, Cole.

Estoy en el avión, me quedan unas tres horas de vuelo por delante y no sé si Cole seguirá en Chicago cuando llegue. Cuando colgamos, él aún no sabía qué hacer. Ya había reservado el billete y tenía las maletas preparadas, pero

sus padres le habían pedido que no fuera todavía.

—Si no paras de moverte, le pido a la azafata que me cambie de asiento. Me vuelvo hacia Leila y la fulmino con la mirada.

—Perdona, es que estoy nerviosa, ¿vale? —Y haces bien. Aún no me creo que Amy te haya dejado venir. No necesito tu ayuda; no se me ocurre nada que tú puedas saber y yo no.

—No he venido a ayudarte, aunque no me importaría, ¿eh? Pero tengo mis propios encargos; entre ellos, marcar la casilla «No dejar que Leila te hunda con sus pensamientos negativos» de mi lista de tareas. En serio, tienes que hacer meditación o algo así. Tu negatividad se está cargando mis buenas vibraciones.

Me pongo los auriculares e intento no estrangular a la chica que se sienta a mi lado.

Cuando aterrizamos, corro detrás de Amy y me aseguro de no olvidarme ninguna de sus maletas. Subimos en un taxi que nos lleva al hotel y nos registramos en el mostrador de recepción. Aún es pronto y yo no trabajo hasta la tarde, así que, en cuanto nos dan las llaves, las tres subimos directamente a nuestras respectivas habitaciones.

—Recordad que hoy tenemos la primera cena con el equipo, así que os quiero ver en el vestíbulo listas y arregladas a las siete en punto. ¿Entendido? Estoy a punto de llevarme la mano a la frente como los militares, pero al final me limito a asentir con la cabeza.

—Y, por el amor de Dios, portaos bien. No quiero que me despierten de la siesta para decirme que mis subordinadas la están liando.

—No oirás nada de nosotras.

Leila y yo fingimos cerrarnos la boca con una cremallera, tras lo cual observamos a Amy en silencio mientras se aleja, seguida de cerca por el botones y una montaña de maletas tan pesadas que amenazan con caerse al suelo.

—Bueno —digo—, lamentablemente tenemos habitaciones contiguas.

—Haré como si no existieras si tú haces lo mismo.

Leila acaba de cargarse cualquier intento por mi parte de llevarnos bien estos próximos seis días.

—Será como si tuvieras de vecina a una actriz de cine mudo, te lo prometo —le aseguro, y allá vamos, montadas en ascensores separados de camino a nuestras respectivas habitaciones, que no podrían estar más juntas ni aunque fueran gemelos en el interior del útero.

Deshago la maleta e intento dormir un rato. Si he entendido el itinerario correctamente, me voy a pasar la noche en vela, así que me vendrá bien una buena siesta reparadora. Apago el móvil; ya he avisado a todo el mundo de que he llegado a Chicago sin problemas. Mis dedos se detienen sobre el nombre de Cole. ¿Debería enviarle un mensaje? O, mejor aún, ¿llamarlo? Su vuelo debe de estar a punto de despegar, así que me decido por un «Buen viaje. Te quiero» y me acuesto.

Me despierta el teléfono del hotel. Estoy muy desorientada y me cuesta situarme. Cuando por fin consigo reconocer la habitación, me levanto de un salto y cojo el teléfono. Espero no tener la voz demasiado ronca. La chica de recepción me dice que tengo una llamada y me la pasa tan rápido que no me da tiempo a mirar el número. Reconozco la voz en cuanto la oigo. Mi otra mejor amiga y futura médica, Megan Sharp, que vive y va a la universidad en Maryland.

—¿Dar sorpresas no es lo tuyo, ¿eh?! —me grita desde el otro lado del teléfono, tan alto que tengo que apartármelo de la oreja.

—P-pero ¿qué he hecho? Todavía no me he quitado el sueño de encima. Ahora mismo, soy un cuatro sobre diez en mi escala particular, que es la del descanso. Miro el reloj que llevo en la muñeca. No me lo he quitado para dormir; seguro que me ha dejado una marca preciosa en la mejilla. Resulta que, cuando mi amiga la pelirroja gritona me despierta, solo llevo dos horas durmiendo.

—¿Por qué me gritas? Es muy pronto para esto.

Dejo caer la cabeza sobre la cama y se me cierran los ojos como si tuvieran vida propia.

—Tu novio te está buscando. Está muy preocupado.

—¿Cómo? Es lo que necesitaba para acabar de despertarme.

—Alex acaba de llegar a casa y me ha dicho que Cole se iba hoy a ver a su padre, pero que al final ha cambiado de opinión. Como tiene unos días libres, quería hablar contigo para preguntarte si te parece bien que vaya a verte.

—Ups.

—Exacto, ups. Alex no le ha dicho que estás en Chicago para darle una sorpresa, así que lo más probable es que ahora mismo Cole esté esperando en el aeropuerto y preguntándose si un tal Nathan se habrá cargado a su novia.

—Tengo el teléfono apagado, no sabía...

—Creo que ya va camino de casa, preocupadísimo por ti, claro. No sé

cuánto tiempo lleva intentando hablar contigo, pero, eh, estás a tiempo de activar la Operación Gabardina.

Se ríe y, a pesar de las circunstancias, a mí también se me escapa la risa.

—Hace demasiado frío para salir a la calle vestida solo con una gabardina, ¿vale? Pongo los ojos en blanco, pero mientras hablo con Megan siento que se me llena el estómago de mariposas.

Madre mía.

¡Seis días enteros con Cole! Mecachis, creo que se me ha olvidado meter algo sexi en la maleta.

—Tessa... ¿estás ahí? ¿Ya te he perdido? —Megan, creo que tenemos un problema —respondo, y me doy con la almohada en la cara.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupada.

—¡Que solo me he traído bragas de abuela! La muy bruja se ríe, y durante un buen rato.

La imagen de Cole desconsolado por mi ausencia me tiene dando vueltas por la habitación como un tigre enjaulado. Aún son las diez de la mañana; queda mucho para el acto de esta noche. Puedo ir a verlo, curarle todos los males a besos y estar de vuelta a tiempo para ponerme mi socorrido vestido negro y fingir que sé lo que hago.

Me estoy embutiendo en unos vaqueros ajustados cuando, de repente, llaman a la puerta. Me dirijo hacia allí dando saltos y abrochándome los botones, y lo que veo al otro lado de la mirilla es a una Leila visiblemente contrariada.

—Un segundo —anuncio en voz alta, y me pongo un top negro de manga larga.

Al final me he decidido por un look del mismo color; quizá así consiga aparentar una elegancia atemporal que no poseo, además de disimular el hecho de que he preparado la maleta como si no viniera a ver al amor de mi vida.

—Me hago vieja con cada segundo que pasa, Tessa. No malgastes más mi tiempo.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo de nuevo hacia la puerta, esta vez paseándome tranquilamente. La abro, me apoyo en ella y finjo tener mejores cosas que hacer y gente más importante a la que ver en este preciso momento.

—¿Puedo hacer algo por ti? Leila me mira de arriba abajo, tomando nota de cada detalle.

—¿Adónde vas? —A ver a un amigo.

—No hemos venido a socializar, sino a trabajar. Tenemos que repasar los detalles de última hora para asegurarnos de que esta noche todo vaya como la seda y no metas la pata.

—¿Qué detalles de última hora? Ya lo repasamos todo en la oficina. No se puede estar más preparado.

Leila se encoge de hombros y en su cara se dibuja una sonrisa cruel.

—Órdenes de Amy. La marca acaba de enviar un comunicado de prensa de última hora y no tenemos mucho tiempo para revisarlo.

¿Por qué tengo la sensación de que esto es cosa suya? Es como si percibiera la prisa que tengo por salir de aquí y eso alimentara su intención de retenerme.

Miro detrás de ella, hacia el ascensor, y luego consulto la hora. Tengo que irme cuanto antes, pero me niego a darle la satisfacción de dejarme mal delante de Amy, como si yo fuera el peso muerto del equipo.

«Piensa, Tessa, piensa.» Leila se queda ahí plantada, con una sonrisa en los labios.

—Pongámonos manos a la obra, ¿te parece? No tan rápido. Las situaciones desesperadas requieren del abuso descarado del dinero de tus padres.

—Dime, Leila, ¿te apetece irte de tiendas?

6

Cuento los segundos hasta nuestro próximo encuentro de alto impacto y cero exhibicionismo. Tengo a Leila en su paraíso particular, también conocido como centro comercial, con las siguientes instrucciones: puede escoger todo lo que quiera siempre que a mi padre no le dé algo cuando reciba el extracto de la tarjeta de crédito. Soy una buena hija, me gusta mantenerme sola y no depender demasiado de mis padres. Sin embargo, en situaciones como esta, cuando no te queda más remedio que sobornar a alguien para que te deje ver a tu novio, me alegro de tener una familia rica.

Hablo con Megan y Alex, que me dicen que, como no podía contactar conmigo, Cole ha vuelto a casa. Megan le ha asegurado que estoy viva, agotada e inconsciente después de tomarme un par de pastillas para dormir.

Le ha dicho que estaba tan cansada que me he cogido el día libre en el trabajo. Se ha puesto tan dramática que seguro que Cole me imagina en mi lecho de muerte.

Esta Megan siempre ha llevado una actriz de tragedia en su interior.

Me monto en un Uber, cargada con mis compras, y le doy la dirección de Cole al conductor. Creo que se me ha ido un poco la mano en la tienda de La Perla, tanto que seguro que Leila ya intuye que la persona a la que me muero por ver es algo más que un amigo.

—No podrías ser más obvia —me ha dicho mientras se probaba un abrigo Chloé especialmente caro.

Sinceramente, en H&M venden exactamente lo mismo por una cuarta parte de su precio. Espero que mi padre esté de buen humor cuando reciba la factura.

—¿A qué te refieres? —le he preguntado mientras contemplaba un conjunto de encaje precioso.

—Llevas una fotografía suya de fondo de móvil; has venido a trabajar más de una vez con una sudadera de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago, dando por sentado que te favorece; y se te escapa la risita cada vez que haces FaceTime con él durante la hora de la comida. No hace falta ser un genio para deducir que tu novio vive aquí y que te mueres de ganas de verlo.

—Si ya lo sabías, ¿se puede saber por qué me lo has puesto tan difícil?

¿Hay algún motivo en particular? Ella sonríe, se vuelve hacia el espejo y sostiene en alto un vestido de BCBG.

—Me divertía, nada más, Tessa. No te sulfures.

Si pudiera estrangularla con los trapos carísimos que hay en este sitio, no lo pensaría dos veces.

Sigo sentada en la parte trasera del Uber, repasando los mensajes de Cole con un sentimiento de culpabilidad cada vez mayor. Dios, está muy preocupado y yo perdiendo el tiempo con Leila... Ni siquiera sé si está en casa o en el campus. Da igual, tengo el material necesario para hacer de este el reencuentro más romántico de la historia y sí, tendré que volver corriendo para el evento de esta noche, pero después de tanto lío al fin voy a verlo.

El conductor debe de pensar que soy una maleducada porque, en cuanto se para delante del bloque de apartamentos de Cole, me bajo de un salto y prácticamente no le digo ni adiós. Nunca había estado aquí, pero entre lo que he oído y alguna que otra búsqueda en Google, sé exactamente qué esperar de este lugar. Cole podría vivir en un sitio un poco mejor, pero entiendo que quiera ahorrar. Además, esto está lleno de estudiantes cargados con sus mochilas y sus libros de derecho. De pronto, me doy cuenta de que aquí Cole está en su elemento, rodeado de gente muy parecida a él.

No como yo, que vivo en un edificio en el que la persona más joven después de mí debe de rondar los treinta y cinco.

Cojo las bolsas y me dirijo hacia el edificio de apartamentos, que se extiende a lo largo de la orilla sur del lago. Es un sitio precioso, cerca de la autopista y a escasos minutos del centro, muy popular y animado. Parece que Cole ha encajado enseguida, mientras que yo aún no he conseguido establecer contacto visual con el portero. Intento no dejarme llevar por los pensamientos negativos y me dirijo hacia el vestíbulo. De pronto, me percato de que no tengo forma de entrar al apartamento de Cole. Le pregunto al recepcionista si estoy en alguna lista de habituales y me dice que no, obviamente. Cole y yo no habíamos decidido cuándo vendría a verlo; puede hasta que se le haya ido de la cabeza.

Podría esperar en el vestíbulo, pero quiero darle una sorpresa y prepararlo todo antes de que llegue. El recepcionista me mira y creo que se compadece de mí. Está claro que tengo cara de pobre novia que ha venido a darle una sorpresa a su novio y no de acosadora psicótica.

—¿Es usted la novia del señor Stone? —me pregunta y yo asiento, preparada para sacar el móvil y enseñarle el infame salvapantallas a modo de

prueba—. Pues, lo siento, no puedo dejarle subir sin permiso, pero... —susurra con aire conspirador—. ¿Ve a aquella chica de allí? —continúa, señalando a una morena que espera junto al ascensor, dando golpecitos en el suelo con el pie y visiblemente estresada.

—Sí.

—Es su vecina. Si habla con ella, quizá la deje subir. Se necesita autorización para subir por encima del primer piso.

—Vaya.

Miro otra vez a la chica, la vecina de Cole, esta vez bajo una óptica diferente. Debe de rondar los treinta, con un cuerpo menudo y voluptuoso al que le favorece el vestido corto y sin mangas que lleva. Tiene el pelo oscuro y lo lleva recogido en un moño muy elegante. Los zapatos de tacón, rojos como el vestido, le dan un aspecto de mujer centrada, aunque ahora mismo no parece estar muy contenta con la persona con la que habla por el móvil.

No sé si quiero interrumpirla.

Bajo la mirada, veo las bolsas con las compras y la miro otra vez a ella.

Esta podría ser mi última oportunidad.

—Dime —le pregunto a Bill, el recepcionista—, ¿cómo se llama? Me acerco a ella con cuidado; por suerte, el ascensor aún no ha llegado.

Melissa ha colgado el teléfono, pero cuando llego a su lado, tengo la sensación de que está al borde de las lágrimas.

—Perdona —digo, y ella levanta rápidamente la cabeza y se enjuga las lágrimas.

«Vaya por Dios, Tessa, siempre tan oportuna.» —Lo... lo siento, no quería molestarte.

—No pasa nada. —Sonríe, aunque sin demasiada convicción—. Mmm, ¿te conozco? Me suenas mucho.

Me mira fijamente, como si intentara recordar de qué me conoce.

—No creo, pero puede que conozcas a mi novio, Cole Stone.

—¡Ah! —De pronto, todo encaja—. ¡Claro! Cole tiene fotos tuyas repartidas por todo el piso. —Me sonrío de oreja a oreja—. Ostras, ¿sabe que estás aquí? Creo que esta mañana iba al aeropuerto.

Vaya, sí que tienen buena relación entre los vecinos. Melissa no solo sabe quién soy y cómo es el piso de Cole por dentro, también se sabe sus horarios.

De repente, oigo una alarma en mi cabeza y sospecho que tiene algo que ver con el hecho de que esta chica sea tan guapa. Tiene la piel perfectamente tersa y bronceada, los ojos castaños y las pestañas espesas la hacen parecer

una especie de muñeca.

A Cole siempre le han gustado las chicas de aspecto inocente.

—En realidad, quiero darle una sorpresa. Por eso me preguntaba si podrías dejarme subir contigo.

—¡Ah, una sorpresa! —exclama, extrañamente emocionada ante la idea —.

¡Seguro que le encanta! Sí, lo sé, soy su novia. Es lo que pienso, pero no se lo digo para no cargarme mi única oportunidad de entrar en el piso de Cole.

—Claro que sí, ven conmigo.

Las lágrimas han desaparecido. Nos ayuda a mí y a mis numerosas bolsas a subir hasta su planta. Una vez allí, me dispongo a preguntarle si se le ocurre algo para abrir la puerta cuando, de improviso, se agacha y saca una llave de debajo de su felpudo.

—Me dio una copia por si perdía la suya —me explica mientras abre la puerta del apartamento de mi novio.

—Claro —respondo yo, y no puedo evitar sentirme un poco incómoda, como excluida.

—Bueno —dice Melissa, visiblemente incómoda—, espero que os lo paséis genial.

Intenta guiñar un ojo, pero con la nariz tan roja y los ojos tan hinchados no se acaba de entender lo que intenta decir y la situación se vuelve aún más tensa.

—Eso haremos, gracias.

Y se marcha, despidiéndose con la mano mientras desaparece por la puerta que hay justo delante de la de Cole. Ay, madre, que esto va a ser divertido.

Destierro a la extraña, aunque maravillosa, vecina de mi cabeza y me pongo manos a la obra. No pierdo el tiempo visitando el apartamento, que tiene un aspecto moderno y minimalista, y me voy directa a la ducha como si tuviera una misión que cumplir. Me refresco durante diez minutos y luego me pongo lo que he comprado en La Perla. Lo cubro todo con un vestidito negro monísimo, sin mangas, y remato el conjunto con mis tacones favoritos.

No encuentro ningún artilugio para arreglarme el pelo, así que decido dejarlo que se seque al aire, no sin antes cepillarlo bien para deshacer los nudos y ponerle un poco de espuma de Cole para que no se bufe. Uso el poco maquillaje que llevo en el bolso, sin apartar los ojos del reloj. Me sé los

horarios de Cole; hoy es miércoles y, si ha ido a clase, debería estar aquí en media hora. Cuando llegue, tendremos unas tres horas para nosotros solos y luego me tendré que ir pitando si quiero llegar a tiempo al evento de esta noche. El vestido me sirve para las dos cosas y diría que llevo el pelo bien, así que solo tengo que retocarme el maquillaje y, con un poco de suerte, no tendré que separarme de Cole hasta que no sea estrictamente necesario.

¿Has visto? Lo tengo todo bajo control, va a ir como la seda.

Bonito epitafio, Tessa O'Connell.

Pido un auténtico festín de comida italiana a un restaurante que tiene muy buenas puntuaciones en Yelp. Mientras espero que lo traigan, decido echarle un vistazo al apartamento. Es un estudio, prácticamente no tiene paredes. La cocina se abre a la sala de estar, donde también está la cama de Cole y las mesillas de noche. Es amplio y espacioso, con grandes ventanales que dejan entrar suficiente luz y consiguen que el espacio parezca más grande de lo que es. Eso sí, se nota que no ha invertido demasiado tiempo en la decoración.

Eso habrá que remediarlo. Podríamos ir un día de estos a Ikea y acabar de amueblarlo para que no parezca tan frío.

—Vale, estoy vestida, la comida está de camino y el regalo de Cole está en la mesa. ¿Qué más, qué más? —me pregunto en voz alta, y justo en ese instante oigo un ruido y la puerta se abre.

Por un momento, me entran ganas de esconderme detrás del sofá como una niña pequeña y darle un susto de muerte. Sexi, ¿eh? Pero me entra el pánico y me agacho junto a la cama, suponiendo que así tendré un margen de tiempo antes de que entre. No he respondido a ninguno de los mensajes que me ha enviado esta mañana y supongo que estará un poco enfadado conmigo, así que practico mentalmente mi discurso, mi gran aparición, antes de darle la sorpresa. Pero resulta que es él quien me sorprende a mí: oigo sus pasos y los de otra persona, más delicados, más silenciosos.

—¿Te preparo un sándwich? Se me dispara el corazón en cuanto oigo su voz y me doy cuenta de que hasta ahora no he sido consciente de cuánto lo he echado de menos.

—Mermelada y mantequilla de cacahuete, por favor.

Es una niña la que le responde, estoy segura, y eso me descoloca aún más. Levanto la cabeza, pero Cole y su invitada no están en mi campo de visión, así que me arrastro hacia delante para tener una perspectiva mejor.

—Hecho. Ve a decirle a tu madre que ya hemos llegado y luego vuelves.

—Vale, Cole —responde la niña con voz dulce, y a continuación oigo

que se marcha.

¿Así que en su tiempo libre Cole cuida a la hija de la vecina? Es la primera noticia que tengo. Mientras pienso en ello, me doy cuenta de lo absurda que estoy siendo, escondida detrás de la cama cuando todas mis cosas están repartidas por el piso. Cole me va a descubrir en cualquier momento. Me levanto, me recoloco el vestido, me ahueco el pelo con las manos y, justo cuando doy el primer paso, me resbala un tacón y tropiezo miserablemente.

Ups, esto va a doler. Intento recuperar la verticalidad, pero es demasiado tarde: aterrizo con el culo en el suelo y una pierna para cada lado.

Es entonces cuando oigo a la niña gritar: —¡Cole, hay una mujer muy rara en tu casa! Creo que se refiere a mí.

Me encuentro cara a cara con una niña de unos cinco años, con unos rizos enormes al estilo Taylor Swift. No aparta los ojos de mí y yo no tengo escapatoria, tirada en el suelo y con un dolor de rabadilla tan fuerte que no puedo ni moverme.

Me he hecho daño.

—¿Quién eres? Se acerca y me examina detenidamente.

—Pues...

—¿Tessa? —La misma.

Consigo incorporarme y saludo con la mano a Cole, que abre los ojos como platos. Está tan sorprendido que se le escurre el cartón de zumo que tiene en la mano y lo pone todo perdido. La niña, de nombre desconocido, nos mira sin entender nada.

—¡Mira cómo lo has puesto todo! —exclama, levantando otra vez la voz; alguien tiene que enseñarle a controlar el volumen.

—Eh... —Cole no aparta los ojos de mí—. Lainey, ¿por qué no vas a ver los dibujos? Te he encendido la tele.

Es como si «tele» fuera una palabra mágica. En cuanto la oye, se olvida por completo de la extraña señora que sigue despatarrada en medio de la sala de estar, se despide con un alegre «vale» y se aleja dando saltitos hacia el sofá.

—Bueno, pues... —digo mientras me froto la rabadilla—. ¿Sorpresa? Es como si al oírme se despertara del trance en el que está sumido.

—Dios mío, pero ¿qué haces aquí? —Me ayuda a levantarme del suelo, no sin antes quitarme los zapatos, también conocidos como trampas mortales, y me acompaña hasta la cama, lejos de la niña, que no se aparta del televisor

—.

¿Estás bien? —pregunta, y se agacha para masajearme los tobillos.

—No ha sido mi mejor entrada —me río.

Tiene su gracia porque me había imaginado un reencuentro totalmente distinto, más romántico, menos ridículo. Y lo habría conseguido si no fuera por la estrecha relación que me une a los suelos, así, en general.

Cole me mira un tanto aturdido.

—Es..., madre mía. No tenía ni idea... ¿Cómo...? Megan me ha dicho que estabas enferma.

—No eres el único que sabe dar sorpresas —le suelto, encogiéndome de hombros—. Aunque he de reconocer que las tuyas no son tan accidentadas.

Cole se ríe, y mucho, con carcajadas de pura felicidad. Se sienta en la cama y me abraza.

—¿Cómo es posible que haya tardado tanto en besarte! —Estaba pensando lo mismo. La vejez te está haciendo perder tu toque, Stone —me burlo, pero me cierra la boca con un beso largo y profundo, de esos que te consumen por dentro.

No empezamos poco a poco, con besos tiernos y caricias indecisas, no; vamos directos al grano, y es que este momento esconde mucho deseo, mucha añoranza y muy poco tiempo para curarla. Es como si nuestras manos tuvieran vida propia. Tengo tantas ganas de acariciar hasta el último centímetro de su piel que mis dedos tiran de su camisa y se enredan con los botones. Quiero quitársela, necesito sentir su piel contra la mía. Él debe de estar pensando lo mismo. Sus dedos se cuelan por debajo de mi vestido y lo arrastran por encima de las rodillas, hasta lo alto de los muslos, mientras su lengua lucha con la mía. Sus dedos no se detienen, siguen tirando del vestido hasta que ya no queda más pierna por recorrer.

—¡Cooole, la tele no va! Nos separamos, jadeando como dos animales.

—Ay, Dios —exclamo, y me tapo la boca con la mano—. Dime que no acabamos de magrearnos con una niña de cinco años en la misma habitación.

Apoyo la cabeza en su hombro y él responde gruñendo y maldiciendo entre dientes. Se me escapa una carcajada y me dejo caer de espaldas sobre la cama. Cole se levanta.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —me advierte, y se recoloca la camisa.

Se le ve tan incómodo que me río hasta que se me saltan las lágrimas. No sé si lloro de felicidad o de tristeza, pero es lo más divertido que nos ha pasado en mucho tiempo.

Se aleja hacia el sofá y yo miro el reloj. El tiempo ha pasado volando; tengo que volver al hotel antes de que Amy me funda el teléfono a llamadas.

Resoplo, cierro los ojos y escucho a Cole y a la niña, Lainey, moviéndose por la estancia.

—Oye, Lainey, vamos a ver a tu madre, ¿vale? —Me ha dicho que me quede aquí hasta las seis.

Me imagino su carita redonda mirando el reloj y descubriendo que todavía no es la hora.

—Solo vamos a preguntarle si hoy puede llevarte al parque un poco más pronto, nada más.

Se me escapa la risa al escuchar lo dulce y paciente que puede llegar a ser cuando le interesa. Bueno, todo lo dulce que se puede ser cuando lo que pretendes es sacarte de encima a una niña pequeña para poder arrancarle la ropa a mordiscos a tu novia.

Eh, que yo nunca he dicho que sea un santo.

—¡Vale! —accede la pequeña, y los oigo salir.

Mmm, me pregunto de quién es hija y por qué parece estar tan cómoda con Cole. Nunca me ha hablado de ella, y eso que parece que se conocen hace tiempo. Qué raro. Me levanto de la cama, me pongo bien la ropa y cojeo de vuelta a la sala de estar. Me duele el trasero del golpe que me he dado, seguro que me sale un cardenal.

La mitad del sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada está encima de la mesa, al lado de un brik de zumo. Hay una mochila pequeña tirada en el suelo y en la televisión siguen dando dibujos. Esto cada vez es más raro. No entiendo por qué Cole no me ha dicho nada de su vida secreta como canguro.

De repente, suena el timbre. Debe de ser la comida. Seguro que nos viene bien una buena cena romántica para aclarar las cosas. Salgo al rellano para pagarle al repartidor y veo a Cole, Lainey y Melissa, la mujer que me ha abierto la puerta, delante de su apartamento y riéndose como si fueran una familia modelo. Entorno los ojos para asegurarme de que no veo visiones, pero sí, Cole tiene a la niña cogida de la mano mientras la madre los observa con una sonrisa de oreja a oreja.

Pago la comida, entro las bolsas y cierro la puerta de golpe antes de que las cosas vayan a peor. Pongo la pizza favorita de Cole y la pasta que he encargado en sus respectivos platos, junto con la ensalada, y cojo un par de bebidas de la nevera, en la que también hay un pack de briks de zumo para

niños. Qué práctico.

Estoy poniendo la mesa cuando Cole entra por la puerta, visiblemente emocionado.

—No me creo que estés aquí, en mi casa.

No quiero malgastar el tiempo que me queda, así que intento olvidar la escena que acabo de ver en el rellano. Cole viene directo hacia mí y me aplasta contra su pecho, inclina la cabeza y apoya la frente contra la mía.

—¿Recuerdas que te dije que iba a estar muy ocupada en el trabajo? —Sí —contesta entre beso y beso.

—Me quedo toda la semana. —Sonrío contra sus labios—. ¿Te lo puedes creer? Cole retrocede y su cara es la viva imagen de la felicidad.

—¡Qué dices! Sonríe y me abraza con tanta fuerza que me levanta del suelo. Luego me coge literalmente en brazos y me lleva hasta la cama. Yo me río pegada a su cuello y, cuando me baja, mi cuerpo rebota en el colchón.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta, sin apartar los ojos de mi vestido.

—Un par de horas como mucho. Luego tengo que volver al hotel.

Tengo un montón de preguntas en la punta de la lengua. Me encantaría saber de qué va lo de la madre y la hija que viven al otro lado del rellano, pero prefiero no malgastar el poco tiempo que tenemos en cosas que tampoco necesitan tantas explicaciones.

—Me parece genial. Es poco tiempo, pero bastará.

No sé cómo, pero me quedo dormida entre los brazos de Cole, calentita y feliz como una perdiz, sin una sola preocupación en la cabeza. No hay nadie mejor que él cuando se trata de acurrucarse en la cama. Sus brazos te sujetan con tanta fuerza que es como si no quisieran soltarte nunca más. No sé ni cuándo me quedo dormida, pero no descansaba tan bien desde... bueno, desde la última vez que dormí entre sus brazos.

Sin embargo, creo que no es el mejor momento para regodearse en la felicidad de nuestro reencuentro porque, a juzgar por la furiosa vibración de mi móvil, juraría que acabo de meter la pata hasta el fondo. Es la segunda vez que me despiertan de malas maneras. Me incorporo para consultar la hora y por poco le doy un codazo a Cole en la cara.

Oh, no.

—¡Mierda! Si no salgo corriendo ahora mismo, cuando llegue al hotel Amy y Leila ya se habrán ido. Es Leila la que me está llamando. También tengo un montón de mensajes suyos. Dice que me está cubriendo, pero que si

en media hora no estoy en el hotel, ella se lava las manos.

Vaya, qué extrañamente amable por su parte.

—Mierda, mierda.

Mi vestido está en el suelo. Lo recojo, me lo pongo y aprovecho la chaqueta para disimular que voy hecha un desastre. Me paro un segundo delante del espejo y sí, efectivamente tengo el pelo alborotado, con un mechón saliendo disparado en cada dirección. Intento peinarme con las manos, pero no hay nada que hacer. Se nota a leguas que me he estado revolcando con alguien.

Tendré que jugármela con el típico moño informal.

—¿Dónde está el incendio, bizcochito? Cole se frota los ojos y estira los brazos de una forma que me hace babear.

—Me he quedado dormida y ahora Leila cree que se acaba el mundo, y no le falta razón.

Recojo lo poco que necesito. Me alegro de haber sido previsora y haber transferido al móvil la información y los documentos más importantes.

Pienso enterarme de todo, hasta de si el perro de la nieta de nuestro cliente es alérgico a los cacahuetes.

—Pero ¿no odiábamos a la tal Leila? —pregunta Cole, pero no puedo concentrarme en lo que dice porque insiste en no ponerse la camiseta.

—Exactamente —respondo. Me retoco el pintalabios y por poco no me clavo el pincel del rímel en el ojo—. Pero parece que al final sí tiene su corazoncito, o al menos unos cuantos modelitos nuevos, a cuál más caro.

Tengo que irme ya o me quedo sin trabajo, y preferiría evitarlo. Creo que mis padres han apostado a ver cuánto duro en el mundo real antes de volver arrastrándome bajo sus faldas.

Yo creo que al menos un mes lo aguanto.

Cojeo por todo el piso intentando ponerme los tacones y asegurándome de que no me he olvidado ninguna pieza de ropa importante. Preferiría no acabar la velada con una teta al aire. Cole se viste y me abraza justo cuando me dispongo a salir pitando hacia la puerta.

—Tranquila, yo te llevo. —Me besa en el cuello—. Además, si te vas así me siento un poco usado.

—¿Usado? —repito, y me río—. Ya sabes que lo del «aquí te pillo, aquí te mato» no va conmigo.

—No, quiero decir que me siento como si fuera un apéndice. Pero no pasa nada siempre que, en cuanto acabes de trabajar, te vengas conmigo a mi casa

y no te muevas de mi cama hasta mañana.

—O... —me vuelvo hacia él— podríamos aprovechar la habitación del hotel, pedir algo para cenar y, atento que voy... darnos un bañito —propongo entusiasmada.

—Lo tienes todo planeado, ¿eh, bizcochito? Se le iluminan los ojos y, por un momento, me planteo la posibilidad de tentar al destino y arriesgarme al desempleo si eso significa...

—¡Cole! —Alguien llama a la puerta con golpes suaves pero decididos, acompañados de una vocecita que grita—: ¡Me tienes que llevar a clase de ballet! Lainey no para de aporrear la puerta con sus puñitos. Casi puedo imaginarme la expresión resuelta de su adorable carita.

Cole protesta.

—Te dejo en el hotel y luego llevo a Lainey a su clase de danza.

Normalmente la recoge su madre.

—¿Debería preguntarte por qué llevas a la hija de la vecina de aquí para allá? —No se te escapa nada, ¿eh? —replica Cole con una mueca.

—Ese «nada» es una niña de cinco años, y claro que la he visto, o más bien ha sido ella la que me ha visto a mí despatarrada en el suelo. Espero que no acabe traumatizada después de ver mis partes nobles.

—Hablando de partes nobles...

Sus manos vuelven a la carga, ajenas al zumbido constante del móvil y al toc, toc, toc de la puerta.

—Ah, no, ni se te ocurra. Ahí fuera hay una niña esperándote, y yo tengo a una neoyorquina al otro lado del teléfono escupiendo fuego y deseando matarme, así que mejor lo dejamos para otro momento.

—Vale, pero que sepas que cuento los segundos hasta nuestro próximo encuentro de alto impacto y cero exhibicionismo.

—Solo te pido eso, Cole, nada más.

7

Mi confianza se desinfla como una pasa. Llego al hotel con apenas unos minutos de margen y me bajo del coche de un salto; así mato dos pájaros de un tiro y le enseño a Lainey su primera lección sobre todo lo que no hay que hacer cuando se va a bordo de un coche. Oigo que le pregunta a Cole si «la señora rara está bien», pero no acabo de oír su respuesta. Estoy demasiado ocupada corriendo como una loca por el vestíbulo del hotel y sin caerme de lo alto de los tacones.

Cómo no, Leila me ha dicho mal la hora a propósito.

Y, cómo no, tenía tiempo de sobra.

Le doy vueltas al tema durante la cena con los representantes de la marca de maquillaje que estamos cubriendo. Amy lleva la voz cantante y Leila y yo intervenimos solo de vez en cuando, así que no tardo en desconectar de lo que me rodea. Ha sido un día muy raro y, si no fuera por el café que me tomo después del postre, creo que me caería redonda y acabaría babeando en el hombro engalanado de Chanel de mi compañera de mesa. ¿Y qué pasaría entonces con nosotras tres? Intento no pensar demasiado en ello mientras nos despedimos del equipo hasta el día del gran evento.

¿Primera tarea adulta del día? Superada y sin sudar apenas. Gracias a Dios que existe la tela transpirable.

—Vosotras dos. —Nuestros anfitriones nos han traído de vuelta al hotel y se alejan calle abajo. Amy se da la vuelta y nos fulmina con la mirada—. No sé qué os pasa ni por qué estáis tan animadas —se acerca y es como si te mirara directamente al alma—, pero como la caguéis os pongo de patitas en la calle. ¿Entendido? —Sí, señora —respondo, y noto un sudor frío recorriéndome la espalda.

Leila asiente con energía. La mirada asesina de Amy se transforma en una sonrisa.

—Buen trabajo, chicas. Espero lo mismo el resto de los días.

Y, dicho esto, se aleja tranquilamente como si no acabara de meterme el miedo en el cuerpo.

—¿Cómo crees que lo ha sabido? —le pregunto a Leila sin moverme ni un milímetro, consciente de que Amy podría darse la vuelta en cualquier momento y despedirme de mi primer trabajo.

—Ah, pues no lo sé. Quizá porque te has pasado toda la cena fulminándome con la mirada —me espeta.

—Ostras, ¿en serio? Pues yo creo que ha sido por lo de la pizza; cuando le has cambiado la suya sin gluten por la mía y le has hecho creer que pretendía que acabara la noche en el lavabo.

Me mira y se encoge de hombros.

—Le ha dado vidilla a la cena.

—Bueno, al menos podrías darme las gracias por el vestido.

Me quedo mirando su vestido, azul marino y con un cuello en uve tan pronunciado que uno de los representantes de la marca se ha pasado toda la cena mirándole el escote.

Qué menos que un «gracias», teniendo en cuenta que el trozo de tela me ha costado casi mil pavos. ¿Alguien sabe dónde podría echar unas horas trabajando de camarera? Porque sé que mi padre me va a pedir explicaciones por semejante despilfarro.

—Ah, sí. —Lo intenta pero no le sale—. Pues ha funcionado. ¿Sabes el hombre rubio? Me ha cogido por banda cuando he ido al servicio y me ha dicho que le encantaría invitarme a comer mañana. Y ha accedido a hacerme una visita guiada de la fábrica, en exclusiva, y eso que hasta ahora se habían negado. A Amy le va a dar algo cuando se lo diga. ¿No es genial? Bien jugado, Leila, bien jugado.

Creo que no estoy hecha para ser tan despiadada como ella, para perseguir mis objetivos con la misma decisión. Quizá me falta pasión o puede que me haya equivocado de trabajo, pero la idea de tener que enseñar las tetas para conseguir algo no va conmigo. No estoy juzgando a Leila. Me parece perfecto que tome el control y les enseñe a los hombres quién manda, pero cuanto más tiempo paso con ella, más consciente soy de que esto no es lo mío.

Creo que mi reacción le resulta decepcionante.

—¡Felicidades! Seguro que a Amy le encanta. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

La dejo sola y me dirijo hacia el ascensor. Cole llegará en cualquier momento y, si seguimos a rajatabla la lista que he estado confeccionando durante toda la cena, la noche promete ser larga.

¿Quién dice que no puede ser sexi? Todavía no ha llegado.

Miro el reloj, luego la puerta y repito el ciclo. Llevo más de una hora esperando y ya es más de medianoche. No sé cuánto tiempo voy a aguantar

despierta, así que lo llamo otra vez, pero me vuelve a saltar el contestador y tampoco me responde a los mensajes. Empiezo a estar preocupada.

¿Y si le ha pasado algo? Decido esperar un poco más, pero ya tengo abierta la aplicación de Uber y mis dedos están a punto para pedir un coche en cualquier momento. Justo en ese preciso instante, el móvil vibra con una llamada entrante de Cole.

—¿Estás bien? Estoy tan nerviosa que me cuesta respirar.

—Bizcochito —suspira Cole al otro lado de la línea—, no sabes cuánto lo siento. Iba de camino al hotel, pero...

De pronto, me doy cuenta de que se oye mucho ruido a su alrededor. Me pregunto dónde estará.

—Pero ¿qué? ¿Estás herido? Estoy de pie y lista para ponerme la chaqueta encima del pijama y salir corriendo.

—Es Lainey, estoy en el hospital con ella y con Mel.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que Mel es su vecina Melissa.

No entiendo nada.

—¿Va todo bien? —Melissa tiene el coche en el taller —empieza, y hay tanto ruido a su alrededor que me cuesta entender lo que dice—. Lainey lleva todo el día vomitando y está tan deshidratada que se ha desmayado. Su madre ha venido a picarme justo cuando iba a salir y me ha pedido que las llevara al hospital.

—Vaya.

Es evidente que no sé nada de esta faceta de su vida, de esta especie de familia que ha formado con una madre soltera y su hija. Tampoco sé desde cuándo funcionan así ni por qué, pero ahora no es el momento de hacer preguntas.

—Seguro que te necesitan.

Lo oigo suspirar al otro lado del teléfono.

—Supongo. Mel está fatal. Se pone muy nerviosa cuando Lainey está enferma. Necesito asegurarme de que están bien.

No le pregunto por qué necesita estar al lado de dos personas a las que no conocía hasta hace poco más de un mes.

—Claro, te entiendo. Haz lo que tengas que hacer; yo te espero aquí.

—Tessie, me siento fatal. Sabes que si pudiera estaría ahí en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo sé.

Es la verdad. ¿Que si estoy dolida? Un poco. ¿Y la culpa es de Cole por

ser una buena persona? Claro que no. Además, cuando veo cómo trata a Lainey siento que algo se remueve en mi interior y la sensación es maravillosa.

—He avisado en recepción para que te dejen subir a la hora que sea.

Disimulo un bostezo, me meto en la cama y me acurruco entre las sábanas.

Echo de menos su calor.

—Iré en cuanto pueda.

—Te tomo la palabra.

Por segundo día consecutivo, me despierto entre los brazos de Cole, que es mejor que despertarse el día de Navidad. Aún está durmiendo cuando abro los ojos, pero está tumbado a mi lado, el pecho moviéndose al ritmo de su respiración y los brazos alrededor de mi cuerpo. Ni siquiera intento moverme, prefiero dedicar unos minutos a disfrutar de su cercanía. Cuando pasen estos días, tardaré un tiempo en volver a verlo y la sola idea me llena de una tristeza infinita. Dibujo las líneas de su cara con los dedos, con cuidado de no despertarlo. Parece agotado, el pobre; no sé a qué hora llegó ayer por la noche. Tengo que averiguar cómo ha acabado haciendo de niño.

Me doy una ducha y me visto, pero Cole no se mueve ni un milímetro.

Porque lo veo respirar, si no, estaría preocupada. Aun así, pido el desayuno para ver si se despierta con el olor del café y de los gofres, pero ni bañando mis gofres de sirope de chocolate consigo que reaccione. Vale, entiendo que le guste jugar a las casitas con la vecina, pero ahora mismo no sé qué pensar de esta versión comatosa de mi novio. Dentro de unas horas tendré que empezar con mi transformación en princesa para el acto de esta noche, lo cual equivale a perder todo el día. No creo que nos dé tiempo a hacer demasiado turismo.

Estoy en plena flagelación cuando llaman a la puerta. No puede ser el servicio de habitaciones, a menos que haya pedido unas tortitas con chocolate sin darme cuenta para acabar de hundirme en la miseria. Pero el día no puede hacer más que mejorar: es Leila, perfectamente arreglada y vestida con un elegante vestido tipo jersey largo, mientras que yo sigo en pijama.

—Hola —me saluda con una media sonrisa en los labios—. ¿Qué tal la noche? ¿Divertida? —Mira por encima de mi hombro hacia la cama, en la que Cole sigue dormido—. Tu novio está bastante bueno. Lástima, qué desperdicio.

—Si no tuviera que pasarme los próximos meses trabajando contigo, te

preguntaría si sabes qué es el espacio personal.

—Por desgracia para ti, tienes que trabajar conmigo, así que te recomiendo que no te formes ninguna opinión precipitada sobre mí. Puedo mejorar o empeorar según el día. Pero vaya, que no he venido a charlar contigo. Quería decirte que ayer por la noche tu novio se metió por error en mi habitación.

Supongo que la dejé abierta para el servicio de habitaciones. Tienes suerte de que no me pusiera a gritar y despertara hasta al apuntador.

Pues vale.

—También quería comentarte que tiene pinta de chico malo, de esos que no se fijan en las chicas buenas como tú. ¿Cómo habéis terminado juntos? La miro y aprieto los dientes.

—¿Tú no comías hoy por ahí? —Vale, vale, qué sensible. Me pregunto cómo llevas la relación a distancia con un novio como ese.

—Me las arreglo bastante bien. ¿Querías algo más o ya te puedo cerrar la puerta en los morros? —No, eso era todo...

No le dejo terminar la frase y hago precisamente eso, cerrarle la puerta en los morros. Cuando vienes a ver a tu chico a pesar de la distancia pero está tan cansado que no puede ni darte un beso de buenas noches, lo último que necesitas es a alguien como Leila dándote la tabarra.

Vuelvo de dar un paseo por los alrededores del hotel y me encuentro a Cole recién levantado. El conserje me ha dicho que hay tiendas buenas por la zona, así que he decidido ir de compras y me he dejado el sueldo. Estoy arrastrando las bolsas llenas de cosas caras, que seguramente no necesito, cuando, de repente, unos brazos fuertes y sensuales acuden en mi ayuda.

—¿Qué has hecho, bizcochito? ¿Vaciar la tienda? —bromea Cole, y me ayuda a cargar con todo.

—Tenía que ocupar el tiempo. Además, la bruja de Leila tiene el mismo vestido que yo. No sé qué clase de vudú practica, pero a veces me da miedo.

—Ya. —Cole se rasca la nuca. Parece que está incómodo—. Ayer... digamos que me la encontré.

—Le ha faltado tiempo para contármelo. —No puedo evitar poner los ojos en blanco—. ¿Cómo puede ser que te equivocaras de habitación? Se ha duchado y se le ve feliz y relajado, sin rastro del agotamiento de ayer.

Mi Cole.

—Creo que cuando llegué al hotel iba sonámbulo.

—¡Cole! —lo regaño—. No deberías conducir en ese estado.

—Lo sé y lo siento. Fue una estupidez por mi parte, pero no quería tenerte esperando. Es tu primera vez en Chicago y me niego a dejarte tirada.

Me atrae hacia su pecho y yo me dejo llevar. Me acaricia la espalda y yo le digo que no pasa nada, que lo entiendo.

Estoy descolocada, pero lo entiendo.

—Qué bien que te hayas levantado. Creía que tendría que robar un par de calcetines sudados por ahí para poder despertarte.

—No sé cómo he dormido tantas horas —contesta, frunciendo el ceño—.

Tendrías que haberme despertado; no me gusta que esto se esté convirtiendo en la norma.

Me encojo de hombros.

—Me gusta que te relajes cuando estamos juntos. No me habías dicho que, cuando no estás estudiando, cuidas de tus vecinas.

La verdad es que no tengo la paciencia necesaria para dejarlo pasar y esperar el momento perfecto para sacar el tema. Por si no te habías dado cuenta, nunca he tenido el don de la oportunidad.

—Sí, sobre eso... ¿quieres que lo hablemos? —No si tú no quieres.

—No te estoy ocultando nada, Tessie, porque no hay nada que ocultar.

Solo eso, que soy el imbécil que se queda dormido cuando está con el bombón de su novia.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo negar que se me llena el estómago de mariposas. Sí, ya no voy en pijama, y sí, puede que lleve un top que deja al descubierto un par de dedos del estómago plano que tanto me ha costado conseguir. Por lo visto mi piel produce un efecto hipnótico en Cole, que se niega a apartar los ojos de mi vientre.

—Soy imbécil —repite.

—No seré yo quien diga lo contrario.

Y es que lo mejor para la autoestima de una chica no es hacer planes para ir a ver a tu novio y que él sea incapaz de mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para percatarse de que te has dejado el sueldo en lencería.

Por eso, Stone, estás a punto de conocer el maravilloso concepto de la gratificación aplazada. Me aparto e impido que sus manos sigan tomándose libertades con mi falda.

—Ah, no, ni se te ocurra. Tengo una reunión con Amy a la que no puedo faltar, y tú —finjo que consulto la hora— tienes que ir a ver a tus vecinas. La madre no ha parado de llamarte mientras dormías.

Le cambia la expresión y me siento un poco mal por rechazarlo de esta

manera, pero es la verdad. Yo tengo que ir a ver a Amy, y Melissa ha llamado varias veces. Obviamente, me ha podido la preocupación por la pequeña Lainey y le he enviado un mensaje a su madre preguntándole si todo iba bien.

¿Que cuál ha sido su respuesta? Quería saber si Cole podía pasarse por casa de la abuela para recoger un conejito de peluche que se dejó ayer.

No sé tú, pero a mí eso no me parece una emergencia que justifique tantas llamadas, sobre todo si el destinatario de dichas llamadas se ha pasado toda la noche en el hospital contigo, cuidando de tu hija. Le he respondido que se lo diría a Cole cuando se despertara y quizá son imaginaciones mías, sumadas a mi incapacidad crónica para deducir el estado emocional de alguien a partir de sus mensajes, pero juraría que le ha molestado.

Mala suerte, Mel.

—Tessie, no es lo que piensas.

—No pienso nada. Me tengo que ir a trabajar. Tú quédate aquí, ponte cómodo y asegúrate de que Lainey está bien. Hoy es la gran noche y no sé a qué hora estaré libre. Puedo intentar salir antes, quizá podríamos...

—Esta noche tengo grupo de estudio —me interrumpe, y maldice entre dientes.

De pronto, a nuestro alrededor empieza a formarse una extraña tensión.

Tenemos horarios totalmente distintos; es la primera vez que chocan frontalmente y no sabemos cómo solucionarlo. Me fastidia que me haya ocultado cosas y que haya tenido tiempo para Melissa y para su hija y para mí no.

No quiero ser así, de verdad que no. Entiendo que tiene su vida y sus planes, que yo he aparecido aquí sin avisar y que no sabe cómo hacerme encajar con el resto de sus responsabilidades.

—Bueno, pues supongo que ya nos veremos mañana. Llama al servicio de habitaciones si tienes hambre; paga la empresa.

Paso junto a él y empiezo a arreglarme para esta noche.

—Pareces distraída. ¿Va todo bien? Viniendo de mi jefa, diría que es una advertencia, así que será mejor que te pongas las pilas, Tessa.

—Lo siento. Sí, sí, todo bien, he oído todo lo que has dicho.

—Ya lo sé, te veo escribir; pero no me refería a eso. No estás al cien por cien, no se te ocurren esas ideas rocambolescas tan tuyas que luego yo tengo que rechazar amablemente.

Su comentario me saca los colores.

—Tienes razón.

Me observa con sus ojos de mirada astuta y comprensiva y no sé cómo lo sabe, pero el caso es que lo sabe.

—Normalmente no me meto en la vida privada de mis empleados, sobre todo si se acaban de unir al equipo. No creo que tenga que ir por ahí dando consejos que nadie me pide, pero en tu caso diría que los necesitas.

Me pregunto cuál será la vía de escape más rápida de la habitación de mi jefa. Podría saltar por la ventana, pero teniendo en cuenta que está en la planta 15 del hotel, algo me dice que no sería buena idea. Considero la posibilidad de pedirle permiso para ir al lavabo y encerrarme allí para siempre. Podría fingir que los camarones de la cena de ayer estaban malos. Al final, decido no moverme de donde estoy y me preparo para recibir esos consejos que nadie le ha pedido.

—El chico que andaba por aquí ayer por la noche... —Pero ¿cómo lo sabe? —. Ah, Leila sacó el tema a la primera de cambio —explica, restándole importancia al chivatazo—. Me da igual si invitas a tu novio a la habitación.

Soy tu jefa, no tu niñera, pero si afecta a tu trabajo entonces sí es un problema. Supongo que sabes dónde está Leila.

—Cubriendo una exclusiva —murmuro, un tanto seca.

—Exacto. ¿Y dónde estás tú? Aquí sentada, haciendo pucheritos como una niña consentida y con la cabeza vete a saber dónde. Sé que eres perfectamente capaz de hacer tu trabajo, Tessa, pero cualquier lerdo con estudios puede tomar notas. No te he contratado entre miles de candidatos para que te limites solo a eso.

—Ah.

Es la primera vez que hablamos del tema, de por qué una empresa como esta, que trabaja codo con codo con una industria de la que no sé prácticamente nada, decidió contratarme a mí y no a otra persona.

Soy toda oídos.

—Me gustó que no fueras tan competitiva como las demás. Me gustó que te centraras en la historia, en la parte humana, que te fijaras en las conexiones. Me gustaste porque pensé que atraerías a un perfil de lectora diferente, alguien que no quiere saber qué base de maquillaje va mejor con su piel, sino que intenta explicarnos por qué cuando saca el pintalabios y se lo pone se siente invencible, aunque tenga un mal día. Quería que buscaras historias con las que las lectoras pudieran identificarse, historias que reflejen que no solo nos dirigimos a un público de la talla treinta y seis. Quería que fueras la primera en convertir nuestra revista en algo de lo que cualquier

mujer pueda sentirse orgullosa.

No sé si quiero llorar o levantarme y aplaudir. Es el discurso más apasionado que le he oído y no se me escapa que de él se puede deducir que le he fallado. Agacho la cabeza avergonzada y, de pronto, me siento diminuta.

—No... no tenía ni idea.

—Claro que no. Estabas tan ocupada peleándote con Leila y compadeciéndote de ti misma que ni siquiera te diste cuenta de cuál era el objetivo del viaje. Ayer, cuando Leanne nos explicaba por qué fundó la marca, por qué se esfuerza tanto para que la belleza no sea algo elitista y el mundo del maquillaje sea más variado, ¿qué estabas haciendo tú? Compadeciéndome de mí misma.

—Lo siento mucho, Amy, te... te prometo que a partir de ahora lo haré mejor.

Es un milagro que no empiece a tartamudear. Nunca he sabido cómo actuar ante la decepción ajena porque siempre intento evitarla. He sido una buena estudiante y me gusta pensar que soy una buena hija, hermana, amiga y novia, pero a veces es difícil compaginarlo todo, por ejemplo ahora mismo.

Soy el Calamardo de esta revista, a años luz de convertirme en la empleada del mes.

—Eso espero porque puedes hacerlo. Solo te lo voy a decir una vez: mientras estemos aquí, te quiero centrada únicamente en el trabajo. Lo que hagas en tu tiempo libre no es cosa mía, pero si veo que está interfiriendo en tu trabajo...

—¿Me pondrás de patitas en la calle? —Y, cuando volvamos, te encontrarás una carta nada halagadora encima de la mesa. ¿Entendido? Alto y claro.

Después de la conversación con Amy, me preparo para la noche con precisión militar. No pienso decepcionarla. Hoy nada podrá distraerme, nada en absoluto.

Me pongo mi espectacular vestido dorado, largo hasta el suelo y con una abertura bastante atrevida en un lateral. Me miro en el espejo y sé que en su momento fue buena idea llevarme a Beth de compras, pero cuando se trata de encontrar el valor para ponerme los vestidos que me anima a comprar, mi confianza se desinfla como una pasa.

Levanto la cabeza bien alta y subo la cremallera que recorre la espalda, aunque en realidad tampoco es que haya mucha tela que cerrar. Los tirantes

abiertos y la abertura posterior dejan al descubierto casi toda la espalda, y por delante asoman los pechos. Me recojo el pelo para poder lucir moreno y utilizo poco maquillaje para que el vestido destaque.

En momentos como este, no me reconozco ni sé cómo he acabado aquí, pero creo que el discurso de Amy ha hecho mella. Ha visto algo en mí, cree en mis posibilidades y espera que haga un buen trabajo. ¿Cómo se lo puedo pagar? Negándome a obsesionarme con Cole y la extraña familia que ha formado aquí. No he sabido nada de él desde esta mañana, puede que ya esté con el grupo de estudio. O quizá está en casa. En cualquier caso, si quiere algo de mí ya sabe dónde encontrarme.

Me miro una última vez en el espejo y me pongo los zapatos. Allá vamos.

—No mires, pero hay un tipo trajeado y muy guapo que viene directo hacia ti.

Vuelvo la cabeza tan rápido que por poco no me parto el cuello.

No puede ser.

¿Cómo lo ha hecho? ¿Se puede saber qué está haciendo aquí? —Deduzco que ese es tu novio.

Amy se para a hablar conmigo y con la chica de la marca de cosmética con la que estoy charlando. El acto está siendo un éxito y ya llevo dos horas en racha hablando con todo el mundo, escuchando, conociéndolos, a ellos y sus historias.

Historias y personas con las que puedo sentirme identificada. Por fin sé qué es lo que Amy quiere de mí.

—No..., no tengo ni idea de qué hace aquí.

—Ah, he pedido a la organización que le guardara un sitio. —Me guiña un ojo—. Buen trabajo. Me alegro de que la charla haya funcionado. Y ahora ve a divertirme —me dice, y me empuja literalmente hacia Cole, que viene directo hacia mí.

Salgo a su encuentro con toda la elegancia de la que soy capaz de fingir.

Por ahora, no he tropezado ni he cegado a nadie con los destellos que despide mi vestido. Y digo «por ahora» porque es posible que acabe ocurriendo. Sí que estoy a punto de caerme de bruces porque Cole trajeado es algo de otro mundo. Está, un poco inseguro y mirándome como si fuera la única gota de agua en todo el Sáhara. Tiene suerte de que no me abalance sobre él.

—Hola —le digo cuando ya está muy cerca.

—Hola, bizcochito. —Sus ojos no se apartan de mí—. No tengo palabras

para decirte lo increíble que estás.

Me pongo colorada y recoloco los hombros como si no pasara nada, cuando lo cierto es que sus ojos me abrasan la piel.

—¿Cómo has acabado aquí? Mira por encima de mi hombro hacia donde está Amy y creo que le sonrío.

—Por una vez en mi vida, he dejado de contemplarme el ombligo y me he dado cuenta de dónde quería estar, así que aquí me tienes. No se me ocurre ningún sitio en el que me apetezca más estar que aquí.

—¿Ni siquiera en urgencias acompañando a una niña? Me mira y aprieta los labios hasta que solo parecen una fina línea.

—No.

—¡Cole! —Le propino un manotazo en el hombro—. No digas eso.

Él pone los ojos en blanco.

—Los abuelos de Lainey se la han llevado todo el fin de semana. Mientras no esté con Mel, todo irá bien.

Intuyo que la historia es más compleja de lo que parece, pero no digo nada porque lo único que me interesa ahora mismo es el amor de mi vida, yo misma y la posibilidad de pasarme toda la noche bailando.

Leila nos interrumpe un par de veces, pero se lo perdono porque es la quinta vez que se acerca para decirnos «hola».

—Es curioso cómo nos conocimos ayer, ¿verdad? —pregunta, y se ríe con ese tono suyo tan coqueto, sin parar de mover las manos y cada vez más cerca de Cole, que está visiblemente incómodo.

—En realidad, fue bastante violento. Creo que no me he disculpado lo suficiente por haberme colado de esa manera en tu habitación.

Leila sonrío, Cole se pone colorado y yo empiezo a preguntarme qué pasó ayer exactamente entre estos dos. Hasta donde yo sé, es posible que Leila tenga la costumbre de dormir desnuda y mi pobre novio se tropezara con ella tal como su madre la trajo al mundo.

Solo de pensarlo, me entran ganas de sacarle los ojos.

—He oído que estás estudiando derecho.

Lo mira de arriba abajo y luego se pasa la lengua por los labios. Vale, está claro que lo hace para buscarme las cosquillas. ¿Por qué, si no, iba a tontear con él tan descaradamente? Tampoco es tan mala, ¿no? —Eh, sí.

Cole me mira como si le hubiera pedido que confesara ser un preso fugado con diez condenas por asesinato a sangre fría. Por un momento, la tentación es muy fuerte, pero al final le hago una señal con la cabeza y me

cojo de su brazo.

—Leila, si ya has terminado con la investigación, ¿te importa que nos vayamos? Ella sonríe, como si disfrutara con la posibilidad de que su presencia me haga sentir insegura, y quizá en otra realidad paralela sea así. Ahora mismo es el sueño erótico de cualquier hombre, ataviada con un vestido de encaje tan fino que casi es transparente. He visto a varios hombres babeando por ella con los ojos fuera de las cuencas, y me he dado cuenta de que le gusta tener esa clase de poder sobre la gente para controlar los hilos como si fuera un titiritero. Sin embargo, no le tengo miedo; he visto a muchas como ella a lo largo de mi vida y sé que tras esa fachada se esconde una persona insegura y con miedo al rechazo.

—Me parece increíble que trabajes con ella.

Cole parece preocupado, y lo entiendo porque conoce perfectamente mi historia con el abuso escolar. Da igual lo que haga; siempre acabo encontrándome gente decidida a hundirme la vida, pero ya no soy la pobre Tessa de antes, la que vivía aterrorizada bajo el yugo de Nicole.

—Lo tengo controlado, los abusos de patio de colegio ya no pueden hacerme daño —le aseguro mientras nos movemos al ritmo de la música.

A nuestro alrededor, la gente se pasea, baila, ríe, se divierte y, por un momento, siento la necesidad de ser como ellos, de que seamos Cole y Tessa, sin ninguna preocupación ni dolor de cabeza.

Me pregunto cuánto nos va a durar.

8

El tío sigue teniendo la perspicacia de un animal atropellado. A diferencia de mi primer cuélgue preadolescente, el único e inimitable Troy Bolton, no puedo decir que tenga la cabeza centrada en el partido. Llevo casi un cuarto de hora mirando la pantalla vacía del portátil cuando siento que alguien me empuja sin demasiada delicadeza. Es Leila, cómo no, observándome desde la cima de sus tacones de quince centímetros y ofreciéndome una bolsa de papel que contiene mi comida. Hoy he tenido que tragarme el orgullo y suplicarle que me comprara la comida porque soy incapaz de moverme de la mesa.

Me encuentro mal, pero que muy mal. Me pesan la cabeza y todo el cuerpo en general, me lloran los ojos y ya he gastado media caja de pañuelos para asegurarme de que no me corren los mocos barbilla abajo. Lo peor de todo es que es como si me hubieran clavado una docena de cuchillos en la garganta que me arañan continuamente la piel. No sé dónde he pillado el virus o qué he hecho para ofender a mi, por otro lado, impecable sistema inmunitario, pero lo estoy pasando fatal y no parece que Leila esté dispuesta a ser mi Florence Nightingale particular.

—No te ofendas —me dice, y se nota que está a punto de disfrutar faltándome—, pero estás horrorosa.

Estoy horrorosa, es verdad, pero estamos a viernes y me he arrastrado hasta la oficina pensando que podría sobrevivir un día más antes de pasarme todo el fin de semana encerrada en casa. Claro que, teniendo en cuenta el trabajo que llevo hecho hasta ahora, es evidente que me he sobrevalorado.

—Gracias —respondo, sorbiendo por la nariz, y cojo la bolsa con la sopa que me ha traído; pero ella sigue sin moverse.

—Entonces qué, ¿piensas quedarte hasta las cinco? —Esa es la idea.

—¿Con todos los virus que llevas encima? No puedo evitar que se me hundan los hombros. Dejo mi querida sopa de pollo con fideos encima de la mesa y me doy la vuelta a regañadientes.

—Si quieres decirme algo, por favor, que sea rapidito. Necesito alimento para el alma, y cuanto antes.

—Yo odio estar enferma y siempre intento limitarlo a una vez al año; normalmente, durante las vacaciones para que mi madre pueda cuidarme. No hay nieve en la calle ni tampoco hombres vestidos de Papá Noel, así que me

niego a que me pegues lo que llevas encima.

—No es más que un resfriado...

Leila me interrumpe.

—Por mí, como si es la peste bubónica. Deberías irte a casa.

—Espera un momento...

—Tienes razón.

Mi jefa, la mujer capaz de meterme el miedo en el cuerpo con una sola mirada, aparece por detrás de Leila y me mira con una mezcla de compasión y un poco de asco en los ojos. La verdad es que mi mesa parece el cementerio al que todas las cajas de clínex van a morir.

—Pero...

—Ya casi es fin de semana y no hay nada de lo que estás haciendo que no pueda esperar hasta el lunes. Vete a casa y tómate un buen jarabe para la tos.

Justo en ese momento toso con un ruido seco y áspero; claramente hay algo dentro de mi pecho que no funciona bien.

—Leila, pídele un taxi a la pobre y mándala a casa.

Amy sacude la cabeza mientras se aleja y Leila reacciona más rápido que si le acabaran de chivar que están de rebajas en Manolo Blahnik.

—Tienes voz de ultratumba.

—Es exactamente como me siento.

—¿Seguro que no quieres que pasemos a verte? —Dios, no —le digo a mi hermano.

Me sabe mal que se preocupe por mí, pero este fin de semana Beth y él vuelven a casa de visita y no pienso estropearles los planes.

—Entonces ¿por qué no te vienes con nosotros? —Tengo un montón de cosas pendientes aquí —miento, cuando la verdad es que sé por qué este viaje es tan importante para Travis y no tengo intención de hacer de aguantavelas.

—Oye, que sé lo que estás pensando. No va a haber ningún problema porque tú estés allí. Seguramente Beth se enfadará más cuando se entere de que te he dejado aquí sola y enferma.

—No quiero arriesgarme a pegároslo. ¡Ni pensarlo! Sé lo mucho que te has currado la sorpresa y el tiempo que has dedicado a planearlo todo, así que vete y haz a mi mejor amiga la mujer más feliz del planeta.

Lo digo tosiendo como si estuviera intentando expulsar los pulmones por la boca; seguro que no ha sonado tan bien como pretendía.

—Vale, como quieras, pero que sepas que voy a buscar a alguien para que te eche un ojo.

—Travis, no hace falta que...

—Perdona, no te oigo, no tengo mucha cobertura. Luego hablamos.

¡Adiós! Pongo los ojos en blanco, tiro el móvil encima de la cama y, por un segundo, contemplo la posibilidad de apagarlo. Mi plan para estos próximos dos días es recuperar horas de sueño y ver reposiciones de *Las chicas Gilmore*, un episodio detrás de otro. Antes de llegar a casa, he comprado una tonelada de medicamentos para la gripe y también he hecho acopio de comida para llevar. No hay nada que me obligue a salir de la cama, o del apartamento, en todo el fin de semana, así que por mí puede mandar a quien quiera para cuidarme.

Lo tengo controlado.

O no.

Quizá te estés preguntando cómo he acabado de esta guisa, hecha unos zorros, después del maravilloso viaje a Chicago, en el que, la última vez que me viste, estaba bailando enfundada en un precioso vestido de gala. Bueno, pues resulta que, desde que volví de ver a Cole jugando a las casitas con el dúo madre-hija, no he estado de muy buen humor que digamos. No ha pasado nada malo entre nosotros y Cole tampoco ha hecho nada que me haya molestado, pero es como si algo hubiera cambiado, como si fuera una espectadora observando su vida desde fuera. Desde entonces, hay una tensión extrañísima entre los dos que nunca antes había sentido. Podría tener que ver con el hecho de llevar vidas bastante diferentes con prioridades distintas, pero la verdad es que nunca pensé que la distancia nos afectaría de esta manera.

Puede que el estrés de la situación y las vueltas que le doy al coco me estén pasando factura y por eso me he puesto enferma.

Intento olvidar el tema, me acurruco en la cama y sigo viendo la mejor serie de la historia; y es que no hay nadie como Jess Mariano para traerte de vuelta del umbral de la muerte, aunque conociendo a mi hermano, que ahora está al corriente de lo malita que estoy, seguro que me suena el móvil en tres, dos, uno...

—¿Estás bien? A Cole parece que le falta el aliento, como si hubiera estado corriendo. Me lo imagino recorriendo el aeropuerto a la carrera, a punto de coger un vuelo para venir a cuidar de mí, pero por desgracia existe algo llamado realidad según la cual Cole está atrapado por culpa de la universidad.

—A veces Travis se pone un poco dramático. —Intento toser de una forma un poco más discreta—. Estoy perfectamente.

—Pues, oyéndote, a mí no me lo parece, pero para nada.

Oigo sus pasos y el ruido del tráfico de fondo, y no puedo evitar preguntarme qué hace en la calle tan tarde. Por lo que me cuenta, su vida se reduce a ir a clase, trabajar con el grupo de estudio y quedarse hasta tarde en la biblioteca.

Y a cuidar de Lainey y Melissa, claro.

—Sí, eso me han dicho, pero no hace falta que te preocupes. Tengo reservas para todo el fin de semana. El lunes estaré como nueva.

—Ya sé que te encantaría, pero por desgracia los KitKats no tienen poderes curativos.

—Confía un poco en mí, Stone, que no es la primera vez que me medico.

Recibe mis palabras con cierto escepticismo, pero sobre todo lo noto dolido.

—Tessie... ¿estamos bien? ¿Y ahora quiere que hablemos de esto? ¿Justo ahora que voy tan hasta las cejas de jarabe para la tos que casi no puedo mantener los ojos abiertos? Hombres.

—Pues claro —respondo, y disimulo un bostezo—. ¿Por qué lo preguntas? A pesar de lo lejos que está y de que estoy a punto de convertirme en la Tessie borracha barra medicada, no se me escapa lo mucho que le cuesta abrirse como lo está haciendo. La vulnerabilidad que desprende se cuela en mi corazón y ocupa el lugar de la rabia.

—Es que... Ya sé que no es el momento más indicado para tener esta conversación. No sabes cómo odio haberla pospuesto tanto.

—Cole, por favor... Dime que no quieres hablar justo ahora que soy incapaz de mantener una conversación como Dios manda.

—No quiero esperar más.

Hay una cierta urgencia en su voz y automáticamente me preocupo porque lo noto nervioso. De pronto, me asaltan mis peores miedos.

¿Y si ha cambiado algo? ¿Y si ha conocido a alguien o ha pasado algo con alguna chica? ¿Con Melissa? No, no y no, me niego siquiera a imaginarlo.

—Pues... yo creo que todo va bien. A ti te parece que me he alejado y puede que sea verdad, pero yo tengo muy claro que tú y yo siempre estaremos bien.

—¿Me lo prometes? —Te lo juro por mi vida.

A Cole se le escapa un suspiro de alivio tan potente que casi me llega a través del teléfono.

—Te quiero, bizcochito, para siempre.

Cierro los ojos y una sensación de paz se apodera de mí.

—Yo también te quiero.

Y, de pronto, todo se vuelve negro.

—Está bien... Sí, estoy aquí... No, pero... ¿¿Quieres hacer el favor de parar de gritarme, Cole Grayson Stone?! Recupero el sentido con una sensación de mareo considerable, de ese que hace que no sepas dónde estás o qué día del mes o incluso qué año es. Por un segundo, me asusto y estoy a punto de apartarme de un salto de quienquiera que haya entrado en mi casa por la fuerza, pero incluso en mi estado actual de semiinconsciencia, sé que conozco esa voz.

—Se está despertando. Te llamo en cuanto sepa algo más.

Cassandra.

Madre mía, voy a matar a Cole.

Intento no pensar en qué estado se encuentra mi apartamento y dejo que Cassandra me ayude a incorporarme hasta que estoy sentada contra el cabecero de la cama. La cabeza todavía me da vueltas, mi cuerpo está igualmente agotado y dolorido. Entra luz a través de la ventana, de lo cual deduzco que vuelve a ser de día y que la madrastra de mi novio está dentro de mi apartamento cuando, más que probablemente, parece un vertedero.

—Hola —me dice con una sonrisa que consigo imitar, aunque sin demasiada convicción.

Me gusta pensar que ahora estamos mejor que hace tres años, pero lo cierto es que las cosas no han vuelto a ser lo mismo entre nosotras. Yo he evitado cualquier encuentro de tú a tú desde que el último acabó en desastre épico, y Cassandra tampoco ha intentado arreglar la relación más allá de cierto punto; así que las dos nos conformamos con esta especie de tregua en la que vivimos, lo que hace que este momento sea tan incómodo como cabía esperar.

—Hola.

Me apoyo con fuerza contra el cabecero de la cama y pienso para mis adentros que ojalá pudiera desaparecer. Seguro que tengo una pinta horrible.

—Nos tenías un poco preocupados.

Niego con la cabeza.

—No sé qué me ha pasado. Lo último que recuerdo es que estaba hablando con Cole. Supongo que me quedé dormida.

—Te desmayaste por culpa de la medicación y porque estabas

deshidratada. —Me toca la frente—. Y también tienes fiebre alta. Por suerte, venía de camino a la ciudad para una conferencia cuando Cole me llamó. No creo que el pobre haya pegado ojo desde que le colgaste el teléfono ayer.

Reprimo una mueca de dolor e intento no tomármelo como algo personal.

Quizá es cosa mía, puede que esté analizando demasiado la situación, pero es como si después de todo lo que ha pasado, Cassandra siga buscando formas de hacerme sentir culpable por mi relación con Cole. No sé qué piensa o por qué sigue considerándome la enemiga número uno, pero esa actitud pasivo-agresiva tan suya es la misma de la que llevo años intentando alejarme.

Carraspeo e ignoro el ardor que me recorre la garganta.

—Ya le dije que estaba bien —consigo decir.

—Pues parece que no es verdad, así que supongo que ha sido buena idea pasarme a verte.

Le dejo hacer, teniendo en cuenta que ella es médica y a mí me gustaría recuperarme para poder ir a trabajar mañana. Me receta varias medicinas, se lleva las que ya no necesito y se asegura de que beba mucha agua. Mientras tanto, yo no me siento a gusto ni un solo segundo y no paro de pensar en el momento en que se largue y pueda llamar a Cole para cantarle las cuarenta.

Seguro que Cassandra no estaría de acuerdo y me acusaría de arruinarle la vida.

—Estás bastante débil —me dice después de asegurarse de que me como un buen trozo de tostada—. Quizá debería quedarme...

—¡No! —la interrumpo, y me pongo roja como un tomate, o todo lo roja que me puedo poner con esta pinta de cadáver; créeme, Cassandra me ha obligado a darme una ducha y lo que he visto en el espejo me atormentará durante semanas—. Quiero decir que has venido a trabajar y no quiero que...

—Si no vengo yo a verte regularmente será Cole el que se plante aquí, sin importarle que en dos semanas empiezan los exámenes. —Me mira y arquea una de sus cejas perfectamente perfiladas—. Tú eliges.

Chantaje, muy bonito.

—De verdad, no sé por qué le estáis dando tanta importancia. Es una gripe, todo el mundo la coge de vez en cuando y si un niño de dos años puede vivir con ella, yo también. No voy a...

—Cole se siente culpable de que estés aquí sola, es evidente.

Ah, otra vez. Es increíble. Sacudo la cabeza mientras me pregunto de dónde ha sacado la idea de que puede venir a mi casa, fingir que se preocupa

por mí y luego volver a las andadas e intentar que me sienta culpable por mi relación con Cole. Ya le ha funcionado antes, todas las veces que ha intentado hablar por él como si supiera exactamente lo que le pasa por la cabeza, y yo he dejado que me afectara.

Ahora, sin embargo, a pesar de lo mal que me encuentro, no pienso permitir que me haga sentir insignificante.

—Cassandra, te agradezco que siempre te preocupes tanto por Cole y te aseguro que se lo haré saber —le digo, y veo un destello de ira en sus ojos—, pero, con todos mis respetos, nuestra relación no está abierta a debate.

Frunce los labios y luego asiente.

—Entiendo.

—Y te agradezco todo lo que has hecho por mí hoy, pero espero que entiendas que no voy a permitir que nadie me haga sentir culpable por estar con Cole, otra vez no.

—Claro.

Y así termina la conversación.

Me paso el resto del sábado recuperándome y sin sentirme especialmente culpable por cómo he tratado a Cassandra. La otra Tessa, la chica cándida e ingenua que acababa de empezar la universidad, se dejó pisotear sin atreverse a rechistarle, pero yo no. Si Cole tiene algún problema con nuestra relación o si está dudando de sus sentimientos, su mamáita no debería ser la encargada de venir a mi casa a quejarse.

Aprovecho que he recuperado fuerzas y me levanto para vestirme algo que no sea un pijama. Me pongo un poco de maquillaje y estudio la posibilidad de salir a la calle, pero la sola idea consigue que me estremezca. Y es entonces cuando me doy cuenta de lo sola que estoy. Tengo un apartamento grande y todos los lujos que podría desear, pero ¿de qué me sirven si no tengo a nadie con quien compartirlos? Resoplo y me desplomo sobre la cama; llevo cinco minutos de pie y ya me da vueltas la cabeza. No me gusta la dirección que están tomando mis pensamientos y sé que en parte es porque llevo demasiado tiempo encerrada sin ningún contacto humano, o por lo menos ninguno que yo haya elegido. Si pudiera salir y ver alguna cara amiga, seguro que me encontraría mejor. Pero claro, no tengo a ninguna cara conocida en la ciudad, al menos amistosa no, y quizá ese sea el problema. Me planteo coger un Uber y volver a casa hasta el lunes, pero no quiero estropearles el fin de semana a Travis y a Beth. Si todo va según lo planeado, en breve debería recibir una llamada muy emocionante.

Cruzo los dedos por los dos, para que nada les estropee la sorpresa, y mucho menos yo.

Justo cuando me estoy planteando el sentido de la vida y considerando la posibilidad de comprarme un pez y puede que un cactus, recibo una llamada del portero anunciándome que tengo visita. El anuncio ya es una sorpresa en sí mismo porque no conozco a nadie que pueda venir a verme así, sin avisar, y la emoción y la curiosidad no hacen más que aumentar cuando me dice de quién se trata.

—Ah, sí, claro, que suba.

Vaya, vaya, parece que hoy es el día de las visitas inesperadas.

Me arreglo lo mejor que puedo intentando que no se note demasiado.

Observo mi modelito, que consiste en unos pantalones de chándal y una de las sudaderas de Cole de la Universidad de Chicago, y, la verdad, me da igual porque al menos están limpios y el pelo lo llevo recién lavado.

Ese tipo de detalles, amigas mías, son los que realmente importan.

Al momento, oigo que llaman a la puerta y voy a abrir, no sin cierta emoción. Una parte de mí sabe que no puede salir nada bueno de esta visita, mientras que la otra pone los ojos en blanco ante mis pensamientos de adolescente. Ya no voy al instituto ni él tampoco; somos dos adultos civilizados, así que no veo por qué debería ser un problema hablar un rato con él.

Entonces ¿por qué creo que estoy cometiendo un error? Podría acabar siéndolo perfectamente.

—Hola.

Abro la puerta y me encuentro con una sonrisa cegadora, y lo digo literalmente porque al tío le vendría bien dejar a un lado las tiras blanqueadoras durante una temporada. Pero aquí está, vestido como si fuera de camino al club de campo con su camisa de vestir y sus pantalones perfectamente planchados. Cruzo los brazos sobre el pecho, quizá un poco a la defensiva.

—¿Dos Stone en un mismo día? ¿A qué debo este honor? Él se encoge de hombros.

—Le hiciste creer a mi hermano que te estabas muriendo, así que tuvo que reunir a la tropa.

—Me cuesta creer que te haya enviado él.

Jay se ríe.

—No me ha enviado él. Estamos trabajando en nuestra relación, ¿eh?,

pero aún no hemos llegado al punto en que me considere digno de tu compañía.

—Entonces ¿ha sido Cassandra? —Me ha contado lo que te ha dicho y, de verdad, le sabe fatal.

Evito poner los ojos en blanco o responderle a gritos y hago lo que se espera de una mujer madura como yo; a saber, lo invito a entrar.

—Bonito piso —me dice con un silbido mientras cierro la puerta.

—Gracias, me lo paga mi padre.

Obviamente no estoy de buen humor y el pobre va a acabar pagando los platos rotos. Suspira y hace un gesto hacia el sofá.

—¿Qué te parece si nos sentamos? Me han enviado para que me asegure de que estás bien, no para cabrearte.

—No es culpa tuya... Es que me pongo de mal humor cuando estoy enferma.

Jay esboza una sonrisa.

—Ya lo veo.

Se sienta a mi lado, pero mantiene una distancia respetuosa entre los dos.

Lo observo un momento y me doy cuenta de que su aspecto de chico de oro ya no me afecta. Pelo rubio, ojos azules, nariz perfecta y aspecto risueño; demasiado insípido para mí. Es curioso cómo cambian las cosas, ¿verdad? —Mira, he venido porque estaba preocupado por ti, no porque me lo haya dicho mi madre. Si te resulta incómodo, puedo irme. Se nota que te encuentras mejor.

Es evidente que el tío sigue teniendo la perspicacia de un animal atropellado.

—Y qué, casualmente estabas en la ciudad, ¿no? —Ahora que lo dices, es una historia graciosa —me dice, y se le escapa una risa nerviosa—. Creo que no os la he contado ni a Cole ni a ti.

—Ajá, eso suena... raro. ¿Cuál es la historia? ¿Me voy a reír? —Podría ser, depende de cómo te la tomes.

—Suéltalo ya, Jason, que no tengo todo el día.

—He encontrado trabajo en Nueva York —responde a toda prisa mezclando las palabras, y yo pongo la oreja para intentar descifrar lo que ha dicho, aunque creo que he entendido más que suficiente.

—Repite lo que has dicho.

—He encontrado un trabajo nuevo. Empiezo el lunes y resulta que es aquí; así que, ya sabes, estaré por aquí... mucho.

Me lo quedo mirando fijamente, sin parpadear.

Jay siguió jugando a béisbol durante toda la carrera, pero luego nos sorprendió a todos con el anuncio de que no le interesaba seguir como profesional. En lugar de eso, hizo uso de su título de graduado en Marketing y consiguió trabajo en una empresa muy importante, en la que estuvo trabajando como becario el año pasado. Lo último que supe de él fue que estaba ascendiendo rápidamente en su empresa de California, así que oírle decir...

—Mi empresa va a abrir una oficina aquí y quieren que dirija este nuevo proyecto. Es una oportunidad increíble para alguien tan nuevo en la industria como yo, así que no podía decir que no.

Me lo cuenta como si me debiera una explicación y yo le digo que no es así.

—Es... ¡es genial! Felicidades.

La felicitación va acompañada de un ataque de tos digno de la peste negra.

—Gracias —contesta Jay, casi tímidamente—. Sé que para ti es difícil estar aquí sin Cole, aunque también tienes a Travis y a Beth, que, claro, a veces van un poco a la suya. No quiero que pienses lo que no es, Tessa, pero... cuando necesites un amigo, que sepas que puedes contar conmigo.

Seguro que habéis oído eso de que el camino al infierno está lleno de buenas intenciones.

Esa, amigas mías, es una teoría que estamos a punto de comprobar.

9

No hay nada más platónico que hablar de vello facial. Esta es la verdad sobre las relaciones a largo plazo, y no vas a encontrar arcoíris y purpurina mágica de unicornio por ninguna parte: la cuestión es que hay que currárselo, por mucho que estés locamente enamorada de tu media naranja. Se necesita tiempo, lágrimas y mucho trabajo por parte de los dos para que la cosa dure más allá de un tiempo determinado. A veces no estaréis de acuerdo, otras querréis tiraros los platos a la cabeza y, de vez en cuando, os plantearéis la posibilidad de dejarlo, pero al final nunca lo hacéis porque preferís cortaros el brazo derecho antes que vivir el uno sin el otro.

Cole es el hombre de mi vida, lo sé desde lo más profundo de mi alma, pero ¿puedo decir que estar con él o que nuestra relación hasta ahora ha sido fácil? No, y si lo hiciera, sería una mentirosa. Nos ha costado mucho llegar hasta donde estamos, que tampoco es que sea un punto especialmente estable.

Me enamoré de él cuando tenía diecisiete años, puede que antes, y ahora, con veintidós, sigo coladita por él; pero las cosas han cambiado, hemos evolucionado como personas. Ahora los mecanismos que nos alejan son otros, al igual que también son otros los que nos ayudan a superar los problemas; pero hay una cosa que siempre ha sido constante y lo seguirá siendo, así que prestad atención, chicas: da igual el tiempo que llevéis juntos, una semana o una década; a menos que seáis totalmente sinceros el uno con el otro las cosas no van a funcionar, así de sencillo. Las mentiras siempre pasan factura, envenenan la relación y transforman lo maravilloso en feo. Así que si siempre rehuís la verdad cuando estáis con vuestra pareja, si os inventáis excusas o si practicáis con asiduidad el arte de la mentira por omisión, habéis de saber que de ahí nunca saldrá nada bueno ni duradero.

Es lo que me digo a mí misma mientras le abro la puerta a Jay por tercera vez en dos semanas. Desde el día que se pasó a ver cómo estaba, ha vuelto en varias ocasiones, siempre en fin de semana. La última vez salimos de copas, la anterior pedimos comida china y vimos *El reportero: la leyenda de Ron Burgundy*. A veces tenemos conversaciones de verdad, como cuando me preguntó si la barba de pocos días que se está intentando dejar le ayudará a ligar más, y es que no hay nada más platónico que hablar de vello facial, ¿verdad? Hay mucho que cuestionar en mi decisión de pasar el tiempo con

Jason Stone. Es como un círculo vital que se cierra. El chico del que tanto tiempo estuve colgada, esperando que me viera a mí, no a mis michelines, a mis muslos rollizos o a mi complexión de hueso ancho; que viera a la chica que se escondía bajo múltiples capas de ropa ancha GAP y grasa. Pero nunca me vio y, ni siquiera cuando perdí tanto peso, ahora sé que por las razones equivocadas, fui lo suficientemente buena para él. Estaba demasiado ocupado enredando las extremidades con las de Nicole, que en ciertos círculos era famosa por su flexibilidad.

Con el paso de los años, he superado el resentimiento que sentía hacia Jay y, la verdad, no lo envidio nada. Los adolescentes son incapaces de mostrar la más mínima profundidad emocional y solo saben pensar con la cabeza que tienen entre las piernas. Cuando me acuerdo de Cole, me sorprende lo intuitivo y maduro que era ya en aquella época. Fue capaz de manejar el desastre con patas que era yo por aquel entonces y me ayudó a reorganizar mi vida. Sí, ha sido mi hombre milagro particular.

Volviendo a Jay, hace siglos que llegué a la conclusión de que lo que sentí por él no se acercaba ni de lejos al territorio del «amor». Casi me da vergüenza comparar lo que siento por Cole con lo que sentí por Jay. Es como comparar las trufas de una pastelería de lujo con la barrita de un dólar que venden en la tienda de la esquina; no tiene sentido comparar la delicadeza pecaminosa de las primeras con la dosis de diabetes barata de la segunda.

Ahora que lo pienso, supongo que me enamoré de él porque en aquella época me sentía muy sola y él era la única persona que había sido amable conmigo cuando era pequeña. Me aferré a él porque pensé que no me abandonaría como todos los demás. Lo subí a un pedestal que él no había pedido y, cómo no, acabó cagándola y de qué manera.

Pobrecillo.

Ahora, sin embargo, lo veo como el veinteañero normal y corriente que es.

Me siento cómoda a su lado y precisamente por eso sé que somos amigos y nada más. Yo lo sé, él lo sabe, pero hay una tercera persona a la que le está costando metérselo en el cabezón.

—Está aquí. Relájate y baja la voz.

Me aparto el móvil de la oreja para que no me revienten los tímpanos y los gritos de Cole se oyen en toda la casa. Jay arruga la nariz y retrocede lentamente.

—Voy a... dar una vuelta a la manzana y ahora vuelvo.

Le hago un gesto para que entre y sigo lidiando con la reina del drama que tengo por novio.

—Ni se te ocurra dejar entrar a ese pedazo de mierda, Tessa, o...

Ignoro el hecho de que acaba de llamarme Tessa, me escapo a mi habitación y cierro la puerta.

—Te está oyendo —le susurro entre dientes, y él me responde con un gruñido.

—No me puedo creer que te hayas tragado su numerito. Tú y yo sabemos por qué está haciendo esto y sería absurdo que...

—¡Venga ya, por el amor de Dios! —Intento bajar la voz, pero llegados a este punto estoy tan cabreada que me da igual que me oiga Dorris, la que vive tres pisos más abajo—. Estás siendo ridículo, Cole. Han pasado años, ¡años! ¿Sabes qué siento por él? Nada, un enorme vacío lleno de nada, y tú también te darías cuenta si dejaras de mirarte el ombligo durante diez segundos seguidos.

—¡El problema no eres tú, es él! Siempre ha ido detrás de lo que tengo.

—Menuda racha tenemos hoy, ¿eh, Stone? No sé tú, pero a mí no me gusta que me traten como un objeto.

Lo oigo refunfuñar y me lo imagino dando vueltas por su piso del tamaño de una caja de cerillas, tirándose del pelo y deseándole los fuegos del infierno a su hermanastro.

—Mira, cuando me dijo que iba a ver cómo estabas, el fin de semana que te pusiste mala, no sabía que se iba a convertir en algo habitual. ¿A qué coño juega yéndote a ver cada dos por tres como un perrito faldero? No me digas que no te parece sospechoso.

Pongo los ojos en blanco.

—Esto no es un culebrón, Cole, y no todo se reduce a la pasión secreta pero ardiente que otros tíos puedan sentir por mí. Es nuevo en la ciudad, yo también, y el fin de semana puede ser aburridísimo si no tienes a nadie con quien quedar. Es lo único que hacemos, quedar. Por si no te has dado cuenta, no tengo una cola de gente esperando al otro lado de la puerta para ser mis amigos. A veces es agradable ver alguna cara conocida, ¿sabes? Y quizá ese es el problema, que no lo sabe. ¿Debería? Cole es mister Popularidad; si se quedara a solas con el Grinch y el señor Scrooge, acabarían haciéndose amigos. Siempre está rodeado de gente; todo el mundo quiere estar cerca de él, porque el tío irradia seguridad, calidez y un espíritu amable y aventurero al mismo tiempo. Yo, en cambio, suelo evitar a la gente como se evita el sol

cuando no se lleva protección. Información de interés público, ya que estoy. Así pues, ahora que por fin tengo a alguien con quien pasar el rato y ya no siento que se me caen las paredes de casa encima, la sensación es genial, aunque la persona en cuestión sea Jay.

—Ahora me estás haciendo sentir como un imbécil —farfulla—. ¿Qué ha pasado con la tal Leila? —¿Tú crees que Leila y yo podríamos ser amigas? ¿En qué universo? La tía preferiría saltarse su sesión de cera quincenal antes que pasar un solo minuto conmigo.

—Vale, pero sigues teniendo a Beth y a Travis...

—Creo que no hace falta que te remarque lo triste que es que la única gente con la que pueda quedar sean mi hermano y su novia, ¿verdad? Vale, ella es mi mejor amiga, pero están todo el día como dos tortolitos y ya estoy cansada de hacer de aguantavelas, sobre todo ahora que...

—Es verdad, tengo que hacerles un regalo en breve.

—No hace falta, les he reservado mesa en Le Bernardin y un fin de semana en un spa de Montauk de parte de los dos, así que ya está solucionado.

Cole silba impresionado.

—Madre mía, ya veo que prometerse tiene sus cosas buenas.

Pues sí, por fin ha ocurrido. Hace dos semanas, mi hermano se le declaró al amor de su vida y todo fue tan perfecto como cabía esperar. Justo ahora estoy en proceso de organizarles una fiesta de compromiso, pero la futura novia, Megan y yo ya lloramos lo nuestro cuando Beth nos llamó para contárnoslo.

Pero esa es otra historia y prefiero dejarla para otro día.

—¿Verdad? Oye, he dejado a tu hermano solo en la sala de estar. ¿Podrías dejar de montar el numerito y aceptar que solo somos dos viejos amigos que se ven de vez en cuando? —No me gusta un pelo —replica con un gruñido—, pero... me alegro de que ya no estés tan sola, aunque sea gracias al caraculo de mi hermano.

Sé que no lo dice para que me sienta mal, pero ¿soy tan patética como parezco? La cabeza siempre arriba, Tessa, siempre arriba.

—Entonces qué, ¿prometes comportarte como una persona normal? —¿A qué te refieres con comportarme, a que no le pegue la próxima vez que me lo encuentre o a que no le pegue fuerte? —Me da igual; lo que te veas capaz de cumplir —respondo con un suspiro.

—Entonces lo segundo.

—Me conformo con eso.

—Una cosa más... ¿Exactamente cada cuánto pensáis veros? —Cole, te voy a colgar y no pienso responder a eso. Céntrate en los exámenes y deja de preocuparte por algo que seguramente nunca jamás va a pasar. Ya te llamaré cuando no tengas ganas de guerra.

Murmura algo que no entiendo y se corta la llamada. Genial, ahora resulta que mi novio tiene dos años. Tiro el móvil encima de la cama porque sé que en cualquier momento volverá a llamar para disculparse por su comportamiento infantil, pero no es el único que tiene derecho a comportarse como si necesitara a su madre para ir al lavabo.

—Qué, ¿cómo ha ido? Vuelvo a la sala de estar y veo a Jay sentado en el borde del sofá, moviendo la pierna sin parar mientras finge que está viendo un documental bastante desagradable sobre termitas.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Voy a la nevera, cojo una cerveza y una coca-cola light para mí y me siento en la otra punta del sofá. Jay coge su lata y en cuestión de segundos se la bebe de un trago. El alcohol le proporciona la dosis de valor líquido que le faltaba. Se gira hacia mí y me observa con gesto serio.

—No quiero provocar problemas entre Cole y tú.

El hecho de que se crea tan importante como para causar problemas entre mi novio y yo me produce una carcajada interna, pero enseguida me doy cuenta de que tiene razón, de que ya lo ha hecho, y se me quitan las ganas de reírme. Claro que la culpa no la tiene él sino Cole, que sigue creyendo que me tiene que mear en la pierna para marcar su territorio.

—No estás provocando ningún problema, Jay.

—Pero los dos sabemos que Cole no está de acuerdo con esto —replica, y hace un gesto entre los dos como si estuviéramos desnudos y a punto de hacerlo como animales.

Los dos hermanos hablan de un encuentro entre amigos como si fuera otra cosa, algo diferente y sucio, y, la verdad, no sé muy bien qué pensar de que me traten así.

—¿Y qué es «esto» exactamente? ¿Qué crees que está pasando aquí para que Cole esté tan preocupado? Me cruzo de brazos, le dedico mi mejor mirada fulminante y él se hace pequeñito como un niño al que han pillado saltándose el toque de queda.

—Yo solo... quería decir que... no es lo que ha parecido. —Me mira y traga saliva—. Tú y yo somos amigos, ¿verdad? Es solo que no creo que a

Cole le parezca buena idea.

—¿Tú ves alguna etiqueta que diga «propiedad de Cole Stone»? Porque yo no. Además, no tuvo ningún problema en enviarte a verme cuando estaba en mi lecho de muerte; no debería molestarle que pidamos comida a domicilio y hagamos maratones de pelis de Will Ferrell porque eso es exactamente lo que estamos haciendo.

Jay asiente.

—Estoy de acuerdo.

Y así es como zanjamos el tema.

La semana siguiente el trabajo es una locura. Estamos ultimando el lanzamiento de un número especial para el mes que viene; la verdad, no sabía que diciembre era un mes tan importante en la industria de la belleza. Pero, eh, si a la gente le gusta gastarse una pequeña fortuna en cajitas bonitas y pintalabios en miniatura, ¿quién soy yo para impedirselo? También es la última semana de trabajo antes de las vacaciones de Acción de Gracias y Amy no suelta el látigo, literal y metafóricamente. El otro día le dio un cachete en el culo a alguien sin preocuparse por una posible denuncia. Desde entonces, evito cruzarme en su camino y trabajo desde mi mesa como el buen elfo que soy. Eso sí, desde allí llevo la cuenta atrás de los días que me quedan para volver a casa, acurrucarme en mi habitación y dejar que mi papaíto cuide de mí.

Qué queréis que os diga, me gusta dejarme querer.

Lo mejor de todo es que acabo de saber que Cole también pasará las vacaciones en casa. Al principio, habíamos acordado que yo me reuniría con él, pero después de los problemas de salud que ha tenido últimamente el sheriff, ha decidido pasar unos días en casa. Sé que hay algo más que ha motivado su decisión, pero ya lo hablaremos cuando llegue el momento.

—¿Y qué, qué planes tienes para las vacaciones? El ritmo de trabajo ha empezado a disminuir y la gente está inquieta por la proximidad del fin de semana. Casi hemos terminado, los portátiles ya están

apagados, los bolsos preparados y solo falta que Amy se marche a casa para que todos podamos salir corriendo hacia la puerta.

A ver, que a mí me gusta mi trabajo, pero llevo todo el día investigando qué esmalte de uñas se llevará la próxima Navidad, si el mate o el brillo, y ya no puedo más. La Navidad es en diciembre, ¿verdad? Cuanto más llamativo, mejor. La respuesta siempre es brillante, pero los estudios de mercado me exigen que siga profundizando.

Solo queda una persona trabajando como una esclava, con la cabeza gacha y el pelo recogido en lo alto de la cabeza, escribiendo como una loca y con la mesa cubierta de tazas de café. Decido intervenir por el bien de mi amienemiga; no me gusta la idea de que a alguien no le haga ilusión irse de vacaciones.

Leila no contesta a mi pregunta porque no me ha oído o porque decide ignorarme, pero hoy estoy de buen humor y me propongo sacarle una respuesta como sea. Me dirijo hacia la sala de descanso y cojo mi ofrenda de paz de la nevera. Le he comprado un pastel de calabaza a mediodía con la esperanza de despedirme de ella de la mejor forma posible. Llevo la caja hasta su mesa y la dejo junto a una pila de tazas de café.

Leila se queda mirando la etiqueta; sabe que lo que hay dentro viene de una de las mejores pastelerías de la ciudad especializada en todo tipo de manjares dulces y decadentes. La veo lamerse los labios y decido poner fin a su calvario.

—Es un pastel de calabaza. Ya sabes, como es temporada y tal...

De pronto, lo mira con más ansia si cabe.

—Sabes perfectamente que no como carbohidratos.

Sus ojos me dicen lo contrario. Seguro que si aparto la vista un momento, se zampa al menos un par de porciones.

—Ya casi es Acción de Gracias, Leila. Dale un capricho a tu cuerpo, date un capricho a ti misma.

Sonríe y abre la caja como la niña pequeña que en la mañana de Navidad no acaba de creerse que sus padres le hayan comprado esa muñeca tan cara que lleva meses pidiendo. Con la mirada brillante, hunde los dedos en la nata y los chupa hasta dejarlos limpios. Juraría que está teniendo una experiencia religiosa.

—Gracias, Tessa... Por primera vez, no tengo nada malo que decir de ti.

—Vaya, eh... supongo que eso es algo bueno. De nada.

Orgullosa de mi buena acción del día, vuelvo a mi mesa y empiezo a

recoger mis cosas. De fondo, oigo su voz, tan bajita que casi se me escapa.

—Feliz día de Acción de Gracias.

—Igualmente, Leila, lo mismo digo.

¿Quién iba a decir que lo único que hacía falta para que fuera amable conmigo era un pastel? Ese mismo miércoles por la noche estoy en un bareto esperando a que mi mejor amiga y futura cuñada haga acto de presencia. Beth y yo tenemos horarios muy diferentes y no podemos vernos tanto como nos gustaría. Ella pasa mucho tiempo en Jersey y a mí me sabe mal pedirle a Travis o a ella que vengan a verme con más frecuencia. Podría desplazarme yo, pero, sinceramente, aún me da pánico moverme por Nueva York yo sola. Además, desde que se han prometido, no tienen ni un minuto libre; de hecho, solo hemos conseguido vernos una vez desde entonces. Ahora que por fin volvemos todos a casa y tenemos que celebrar el compromiso, creo que nos merecemos desmadrarnos un poco.

—¿Y qué? —me dice Beth meneando las cejas; prometida pero igual de traviesa que siempre—, he oído que últimamente pasas mucho tiempo con tu examor platónico.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. Por el amor de Dios, ¿cómo es posible que se haya enterado? —No es nada del otro mundo. Viene a casa los fines de semana o quedamos de vez en cuando para ir al cine. Tengo dos opciones: quedar con él o vagar sola por las calles de puro aburrimiento y arriesgarme a que me maten en cualquier callejón. Tú eliges.

Vale, ahora me siento fatal por hacer sentir culpable a Beth. Sé perfectamente que hace todo lo que puede para que nos veamos y no quiero que se sienta mal por ello.

—Oye, lo siento, no quería decir eso. Jay y yo estamos intentando hacer borrón y cuenta nueva. Él es nuevo en la ciudad y a mí me viene bien la compañía, eso es todo. No hay sentimientos de por medio.

—Eso díselo a tu novio. Travis y Cole son más cotillas que las viejas del club de lectura de mi barrio. No sé qué están tramando, pero si yo fuera Jay, temería por mi vida.

—Mejor no hablemos más de tíos y de las tonterías que hacen cuando van hasta arriba de testosterona. ¿Cómo van los preparativos de la boda? Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿verdad? Beth sonrío de oreja a oreja. Es como si desde que está prometida irradiara felicidad. Me alegro tanto por ellos... Es genial que dos personas que se hacen tan felices el uno al otro den el paso y decidan pasar por la vicaría. Beth aún es un poco

joven. Yo misma no me imagino casándome a esa edad, pero si alguien puede sacarlo adelante esos son Travis y Beth.

La luz ilumina el anillo que lleva en el dedo y no puedo evitar quedarme mirando esta joya de la familia. Me alegro muchísimo de que el anillo de mi abuela sea para la persona perfecta.

—Los... los dos queremos que sea una boda pequeña. Nada de jaleo ni florituras; solo la familia y los amigos más cercanos. Sé que a tu madre y a tus abuelos no les va a hacer gracia la idea, pero Travis y yo hemos decidido que no queremos una boda a lo grande.

—Mi madre no tiene voz ni voto y mis abuelos son bastante discretos, nunca se han metido en nuestras decisiones. Es vuestra boda, podéis hacer lo que queráis, y si a alguien le parece mal, tendrá que vérselas conmigo.

—Y conmigo —me susurra una voz al oído.

Doy un respingo y el taburete acaba en el suelo. Por suerte, mi copa está encima de la barra o me la habría tirado encima. Me doy la vuelta y sí, está aquí. En todo su esplendor estudiadamente desaliñado, con el abrigo colgando de un brazo y la maleta en la otra mano.

Es Cole en persona.

—Ay, Dios mío.

Lo repito una y otra vez antes de lanzarme sobre él, encaramarme a su cuerpo y rodearlo con brazos y piernas como si fuera un mono araña.

—¿Cómo has...? ¿Qué...? ¡Ay, Dios mío! —exclamo, y le doy un cachete en el hombro.

—¡Ay! ¿Y eso a qué viene? —¡Creía que ya lo habíamos hablado! Nada de sorpresas, mi pobre corazón no puede con todo.

Se inclina sobre mí y me da un beso largo y profundo hasta que los silbidos y los gritos de la gente que nos rodea me obligan a bajar al suelo y apartarme de él.

—Mientras consiga hacerte reaccionar así, pienso seguir haciéndolo, así que tú verás.

Beth se ríe detrás de mí.

—¿Te das cuenta de lo que me ha costado retenerla aquí después de la segunda copa? Me doy la vuelta y señalo a Judas con un dedo acusador.

—¡No me puedo creer que no me hayas avisado! Llevo tres días sin lavarme el pelo.

Beth levanta las manos con las palmas hacia mí.

—Eh, que a mí me han avisado con poco tiempo. Bueno, ahora que tu

amorcito está aquí, yo me voy ya. Tenéis que poneros al día y yo no quiero molestar.

Nos guiña el ojo, coge sus cosas y se dirige a toda prisa hacia la puerta con una disculpa murmurada y un «hasta luego».

—Bueno —dice Cole mientras me rodea la cintura y aprieta el pecho contra mi espalda—, habrá que ponerse al día, ¿no?

10

No puedes vivir sin ellos y tampoco puedes pagar a la mafia para que parezca un accidente. Los hombres son así.

Odio esa frase, en serio. ¿Qué se supone que quiere decir? ¿De dónde sale esa excusa universal que permite a los miembros del sexo opuesto actuar como auténticos imbéciles y que su comportamiento se explique con esa frase exasperante, ese «los hombres son así»? Aprieto los dientes e intento no arrancarle la cabeza a mi padre de un mordisco a través del teléfono porque eso es exactamente lo que me acaba de decir.

—No, papá, no cuela. Puede que esta vez sí necesite aquel helicóptero que mencionaste una vez.

—Tess, cariño, tampoco es que tenga uno aparcado en el garaje.

Se ríe y a mí me hierva la sangre. Miro al par que están sentados en lados opuestos del reservado y considero la posibilidad de darle una propina extra a la camarera para que les ponga un laxante en las bebidas.

—Pero técnicamente sí que lo tienes, ¿no? Mi padre vacila un segundo, carraspea y acaba cediendo.

—Sí —responde con un suspiro—, pero ahora mismo no está por tu zona, así que te sugiero que te conformes con tu coche.

—Pero, papá, es helicóptero o asesinato en tercer grado. Tú eliges.

—No será para tanto.

Resulta que sí, que es para tanto.

Solo los hermanos Stone son capaces de convertir un viaje de dos horas en un auténtico descenso a los infiernos de la mitología griega. Me siento como Perséfone, languideciendo en el infierno durante medio año mientras intento devolver a estos dos demonios a su ciudad natal. Hemos parado para comer algo y llevo un buen rato planteándome la posibilidad de dejarlos aquí tirados. Total, sé que son perfectamente capaces de arreglárselas solitos.

Podrían pasar dos cosas: que llegaran a casa intactos o que el cadáver de uno de los dos acabara en el bosque.

Obviamente, yo voy con mi maromo, aunque sería genial que no se convirtiera en un sociópata cada vez que está con su hermanastro.

—¿Quieres que te envíe refuerzos? —¿Por ejemplo? —No sé, a la policía de Farrow Hills, por ejemplo, para que se aseguren de que la cosa no se les

vaya de las manos.

Se me escapa un suspiro; esto no tendría que ser tan difícil. Miro hacia la mesa, donde Cole y Jay siguen discutiendo como si no hubiera un mañana, y me doy cuenta de que los kilómetros que los separaban hasta el momento eran en realidad una bendición. Es posible que a partir de ahora las vacaciones en casa sean siempre una pesadilla. Alguien tiene que enseñarles a llevarse bien y no a tratarse el uno al otro como la peor escoria del planeta.

Intuyo que ese alguien voy a ser yo.

—No te preocupes, papá. Ya encontraré la forma de llevarlos a casa.

Resoplo, cuelgo el teléfono y memorizo el dato de que mi padre es dueño de un helicóptero.

—Chicos —digo mientras me acerco a la mesa y me siento al lado de Cole —, ¿ya habéis pedido? —No —contestan al unísono, y vuelven a fulminarse con la mirada.

Localizo a una camarera cerca de nuestra mesa. La pobre está aterrada, con la libreta y el bolígrafo apretados entre las manos. Le hago un gesto para ver si consigo que se acerque, porque es evidente que no sabe si babear o huir a la carrera de este par de tíos obviamente atractivos que parece que estén a punto de reventar la ropa a lo Hulk y partirse la cara.

Tengo que arreglar esto como sea. Es el fin de semana de Acción de Gracias, por el amor de Dios, y yo estoy a punto de celebrar una fiesta de compromiso un tanto extravagante y contraria a todas las normas de Beth en honor a mi hermano y mi mejor amiga. Espero que se comporten, porque no me he gastado el presupuesto equivalente a las vacaciones de una familia pequeña en un resort de lujo en Tailandia para que vengan dos adultos hasta las trancas de testosterona y se comporten como niños.

Pedimos la comida en plena batallita de miradas y la camarera huye hacia la cocina. Le doy una patada a Cole por debajo de la mesa para que me mire; se vuelve hacia mí y tiene el detalle de suavizar la expresión de la cara.

—¿Qué? —¿Eres consciente de que, entre las clases y el trabajo, apenas te he visto y, ahora que por fin estamos juntos, resulta que solo te interesa jugar a las miraditas con tu hermano? Si queréis, os llamo un Uber y así podéis pasar unas horas los dos solos.

Cole tensa la mandíbula y parpadea como si estuviera teniendo una epifanía. Casi puedo ver las nubes abriéndose sobre nuestras cabezas y los rayos del sol colándose a través de las grietas del techo.

Casi. Pero al menos he dicho lo que quería.

—Tessie... lo siento mucho, perdóname.

—Últimamente te pasas el día disculpándote. Qué tal si te aseguras de que no vuelva a pasar en todo el fin de semana.

Cole toma una decisión y asiente con una convicción tan férrea que hasta parece un poco cómica.

—Hecho, no más cagadas.

—Gracias, no sabes cómo te lo agradezco.

Le doy un beso que él intenta alargar, pero aún me siento incómoda con las muestras públicas de afecto, sobre todo si son delante de un tal Jason Stone.

—Y tú —continúo, señalando al susodicho—, deja de provocar. Sé lo que estás intentando y te juro por mi colección de pijamas de Pixar que me voy directa a tu madre y le cuento lo de la individua que se presentó en mi casa buscándote y vestida con una gabardina y nada más.

A mi lado, Cole intenta reprimir una carcajada y Jay nos mira boquiabierto.

—Qué pasa, la conocí en un bar y empezamos a hablar. Yo no tenía ni idea de que era... —murmura.

—Aun así, le hiciste creer que estabas interesado en cierta transacción comercial y ella te siguió hasta mi casa. ¿Eres consciente de la vergüenza que paso cada vez que me cruzo con el portero? Jay se pone colorado y yo me arrellano en mi asiento con una sonrisa de satisfacción. Ahora que los tengo controlados, la próxima hora de viaje será mucho más tranquila.

—Bájate, gilipollas, que ya hemos llegado.

Ilusa.

—Ya lo veo, imbécil. Tranquilo que no pienso respirar tu mismo aire tóxico ni un segundo más.

Los dos Stone patalean, bufan y resoplan, y yo casi prefiero echar a Jay del coche en marcha que tener que aguantar esta estúpida pelea un segundo más.

A él parece que tampoco le importa que le tire sus cosas de cualquier manera; supongo que dos horas encerrado en un coche con su hermano es más de lo que puede soportar. Me parece increíble que hayan vivido tanto tiempo bajo el mismo techo. Quién sabe, puede que el sheriff y Cassandra practiquen vudú en secreto.

Una vez hemos dejado a Jay, recorro la corta distancia que nos separa de mi casa en un silencio absoluto, pero casi puedo ver a Cole agachando las

orejas. Sin decir una sola palabra, aparco el coche en el garaje, cojo mis cosas y entro en la vivienda. Cole me pisa los talones, pero yo sigo ignorándolo y saludo a mi padre. Es imposible ignorar lo evidente, pero mi padre, que es un bendito, es muy listo y prefiere no sacar el tema.

—Y qué —nos dice, frotándose las manos—, ¿tenéis hambre? Queda alguna cosa en la nevera, al menos para que aguantéis hasta la cena. ¿Qué me decís? Es verdad, esta noche cenamos con la familia de Cole. La cosa no hace más que mejorar.

—Por mí bien, papá. Me ducho en un segundo y luego te echo una mano. Me hace un gesto con la mano, como queriendo decir que no hace falta.

—Los del catering ya se ocupan de todo, pero sé que te encanta que preparemos el postre juntos, así que ya lo tengo todo listo para mañana.

Cojo mis bolsas y me dispongo a subir a mi habitación, pero Cole, que me sigue de cerca, se ofrece a ayudarme. Mi padre, que ha desarrollado poderes telequinéticos, vuelve a intervenir y se lo lleva en dirección contraria con la excusa de que no le funciona bien el cortacésped. La verdad es que tengo suerte de tener un padre tan intuitivo. Si Cole sigue intentando hablar conmigo después del viaje que me ha dado, me veo tirándole a la cabeza el primer objeto pesado que encuentre. Llevo soñando con lo maravilloso que iba a ser este fin de semana desde que voló a Nueva York para reunirse conmigo. Entre la distancia que nos separa, lo que no nos decimos y la frustración no verbalizada que sentimos por ocultarnos cosas el uno al otro, necesitábamos desesperadamente estos dos días para poder reconectar; pero todo el día, desde que nos hemos levantado hasta el momento en que he tenido que echar literalmente a Jay del coche en marcha, ha girado alrededor de Cole y su manía de comportarse como uno de esos niños que hacen que la gente no quiera procrear. No culpo a Jay de nada porque, la verdad, tengo cero expectativas en lo que a él se refiere. Él no es mi novio, el amor de mi vida, la persona que no se cansa de comer helado del mismo sabor durante todo el año porque es el único que entra en mi nevera. No, no estoy enfadada con Jay, porque me da igual lo que haga, pero con Cole sí. Soy tan tonta que creía que para él sería más importante el tiempo que podamos pasar juntos que las discusiones de niño pequeño con su hermano.

Está claro que me equivocaba.

Me doy una ducha con agua hirviendo para ver si así se me pasa el enfado, pero no funciona. Me visto y bajo a la cocina hecha una furia, y, para colmo, allí me encuentro a Cole ayudando a mi padre con la cena, silbando

como si no pasara nada.

—Voy a dar un paseo —anuncio en voz alta, y rápidamente cojo el móvil y el monedero y salgo disparada hacia la puerta.

No quiero preguntas ni interferencias. No me puedo quitar de la cabeza lo de esta mañana. Ilusa de mí, creía que empezaría con un desayuno romántico en la cama y seguiría con todo tipo de diversiones para adultos y, al final, se ha convertido en un combate de egos.

Uf, hombres. No puedes vivir sin ellos y tampoco puedes pagar a la mafia para que parezca un accidente. Lo peor de todo es cuando crees que tu novio ha superado sus tendencias cavernícolas.

—Eh, eh, espera.

Cole sale corriendo detrás de mí, cómo no, y yo lo ignoro. Si cree que me parece bien verme atrapada en medio de un conflicto familiar que hace siglos que dura, justo el día que por fin íbamos a tener tiempo para nosotros, lejos de su extraña familia de Chicago y de mi trabajo, es que no me conoce lo más mínimo.

—Tessie, lo siento.

—¿No estás cansado de disculparte? Porque yo ya estoy harta de oírte decir que lo sientes.

Solo he sido capaz de ponerme unas mallas y un jersey fino, así que el aire frío de noviembre se me cuele hasta los huesos y me hace temblar. Me cubro con los brazos. Ojalá me hubiera secado el pelo antes de recogérmelo en lo alto de la cabeza. Dios, si hasta me castañetean los dientes. Enseguida me doy cuenta de que lo del paseo ha sido una idea horrible. Las damas de honor con neumonía no suelen ser el alma de la fiesta.

—Toma, grítame lo que quieras pero ponte esto.

Me ha traído mi abrigo; qué detallista por su parte.

Capullo.

Me quedo inmóvil como una niña cabezota mientras me cubre con el abrigo y, de inmediato, dejo de sentirme como un polo humano.

—Gracias.

Como es listo como una comadreja, aprovecha el momento para rodearme con los brazos y atraerme hacia su pecho. Yo finjo que me resisto durante unos segundos, pero en cuanto noto el calor que desprende, no me queda más remedio que apoyar la cabeza contra su pecho y respirar el delicioso aroma de su cuerpo. Huele a canela porque ha estado con mi padre en la cocina, pero también huele a Cole, ese olor entre cítrico y silvestre que siempre he

asociado con él.

Puede que esté enfadada con él, pero soy la primera que reconoce que huele tan bien que parece comestible.

—Estoy enfadada contigo —murmuro contra su chaqueta.

Él me aprieta más fuerte.

—Ya lo sé. Lo siento mucho, bizcochito. Hoy era solo para nosotros dos y lo he estropeado todo, pero es que... ya sabes por qué me resulta tan difícil.

—Lo sé y me parece increíble que siga siendo un problema después de tantos años.

Cierro los ojos. Es frustrante que Cole crea que aún tiene motivos para tener celos de Jay. ¿Cómo puedo hacerle entender que lo que siento por él no tiene nada que ver con lo que pueda sentir por su hermano? Nada, eso es lo que siento por Jay. La mitad de las veces que quedo con él, ni siquiera estoy segura de que me caiga bien, pero me sentiría patética si tuviera que explicarle que, en ocasiones, cuando te sientes solo y no se te da bien hacer amigos, buscas a la gente con la que compartes pasado, la que mejor conoces y que sabes que es territorio seguro. Eso es exactamente lo que Jay significa para mí: territorio seguro. Pero estoy convencida de que, si lo digo en voz alta, no haría más que empeorar la situación.

—Esta mañana me he levantado y quería hacerte el desayuno, pero Jay ya estaba esperando a que alguien le abriera la puerta. Por lo visto, es un habitual.

Lo dice arqueando una ceja, como esperando que me explique, pero, sinceramente, no creo que le deba una explicación. Sobre todo cuando me acuerdo de Mel y de Lainey. En serio, sería ridículo.

—Iba a venir con nosotros en el coche, es lo normal.

Me aparto un poco de su órbita y enseguida siento el frío, aunque esta vez no tiene que ver con el tiempo.

—Lo jodido es que eso ya lo sé.

Gruñe y aprieta los dientes, y veo mi propia frustración reflejada en él.

Cole no quiere tener esta conversación, igual que yo, pero hay algo que le impide superar la misma inseguridad absurda de siempre.

Y entonces me acuerdo de todas las veces que ha estado a mi lado, que ha sido como una roca a la que asirme, un puerto seguro en el que guarecerme y superar todas las inseguridades a las que he tenido que enfrentarme. Para los demás quizá son insignificantes, pero Cole nunca se las ha tomado a la ligera, así que, a pesar de que ahora mismo lo que me apetece es darme de cabezazos

contra la pared, me callo y escucho.

—¿Te importa que sigamos andando? —pregunta, y me coge de la mano —. Creo que la gente empieza a mirarnos.

Nos hemos parado justo a la entrada de mi barrio y, efectivamente, hay un montón de curiosos observándonos desde las ventanas. Algunos incluso han salido fuera para poder oír lo que decimos porque, eh, esto es un pueblo pequeño y nos encantan los dramas. Así pues, le aprieto la mano y me dejo llevar hacia nuestro lugar especial, el parque en el que hemos compartido tantos recuerdos.

De camino hacia allí, por fin se decide a hablar: —Supongo... que ya no estoy acostumbrado a verte con Jay. Y cuando lo he visto entrar, con el café que te gusta y las pastas, me he quedado un poco descolocado.

—Cole, que Jay sepa cómo me gusta el café o que me encantan los cruasanes de chocolate no significa que hayamos creado un vínculo profundo e indestructible en el poco tiempo que lleva en Nueva York.

—No hace falta que me lo recuerdes. Ya lo sé, ¿vale? Ya lo sé.

—¿Pero? —Pero ¡le encanta hacerse el chulo! —exclama, y le da una patada al suelo —. No ha podido evitar restregarme por la cara que sabe en qué panadería hacen tus cruasanes favoritos o con cuánto azúcar te gusta el café. Sabe en qué armario guardas los platos, qué puñetero plato te gusta usar por las mañanas. Y la seguridad con la que se mueve por tu casa, cuando yo apenas he pasado tiempo allí... Ya lo sé, es una sensación horrible.

Frunce el ceño y, a pesar de que lo intento y me muerdo el labio hasta que me sangra, no puedo evitar que se me escape la risa. Me río con carcajadas tan escandalosas que mi pobre novio me aprieta contra su pecho y me besa solo para que me calle. Yo me dejo llevar porque su pequeña disertación me ha llegado al corazón.

Pobrecito, está celoso y, en cierto sentido, me encanta.

Lo envuelvo como una enredadera y, de pronto, me doy cuenta de que se me ha pasado el enfado porque lo entiendo. Sé exactamente cómo se siente; son los mismos celos irracionales que he sentido yo durante buena parte de nuestra relación. Siempre ha habido alguna chica cerca, acechando, a la espera de que yo metiera la pata para aparecer de repente y ocupar mi lugar.

Las ha habido de todas las formas, tamaños y colores; me gusta pensar que, gracias a ellas, ahora soy más fuerte. Ahora ya no siento los mismos celos que antes y no me gusta que Cole se sienta así, pero me alegro de que por fin me entienda.

Cuando me suelta, estamos los dos sin aliento. Me noto los labios hinchados y Cole tiene el pelo hecho un desastre. Le he dejado una mancha de pintalabios en la comisura de los labios; intento limpiársela con el pulgar, pero se lo mete en la boca y yo siento que me desintegro allí mismo.

—Estamos en medio de la calle, Stone —le recuerdo, y él introduce las manos por debajo del jersey a modo de respuesta y me acaricia la espalda.

—Me da igual. He perdido demasiado tiempo actuando como un idiota cuando no debería haber apartado las manos de tu cuerpo ni un segundo.

—Un idiota, ¿eh? Creo que eres demasiado benévolo contigo mismo. Yo diría que has actuado más bien como un...

Me tapa la boca con la mano antes de que pueda terminar la frase.

—Soy consciente de que he tenido celos de un plato de desayuno; no hace falta que lo empeores.

—Yo creo que sí que hace falta —balbuceo entre sus dedos, y es que realmente es tan ridículo como parece.

Cole retira la mano y me besa otra vez, y de pronto no podemos dejar de tocarnos. Es como si la barrera que nos separaba, todo el daño que hemos sufrido por culpa del tiempo y de la distancia, hubiera desaparecido en un instante.

—¿Aún quieres ir al parque? —me pregunta en medio de otro beso increíble.

—Mi padre ha dicho que tenía que ir al despacho a ocuparse de una emergencia de última hora, ¿verdad? —Entonces, ¿a tu casa? —A mi casa.

Ya no puedo seguir enfadada con él porque sé que su comportamiento, aunque infantil y ridículo, tiene su origen en el amor que siente por mí. Y para alguien como yo, que he sufrido tanta indiferencia a lo largo de mi vida, el hecho de que Cole me quiera, y encima me quiera tanto, significa muchísimo.

Eso no significa que se vaya a ir de rositas después de lo que ha hecho, así que empiezo a planear mi venganza, que tendrá que esperar como mínimo hasta que hayamos llegado a mi habitación.

Estar en casa de tus padres, en el pueblo en el que te has criado y con la gente que te ha visto crecer es un poco raro. Hace tiempo que no vivo aquí, al menos no de forma continuada. Los veranos en la universidad me los pasé trabajando de becaria y aprovechando cuando podía para irme de viaje con Cole y con mis amigos. Sí, volvía a casa durante las vacaciones e iba a ver a mi madre de vez en cuando, pero hace tiempo que no vivo en Farrow Hills ni

lo considero mi casa. Incluso sabiendo que me voy el domingo, se me hace raro estar aquí y no ayuda que mi padre haya invitado a los Stone a cenar antes de las comidas por separado de mañana.

Soy una mujer adulta o eso me gusta pensar. A mis veintidós años, trabajo para una revista respetable, aunque me pase la mitad del tiempo preguntándome qué demonios hago allí, y vivo sola, aunque sea en un piso en el que mi padre siempre sabe dónde estoy. Si hasta soy capaz de llenar la nevera con algo más que chocolate y nuggets de pollo. Doy fe de que esa y no otra es la auténtica prueba de que alguien ha alcanzado la edad adulta satisfactoriamente, como algunos seguramente discutirían.

Por eso, el hecho de que esté sentada delante de mi plato con cara de pocos amigos y el labio inferior a punto de temblar, viendo a los presuntos adultos de la mesa intentando mantener una conversación civilizada, sinceramente me cuesta.

—A Cole le van muy bien las clases —dice Cassandra con orgullo mientras ataca la lasaña.

—Sí, eso parece —asiente el sheriff, que parece más preocupado por su comida.

—A ver, que solo llevo dos meses. Tampoco es que haya pasado nada especial.

Me aguanto la risa.

—Ya, cariño, pero estamos muy orgullosos de lo concentrado que estás.

Cassandra, que está sentada justo delante de mí, me mira un segundo y luego sus ojos buscan a Cole. Él sabe que esto no es fácil para mí y se da cuenta de que las palabras que están a punto de salir de la boca de su madre no van a ser especialmente benevolentes conmigo, así que me coge de la mano, que descansa hecha un puño encima de mi muslo, y la aprieta fuerte.

—Sabíamos que te iría bien en cuanto no tuvieras distracciones.

Es una pulla contra mí, tendría que tener el cociente intelectual de una pulga para no pillarla, pero aun así me duele. Eso sí, por lo visto no soy la única sorprendida por la virulencia del ataque: al sheriff se le cae el tenedor encima del plato y, al mismo tiempo, mi padre, que preside la mesa, abre la boca para decir algo.

—Pero Cass...

—Quiero decir que me alegro de que ahora mismo los dos estén centrados en sus respectivas carreras, eso es todo. He leído tu último artículo, Tessa. No sabía que existían tantos tipos distintos de sombras de ojos en el

mercado.

Es un golpe tras otro; creo que me voy a levantar de la mesa con la cara llena de moratones de la cantidad de insultos que lleva lanzándome toda la noche. Lo entiendo, Cassandra piensa que mi trabajo es ridículo y, aunque nunca he llegado a sentir que encajara con mis compañeros, me siento orgullosa de mí misma por no abandonar a pesar de nadar en aguas desconocidas. Sin embargo, también soy consciente de lo que está insinuando y no pienso mentir y decir que no me afecta. Hasta ahora, nunca me había preocupado el hecho de que mi trabajo consista en escribir sobre maquillaje y que Cole esté estudiando la carrera de Derecho, pero de pronto es como si lo viera desde la perspectiva de la madrastra malvada. Cassandra cree que Cole podría buscarse algo mejor que yo, una abogada como él con la que tener bebés con toga. Se le nota el desprecio con el que me mira. Al parecer, tiene muchas cosas que decir sobre mi carrera laboral y, encima, ha descubierto un nuevo pasatiempo: ningunearme. Eso sí, yo no muerdo el anzuelo. Quiero que la cena vaya bien y que podamos celebrar Acción de Gracias y la fiesta de compromiso sin que haya un ambiente hostil.

—Mamá... —empieza Cole, y percibo cierta rabia contenida en su voz; al parecer, él también ha tenido más que suficiente.

Cassandra se rinde y pone las manos en alto como si eso justificara su comportamiento.

—No quiero ofender a nadie. Simplemente siento curiosidad por lo que hace Tessa. ¿Una revista de belleza? ¿Eso es lo que querías hacer con tus estudios? — *Venus* es la revista más vendida del país, Cassandra, y resulta que yo estoy muy orgulloso de mi hija por todo lo que está haciendo.

Mi padre lo dice con su voz de alcalde, la misma que usa cuando quiere retar a alguien a que se atreva a llevarle la contraria. Impone bastante respeto e incluye una cierta autoridad, así que Cassandra no tiene más remedio que callarse durante el resto de la cena. Últimamente mi padre se está tomando muy en serio lo de ser mi héroe, aunque la vocación le haya llegado un poco tarde. Ojalá su novia, Danielle, estuviera aquí para cubrirle las espaldas, pero está en New Haven visitando a su familia. En cuanto vuelva, he decidido que los encerraré en una habitación y obligaré a mi padre a que le haga la pregunta que no se atreve a hacer.

¿Que si quiero una boda doble en la familia? No, pero tampoco quiero que mi padre vuelva a estar solo.

Los Stone se marchan sin comerse el postre. Sé que el sheriff está

avergonzado por el comportamiento de su mujer e intenta disculparse en su nombre, pero le quito importancia a lo sucedido. Ya no me afecta su mezquindad, o eso creo. Cole acompaña a sus padres hasta la puerta y vuelve con cara de culpable.

—Ya vale, tú no has hecho nada.

Al pobre se le nota que lo está pasando fatal.

—Me prometió que no volvería a hacer algo así. No la habría traído a tu casa si hubiera sabido...

Me pregunto si debería contarle la visita que me hizo cuando estaba en mi lecho de muerte, pero al final decido que mejor no.

—Seguramente está molesta porque le has prohibido a Jay que viniera.

—Al tío le parece normal decirme que vigile la cantidad de sal que tomas porque últimamente se ha dado cuenta de lo hinchada que te quedas después de las comidas. ¿En qué mundo se cree que es normal decirme algo así a mí?

—Bueno, espero que seas consciente de que si me siento tan cómoda con él como para decirle que estoy hinchada es porque no hay absolutamente nada romántico o sexual entre él y yo. —Apoyo la cabeza contra su pecho y me dejo abrazar—. No quiero que tengas problemas con tu familia por mi culpa.

—Y no los tengo.

—Ya que estoy, voy a seguir quedando con Jay porque me siento cómoda y, a veces, necesito un amigo.

Cole se queda callado un buen rato hasta que se le escapa un suspiro y es como si hubiera sacado una bandera blanca.

—Vale, y yo no me lo cargaré por saber dónde guardas la porcelana fina.

—Eso ha sonado mal.

—Créeme cuando te digo que no era mi intención.

—Pero ¿a ti te gustaría ver mi porcelana fina? Y justo en ese momento mi padre decide anunciar su entrada en la estancia carraspeando con todas sus fuerzas.

Cómo iba a saber yo que el menor de mis problemas en todo el fin de semana iba a ser la vida de Jay.

11

Que una fuerza superior controle el volante y haga saltar el coche desde el borde del precipicio Ya es oficial.

He retrocedido en el tiempo y vuelvo a ser la adolescente con serios problemas de autoestima que se esconde en su habitación cuando empiezan las vacaciones. Puedo oler el pavo, la salsa y el pastel, pero esta mañana he decidido quedarme debajo de un montón de mantas.

Te preguntarás por qué estoy canalizando a la Tessa de LEN o «la era Nicole», como me gusta llamarla. Bueno, pues resulta que tengo no a uno sino a mis dos progenitores cerca.

Bajo el mismo techo.

Como le gusta decir a Carrie Underwood, que una fuerza superior controle el volante y haga saltar el coche desde el borde del precipicio.

Mi madre no debería haber hecho acto de presencia hasta el sábado, que es el día de la fiesta de compromiso, e incluso entonces tenía que hospedarse en un hotel muy bonito que le reservé yo misma. Si es que tal como lo había planeado, mi padre y ella solo tenían que ir con un poco de cuidado para no cruzar ni una mísera mirada. Hasta consideré la posibilidad de dibujarle un mapa a mi padre para que supiera en todo momento dónde estaba ella.

Cuanto menos se vieran, menos probabilidades tenía yo de convertirme en huérfana justo antes de que la Navidad comience oficialmente. Ay, si es que solo me falta el cuenco de gachas para que me llamen Oliver Twist.

Son los gritos los que me despiertan y, de repente, me alegro de haber echado a Cole antes de la llegada de mi querida madre. Ya tiene suficiente con su propio drama familiar y tampoco quiero que Cassandra se enfade porque su hijo no pasa el día de hoy con ellos. Vaya, alguien más de quien preocuparse. Creo que ha llegado la hora de hablar con ella cara a cara y pedirle claramente, siempre con educación, que deje de tratarme como si fuese una especie de súcubo sacacuartos que solo quiere convertir la vida de su hijo en un abismo de dolor y miseria.

Dramático, sí, pero a juzgar por su forma de actuar es exactamente lo que piensa. Si decide no cambiar de opinión sobre mí y mis futuras obras maestras del periodismo sobre la sombra de ojos, no tendré ningún problema en eliminarla de mi vida. Entre Leila y Amy, apenas tengo espacio para más

figuras femeninas y autoritarias.

Pero volviendo a la única mujer que soy incapaz de eliminar de mi vida tan fácilmente...

Oigo ruido de cristales rotos y, teniendo en cuenta que seguramente ya están tirándose objetos afilados a la cabeza el uno al otro, decido que ya es hora de intervenir.

¡Feliz día de Acción de Gracias de parte de los O'Connell! Pospongo lo inevitable dándome un baño totalmente innecesario y arreglándome con toda la parsimonia del mundo. También he pedido refuerzos y, la verdad, no me siento culpable por interrumpir el festival del amor de Travis y Beth. Venían a cenar igualmente, solo tienen que venir un poco antes para asegurarnos de que nuestros padres siguen vivos y en perfectas condiciones para la boda.

—Estás exagerando.

Mi hermano intenta tranquilizarme por teléfono. De fondo, se oye la voz de Beth cantando. ¡Cantando! Siempre he adorado a mi hermano por lo que ha sido capaz de hacer por Beth y por la felicidad que ha traído a su vida, pero desde que están comprometidos esa felicidad ha alcanzado niveles desconocidos hasta ahora. Beth irradia una alegría que se te pega en cuanto estás con ella, pero también es peligrosa porque, desde que está prometida, le parece que arrastrarme a Tiffany's para mirar anillos es lo más normal del mundo.

Pues no, aún no estoy preparada. Además, yo ya tengo un anillo aunque no se lo haya contado a nadie.

—Te aseguro que no —le digo a mi hermano, retomando la conversación —. Ray aún no ha llegado y papá ya lleva diez chistes sobre *Cougar Town*.

Uno más y mamá explota.

—Vale, entonces ¿por qué no dejas de esconderte en tu habitación, que sé que es lo que estás haciendo, y les obligas a comportarse como personas civilizadas? Nos prometieron que no la liarían este fin de semana. —Y luego añade en voz baja—: Tú sabes que quiero que todo sea muy especial para Beth, ¿verdad? —Pues claro, tú ya sabes que nunca les permitiría que os arruinaran el día, pero..., por favor, no tardes. No creo que pueda placarlos a los dos al mismo tiempo.

Travis se ríe. Cree que lo digo en broma.

Y no.

Entro en la sala de estar creyendo que me voy a encontrar una carnicería, pero lo que veo es mucho más inquietante. ¿Sabéis eso de que lo más

aterrador de los psicópatas y de los asesinos en serie es que son capaces de actuar con tanta normalidad que, cuando te cortan la cabeza y te meten en el maletero del coche, ni siquiera lo ves venir? Quiero decir que si eres un delincuente normal y corriente, lo más probable es que muestres actitudes en público que pongan a los demás en guardia. Pero ¿con esta gente? Cuando te des cuenta, estarás muerto y serás un trofeo más en el sótano de algún psicópata.

Pues así es como se están comportando mis padres.

Están uno en cada punta de la estancia; mi padre, en una vieja butaca y mi madre, sentada al borde del sofá, sorbiendo delicadamente de su taza de té. El ambiente está enrarecido, como si me hubieran oído venir y hubieran detenido temporalmente las hostilidades, pero a los dos se les ve tranquilos y compuestos, con todos los pelos en su sitio, absolutamente impolutos.

Inspecciono la sala de estar en busca de daños, pero no encuentro nada.

—Estoy segura de que he oído algo de cristal rompiéndose —anuncio, y los observo con recelo.

Mi madre sigue bebiéndose el té como si estuviera departiendo con la reina de Inglaterra, y mi padre desvía la mirada y finge que mira la hora en el reloj que se ha olvidado de ponerse.

No me extraña que se me dé tan mal mentir, viniendo de donde vengo.

—Te lo habrás imaginado, Tess. Será el silencio, acostumbrada como estás a vivir en una ciudad tan ruidosa. La contaminación acústica puede ser muy mala para la salud —dice mi madre con toda la seriedad del mundo, y yo ya no sé cómo describir esta situación tan extraña.

—¿Estáis bien? —Claro.

—Mejor imposible.

—Ajá. Bueno, voy un momento aquí al lado a ver si está todo preparado para la cena. Estoy aquí, justo al lado. Que no se os olvide, ¿vale? —Por el amor de Dios, Tessa, que no somos bárbaros —protesta mi madre poniendo los ojos en blanco, y mi padre tose.

—La última vez que os dejé a solas, me encontré a papá empapado de tequila y a ti con las manos alrededor de su cuello, tan apretadas que por un momento pensé que ya estaba muerto.

Historia verídica que, por si fuera poco, ocurrió durante el funeral de mi tía abuela Cindy. Obviamente, mis padres le quitaron todo el protagonismo a la pobre difunta.

No puedo permitir que hagan lo mismo con Travis y con Beth.

—Aquel día hubo circunstancias atenuantes, cariño. Olvidé que a tu madre no le gusta que le recuerden que aún me debe dinero de todas las facturas médicas que le he pagado últimamente. Encima se niega a aceptar que, en este caso, el término «médicas» es un poco vago. Yo no creo que un aumento de pech...

—¡Papá, para! —Me tapo las orejas—. No empecemos otra vez.

Miro a mi madre y, cómo no, está que echa chispas, sin moverse del sofá pero tirándose disimuladamente de la camisa de seda. El problema no es que se haya hecho un montón de arreglos desde que se divorciaron, sino que a mi padre le encanta restregárselo por la cara y recordarle que ya no es la veinteañera que pretende parecer. Tampoco ayuda que Danielle sea mucho más joven que ella, así que la situación en general es un auténtico polvorín.

—Travis y Beth llegarán en cualquier momento y ya sabéis que la idea es que este sea el fin de semana más feliz de sus vidas, así que haced el favor de comportaros.

He de decir que el otro día hice un maratón de Harry Potter y por eso ahora me siento tan altiva y arrogante, a lo Dolores Umbridge. Quizá por eso me he puesto el vestido rosa que llevo.

Como dos niños pequeños que acaban de recibir una regañina, mis padres retroceden a sus respectivos espacios, que he tenido el detalle de acordonar, y yo me aseguro de que la empresa de catering va puntual con la comida.

Hoy es el día en que no permito a ningún miembro de mi familia que se acerque al fuego.

—Mamá.

Me la encuentro en el jardín, contemplando con gesto ausente las flores que ella misma plantó y que tanto cuidó antes del divorcio. Bien por mi padre, que se ha asegurado de que el jardinero las cuide. Mi madre está acariciando los lirios y casi se le escapa una lágrima. Le doy unos segundos de intimidad y luego me acerco.

—Eh, ¿estás bien? Asiente, pero evita mirarme a los ojos. Desde que esta mañana la he visto entrar por la puerta, tengo la sensación de que algo no va bien, pero he estado tan ocupada asegurándome de tener un set de padres vivos y respirando que no se me ha ocurrido preguntarle qué le pasa.

Así que eso es lo que hago.

Mi madre se alisa unas arrugas imaginarias de los pantalones y luego acaricia el collar de diamantes que lleva al cuello. Va engalanada de la cabeza a los pies con varios miles de dólares y, sin embargo, viendo la expresión de

su cara, parece que lo acaba de perder todo en un incendio. No intento entender qué es lo que la hace feliz. Ya nos dejó muy claro a todos que para ella la familia no es una prioridad cuando dejó a mi padre y aprovechó para quitarse de encima cualquier responsabilidad con respecto a sus hijos. Desde entonces, ha salido con muchos hombres; la mayoría más jóvenes que ella, pero ninguno le ha durado más que unos meses. Luego conoció a Ray, que parece el hombre perfecto para ella, pero aun así a veces tengo la sensación de que sigue sin ser feliz.

—Sí —responde, y fuerza una sonrisa—. Estoy un poco sensible, eso es todo. Me cuesta creer que mi pequeñín se vaya a casar y que en breve vayamos a celebrar una fiesta de compromiso. Supongo que me he acordado de vosotros creciendo en esta casa. Conservo muchos recuerdos de este lugar.

Me quedo callada porque me parece lo más apropiado.

—Ya sé que no lo digo nunca, Tessa, pero... estoy orgullosa de la persona en la que te has convertido.

Me acaricia la mejilla y yo me siento como si me hubiera succionado un agujero negro y ahora estuviera en un universo paralelo en el que mi madre se comporta como tal y Cassandra Stone es el demonio.

Eh, un momento, que eso es exactamente lo que está pasando. Qué raro. Si esto me lo cuentan cuando tenía diecisiete años, no me lo creo ni loca.

—Mamá... ¿va todo bien entre Ray y tú? —Mi madre retira la mano de las flores y me da la espalda. Ay, no, no es una buena señal, pero no puedo parar de hablar—. Se supone que iba a venir contigo... ¿Os habéis peleado? Ella se ríe como si le hubiera preguntado una tontería.

—Ray y yo no discutimos porque él no tiene tiempo y yo no tengo la energía necesaria —me cuenta mientras nos dirigimos de vuelta hacia la casa.

Miro el reloj; Travis está a punto de llegar. No sé qué le pasa a mi madre, pero espero que sea capaz de explicarse antes de que llegue mi hermano—.

Cuando tienes mi edad y estás soltera, buscas otras cosas en tu pareja y en tus relaciones. Con Ray, nunca he tenido las mismas expectativas que con tu padre, que, por cierto, no las cumplió y fracasó miserablemente. Hoy, por ejemplo, que se trataba de agasajar a tu hermano, no se sentía muy cómodo con la idea de participar en esta reunión en honor a mi hijo mayor.

Odio a los hombres. Por favor, que alguien los elimine de la faz del planeta. Bueno, menos a uno.

Esto de que Ray actúe como si su pareja no fuera madre de dos veinteañeros no es nuevo para mí. La primera vez que lo vi supe que solo le

interesaba fardar de novia, pasearla por ahí como si fuese un Audi último modelo que solo tiene él. Obviamente, no quiere que nadie sepa que mi madre tiene un hijo y una hija no mucho más jóvenes que él. Aun así, no puedo evitar que me hierva la sangre. Es evidente que pretende que mi madre se sienta mal consigo misma, que se sienta culpable. De pronto, entiendo todos los tratamientos y las operaciones estéticas. ¿Cuántos de los hombres con los que ha salido le han hecho dudar de sí misma, a pesar de ser una mujer espectacular, y la han obligado a cambiar para complacerlos a ellos? — Mamá, que sepas que a mí nunca me ha caído bien. Si lo que pretende es que te avergüences de ti, sinceramente, no entiendo qué haces con él. No lo necesitas ni a él ni su dinero.

Y es verdad. Mi madre está forrada, cortesía de mis abuelos y de sus propias inversiones. Nunca ha necesitado ni dependido del dinero de Ray.

Me mira y vuelve a negar con la cabeza como si yo fuera una niña pequeña e ingenua.

—Tú has encontrado a uno de los buenos, Tess, y no sabes lo feliz que eso me hace.

Entramos en casa y, efectivamente, ahí está. Mi Cole. Mi madre lo observa con cariño.

—Te mira como si fueras el centro de su universo y todo lo que hace gira a tu alrededor. Ya sé que no he apoyado lo suficiente vuestra relación, pero quiero que sepas que el amor que sentís el uno por el otro es muy poco habitual y tan bonito... No todos tenemos la suerte de encontrar a alguien así.

Tú la has tenido y quiero que te aferres a él, ¿vale? Me siento como si estuviera en una película de sobremesa, madre e hija hablando sobre sus respectivas vidas amorosas sin saber que la muerte acecha.

—¿Te estás muriendo? Me mira sorprendida y se le escapa una carcajada. Cole y mi padre nos miran; el primero se acerca con una sonrisa de oreja a oreja y le da un beso en la mejilla.

—¿Cómo está, señora O'Connell? Mi madre, que ha conservado el apellido de casada porque tiene demasiadas cosas Louis Vuitton con sus iniciales grabadas, le da un abrazo y es como si hubiéramos vuelto a esa dimensión desconocida en la que mi familia no solo acepta a mi novio, sino que además se lleva bien con él.

—Estoy bien, aunque mi hija crea que me estoy muriendo —responde, y me dedica una mirada burlona.

Cole me pasa un brazo alrededor de la cintura y tira de mí.

—¿Quiero saberlo? —Está siendo amable —le digo—, está siendo amable y maternal y, la verdad, estoy muy confundida.

En lugar de ofenderse, mi madre se ríe. También oigo alguna carcajada de mi padre, y Cole me aprieta la cintura en un gesto cariñoso. A todos les parece muy divertido, pero yo lo digo en serio.

—Mamá, si te pasa algo, me lo puedes contar —insisto, y ella se vuelve a reír.

—No estoy enferma, pero me halaga que creas que solo sería capaz de ser cariñosa contigo si estuviera en fase terminal.

—¡No la culpes a ella! —¡No te metas, papá! —le espeto, y él se calla.

—No, creo que lo que me pasa es que estoy muy tierna, como decís los jóvenes. Ya sé que a ti y al hombre de la cocina, que ahora seguramente se está partiendo de risa, os parecerá raro, pero me encantaría asumir el papel que me toca en tu vida. Empezando por ti, jovencito.

—¿Por mí? —repite el bellezón que tengo por novio, señalándose el pecho.

Hasta ahora no me había fijado, pero lleva unos pantalones negros de vestir y una camisa azul marino que resalta el color de sus ojos. De pronto, me vuelvo a dar cuenta de cuánto lo he echado de menos.

—Sí, tú, Cole. Mi exmarido, de quien normalmente prefiero no saber nada, me llamó ayer pidiéndome consejo sobre cómo decirte algo. Él prefiere ser educado y abordar el tema como un adulto, pero yo no llevo tan bien eso de que pisoteen a mi niña.

—Mamá, no... —intento detenerla, pero no sirve de nada; creo que esta mañana se ha echado demasiados polvos de supermadre en el té.

—Como ya le he dicho a Tess, creo que sois perfectos el uno para el otro y espero que sigáis juntos *forever and ever*. ¿Se dice así? —Sí, señora.

Cole parece avergonzado, pero no preocupado por lo que se le viene encima.

—Pero si tu madre sigue tratando mal a mi hija y ninguneándola cada dos por tres, me da igual que sea neurocirujana, tendrá que vérselas conmigo cara a cara. ¿Entendido? Ay, Dios, no. ¿Acaba de amenazar a la única madre que Cole ha conocido? Ya está, seguro que me deja y yo me paso el resto de la vida sin dirigirle la palabra a mi madre y negándome a hablar de ella cada vez que un biógrafo me pregunte cuándo empezaron los problemas. Porque, claro, se escriben muchas biografías sobre los vagabundos que deambulan por delante de las casas y de los trabajos de sus ex. Eso es exactamente lo que

pienso hacer hasta el fin de mis días como a Cole se le ocurra dejarme.

—Alto y claro. Ya le he dicho que a menos que se comporte como una persona con Tessa, ya puede ir olvidándose de verme el pelo, me da igual que sea Acción de Gracias.

Se me escapa una exclamación de sorpresa.

—¿En serio le has dicho eso? Ahora me odiará más todavía.

—Tú no tienes la culpa de nada y no te mereces que nadie te trate así, y mucho menos Cassandra.

—Estoy de acuerdo —apunta mi padre—. Esta mañana, Cole y yo hemos hablado largo y tendido y me alegro de que mantenga su parte del trato.

—¿Qué trato? ¿Por qué hablamos todos como si estuviéramos en *Los Soprano*? No entiendo nada.

Cole me da unas palmaditas en la cabeza.

—Tranquila, bizcochito. El señor O'Connell ha tenido la amabilidad de recordarme que o convengo a Cassandra de que te trate como es debido o no vuelvo a poner el pie en esta casa.

—¡Papá! Por el amor de Dios, lo estáis sacando todo de madre.

—Cariño, te he oído llorar.

Se refiere al pequeño bajón que tuve ayer por la noche cuando dejé a Cole en la habitación y bajé a la cocina con la excusa de beber un poco de agua.

Me escabullí de sus brazos y, una vez en la cocina, me eché a llorar a moco tendido porque, la verdad, estoy un poco cansada de que la gente me ningunee, me mire por encima del hombro y me considere incapaz de hacer nada bueno en la vida. Supongo que había llegado a mi límite y necesitaba llorar un poco y pasar página.

O eso creía.

—Puede que no hayamos sido los mejores padres del mundo, pero estamos dispuestos a hacer lo que haga falta para protegerte.

—No sois los únicos —les recuerda Cole, y siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

Lo normal hubiera sido que lo de Cassandra no hubiera pasado. De verdad, no quiero que me odie, pero tal como iban las cosas... ¿Y si romper una relación sirviera para volver a unir a mi familia? No me importaría uno o dos asaltos más con mi madrastra.

—Todo el mundo se está comportando tan bien que empiezo a estar un poco nerviosa. Nunca os había visto actuar... así, con tanta normalidad.

— *Au contraire*, futura cuñada. Los O'Connell somos así, una gran

familia feliz.

—¿Has fumado algo? ¿Te queda? Me vendría bien para superar lo que resta de día.

Aparto el brazo de Beth de un manotazo.

—Lo que resta de día lo vamos a superar sobrias aunque sea lo último que haga. Un día, un solo día de paz y armonía, sin que nadie se haga daño a sí mismo ni a los demás, y podré guardarlo para los libros de historia; así que nada de sustancias ilegales.

—Bueno, en algunos estados es legal.

—Chitón, Bethany, que te estoy vigilando.

Doy media vuelta y la dejo plantada en mi vestidor. Por lo visto, hoy le apetecía ponerse un vestido más femenino, pero tampoco quería gastarse el dinero en algo que sabe que acabará olvidado en el armario. La dejo eligiendo entre mis vestidos y me reúno con el culebrón que tengo por familia.

Sorprendentemente, parece que mis padres han declarado una tregua y ahora están hablando de bodas y de fútbol americano con Travis. Me pongo a un lado y, mientras los observo, me invade una especie de alegría interior.

Nunca hemos sido la típica familia feliz con un padre y una madre bien avenidos, pero a mí este arreglo provisional ya me está bien.

De repente, unos labios suaves y cálidos me acarician la sien. Me echo hacia atrás hasta apoyarme contra el pecho de Cole.

—¿En qué estás pensando? —pregunta, y me rodea con los brazos.

—Todo esto... parece tan normal. Me preocupa estar en la casa equivocada.

Se ríe.

—Si te apetece algo más disfuncional, estás invitada a mi casa cuando quieras. Creo que nuestras familias se han intercambiado los cerebros.

—Ay, no —exclamo, y me doy la vuelta—. ¿Tan mal están? Cole hace una pausa antes de responder.

—Ayer mi padre durmió en la habitación de invitados y esta mañana me ha dicho que es mejor que celebre Acción de Gracias en tu casa. También ha echado a Jay, así que supongo que Cassandra y él van a hablar largo y tendido.

—No pensaba que las cosas se fueran a salir tanto de madre.

Cole se encoge de hombros, como quitándole importancia al hecho de que, justo cuando mi familia empieza a llevarse mejor, la suya se está desmoronando.

—Cassandra no tenía derecho a tratarte así. No pienso quedarme callado y que crea que no pasa nada.

—No sabes cuánto lo siento. Me parece increíble...

—Nada de disculpas, Tessie. Lo único que necesito es que me hagas un favorcito —me dice, y se le escapa una sonrisa por la comisura de los labios.

—¿Qué favorcito? —¿Tienes sitio en tu cama para un tío que no quiere irse a su casa? —Puede —contesto con una sonrisa—, pero solo si el tío en cuestión mide más o menos esto. —Levanto la mano hasta que está a la altura de su cabeza—. Tiene que tener los ojos azules y percha suficiente para llevar un traje como Dios manda.

—Mmm, creo que se me ocurre alguien.

Y esta es la historia de cómo acabo teniendo compañero de habitación durante los cuatro días siguientes.

Te estarás preguntando qué podría ir mal y arruinarme los planes para el fin de semana, teniendo en cuenta que nos estamos convirtiendo en *La tribu de los Brady*. Bueno, tú espera y verás.

Acción de Gracias pasó como un torbellino de buena comida, mucho fútbol americano y ríos de lágrimas mientras planeábamos la boda de mi hermano y mi mejor amiga. Sé que para Beth es duro, sobre todo porque a menudo se define como huérfana, pero quiero que sepa que nunca ha estado sola, que siempre ha formado parte de la familia. Y ahora ha llegado el momento de hacerlo oficial.

Megan y Alex ya han llegado, Cami y Lan han cogido un avión especialmente para la fiesta y algunos amigos de Beth y de Travis han venido en coche. Mi idea era organizar algo pequeño, pero no sé cómo he acabado invitando hasta al tío Harry. Travis y Beth no han querido celebrarlo en un hotel, a pesar de que mi padre se ofreció a correr con todos los gastos.

Supongo que se percataron de que, con un espacio tan grande, la cosa se me podía ir de las manos. Al final me he tenido que conformar con el jardín de casa, que tampoco está nada mal. Hace frío, pero hemos montado una hoguera y tenemos un montón de comida y de bebida. Los invitados van a acabar tan borrachos que no notarán el frío.

Hablando de invitados...

—Ay, Dios mío, serás arpía... ¿Por qué no me has dicho que habías comprado el vestido? Cami está en mi habitación, prácticamente desnuda y sujetando contra su cuerpo un pequeño regalo de agradecimiento que le he comprado por haber venido a la fiesta. Es un modelito de Topshop sobre el

que me estuvo dando la vara vía mensaje, preguntándome si creía que era demasiado ligerito para llevarlo a la fiesta de cumpleaños de la madre de Lan, y yo le dije la verdad: que sí. Por suerte, es perfecto para la fiesta de compromiso de una muy buena amiga, así que...

—¡Sorpresa! Me da un golpetazo fuerte en el brazo.

—Esto cuesta doscientos dólares, tonta.

—¿Lo siento? —Eso espero. Por suerte para ti, daría gustosa mi brazo derecho a cambio de este vestido y encima sé que a Lan se le van a salir los ojos de las cuencas.

De lo contrario, tú y yo tendríamos una conversación muy seria sobre los límites de la amistad.

—Hablando de límites... ¿Puedo entrar, señoritas, o me tengo que tapar los ojos? Es la voz de Cole hablándonos desde el pasillo. Hoy se ha portado muy bien y no me ha distraído ni una sola vez con ese cuerpo tan bonito que tiene.

Si no fuera por su ayuda, ya me habría echado a llorar unas quinientas veces.

Hace un rato creo que estaba entrando los globos en casa.

—No sé qué es lo que te pone, Stone, pero teniendo en cuenta que salgo con tu mejor amigo, será mejor que no tenga nada que ver conmigo.

—Camryn, al menos dime que no estás desnuda.

Ella contempla su cuerpo semidesnudo y me susurra: —¿Crees que si me viera desnuda, Lan y él se pelearían en paños menores por mí? —Cami, haz el favor de meterte en el vestidor y cambiarte ahora mismo.

No te doy permiso para enseñarle nada a mi novio.

Me hace pucheros como si fuera una niña pequeña, pero enseguida obedece y sigue la dirección de mi dedo. Me preocupa la gente que pueda acudir a ella en busca de ayuda psicológica. Si aspiras a ser un mini-Freud y convertirlo todo en sexo, Cami es tu elección ideal.

Madre mía, cuánto he echado de menos a mis amigas. Megan está abajo intentando tranquilizar a Beth, que está aún más nerviosa que yo, aunque en su caso el ataque de nervios sí está justificado. Beth odia las fiestas diurnas que no acaban con el personal borracho como una cuba. Además, casi nunca bebe cuando está con mi hermano y sabe que las reuniones familiares son especialmente difíciles para Travis. Pero sobre todo odia ser el centro de atención, y con lo que le he preparado va a ser el objetivo de todas las miradas.

—Hola.

Dejo entrar a Cole y al instante recuerdo que no puedo abalanzarme sobre él solo porque esté ridículamente guapo. Al final, ha pasado de la corbata y, claro, está aún más guapo, más elegante, un poco a lo rebelde sin causa, con una chaqueta negra y una camiseta con cuello de pico. Debajo lleva unos vaqueros que hacen auténticas maravillas con mi parte favorita de su cuerpo.

—Vale, no vamos a tener tiempo después de que te diga lo que te voy a decir, pero, madre mía, bizcochito, ¿qué quieres, que me dé un infarto? Se me escapa una risita tonta, una risita como de colegiala, porque a eso es capaz de reducirme mi novio, con mi carrera y mi universidad de la Ivy League.

—Ya has visto mi vestido.

Doy una vuelta para que me vea y a Cole se le escapa un gruñido, porque ¿sabéis qué? Mi vestido, color vino, de encaje hasta la rodilla, no tiene espalda de ningún tipo. Puede que se me congele algún órgano vital, pero vale la pena si consigo sacarle una reacción así.

Es broma, esta señorita también lleva una chaqueta de cuero.

Sí, sobreviviré.

Cole se acerca para acariciarme la espalda, cómo no. Yo llevo el pelo recogido en un moño para que no me moleste, pero antes de que nos dejemos llevar, se oye un golpe dentro del vestidor seguido de la voz de Cami recitando una ristra de palabrotas. Apoyo la frente contra la de Cole y suspiro.

—Será mejor que me asegure de que no se ha roto ningún hueso.

Cole me cubre la cara de besos.

—No sabes cómo me alegro de haber reservado una habitación de hotel para esta noche.

Ah, sí, después de la fiesta oficial para todos los públicos, Beth ha decidido que le apetece algo más movidito, así que cuando acabemos aquí nos iremos todos de fiesta a la ciudad.

—Pero, de momento, hay algo que debes saber. —Inmediatamente le cambia la voz y sé que no me va a gustar lo que está a punto de decir, así que me preparo para el jarro de agua fría e ignoro los gritos de dolor de Cami—.

Abajo hay alguien a quien puede que no hayas invitado.

—Vale. En una escala del tío de Beth, el de la banda de moteros y de mi primo, el que tiene una fijación sexual con los dedos gordos del pie, ¿cómo es de malo? Por un momento, me mira sin saber qué decir.

—Bueno, no hay nada peor que lo de los dedos gordos, pero por ahí está

la cosa.

—Por favor, no. ¿Quién es? Y entonces es cuando empiezan los gritos.

Bajo corriendo por las escaleras, a punto de romperme las dos piernas (si no me creéis, intentad correr encaramada a unos tacones de quince centímetros), y me encuentro la escena que nadie querría presenciar el día de la fiesta que llevas siglos preparando: la futura novia cogiendo del pelo a otra chica y sujetándola debajo del agua, mientras la agredida mueve los brazos y las piernas e intenta salvar la vida.

Ay, Dios.

Intentan separarlas entre Megan, Travis y mi padre y, cuando por fin lo consiguen, veo la cara de la persona que acaba de salir del agua. Es rubia y tiene facciones de roedor y, aunque no para de toser y de escupir agua, enseguida reconozco su cara de bruja cazafortunas.

Señoras y señores, parece que nuestra *Jenny from the Block* particular ha vuelto y esta vez ha venido dispuesta a cargarse la fiesta de compromiso de su exnovio.

12

El mismísimo Gordon Ramsay con la carta de postres —Si me hubieras dicho que íbamos a tener animación gratis, me habría ahorrado un cheque de cuatro ceros.

—Papá, por si no te has dado cuenta, no es el momento de hacerse el gracioso.

Tengo una bolsa de hielo en la cara y, cada vez que hablo, se me escapa una mueca de dolor. Beth sigue caminando de un lado para otro, debatiéndose entre pedirme perdón y fulminar a Travis con la mirada.

—Sigo pensando que deberíamos ir al hospital.

—Estoy bien —le digo a Cole, que no se ha movido de mi lado en estas últimas horas, mientras yo cargaba con las consecuencias de meterme en una pelea entre Beth y Jenny, la exnovia de mi hermano.

A modo de recordatorio, Jenny es la chica que dejó a mi hermano el mismo día que lo expulsaron de la universidad y a la que luego le pareció buena idea enrollarse con su mejor amigo. Todo el mundo creía que eran la pareja perfecta, los novios del instituto que acabarían casándose; de ahí que el ego de mi hermano se viera seriamente afectado. El hijo predilecto de Farrow Hills no solo había deshonrado a su familia, sino que también había perdido a la reina del baile. Os vais haciendo una idea, ¿verdad? Jenny le pisoteó el corazón subida en unos Louboutin. Hacía años que no la veíamos. Cuentan las malas lenguas que con veinticinco años se casó por dinero con alguien mucho mayor que ella, pero viendo su actitud de hoy, supongo que no funcionó.

—Te está empezando a salir un morado en la mejilla.

—Me duele. No sabía que con cuarenta y cinco kilos se pudiera tener tanta fuerza.

Cole me quita el hielo de la mejilla con mucho cuidado y no puede evitar que se le escape una mueca.

—Al menos déjame llamar a Cass...

—¡Ni se te ocurra! No pienso darle otra oportunidad para que me diagnostique una especie de complejo de arpía destrozafamilias y luego llame al servicio de seguridad para novios y te lleve.

—No existe el s...

—Chiss, no me obligues a discutir contigo. Me duele la boca cuando hablo.

Y es verdad.

—Tessa, de verdad, lo siento mucho.

Beth se disculpa por millonésima vez desde el desafortunado incidente y, técnicamente, no tiene por qué hacerlo. Ella no me había pedido que me metiera en la pelea de gatas que ha estallado justo después de rescatar a Jenny de la piscina. Y nadie me ha dicho que me interpusiera entre las dos precisamente cuando esta ha soltado el puño. Madre mía, qué fuerza tiene, sobre todo teniendo en cuenta que parece que en cualquier momento la vaya a arrastrar el viento. El resultado es un golpe tan grande en el lado derecho de la cara que parezco sacada de un póster contra el maltrato infantil. Pobre Cole, no creo que pueda salir con él a la calle en una buena temporada.

—No pasa nada, supongo.

—No debería haber caído en sus provocaciones. Uf, ojalá no me afectara tanto.

—Pues sí, en eso estamos de acuerdo.

Después del incidente en el jardín, también conocido como «el día en que Beth estuvo a punto de mandar a Jenny a la UCI», la mayoría de los invitados se han marchado. Los demás nos hemos reunido en la sala de estar y la exnovia ha salido corriendo despavorida.

No sin antes dejarme un recuerdo en la cara para que no me olvide de ella.

Mientras tanto, mi madre ya ha dejado bien claro que no le parece bien la forma en que Beth ha decidido lidiar con Jenny. He aquí otro cotilleo sacado directamente del baúl de los recuerdos: cuando salía con mi hermano, mi madre quería a Jenny como si fuera su hija, puede que más. Por aquel entonces, Jenny era exactamente como a mi madre le habría gustado que fuera yo: capitana del equipo de animadoras, guapa y delgada como una modelo, y capaz de moverse por Nordstrom como si fuera el Walmart de su pueblo. Les unía el amor por las armas disfrazadas de tacones y por las crías de animales convertidas en bolsos. Por eso, cuando Jenny le rompió el corazón a Travis, también se lo rompió a mi madre. Para ella fue como perder una hija.

Sin embargo, ya no creo que mi madre sienta ningún tipo de afecto por ella. Su problema con Beth tiene otro origen y tampoco tiene nada que ver con el hecho de que acabemos de representar un combate de lucha libre en el

jardín de casa.

Beth no es exactamente el tipo de chica que mi madre quería para Travis.

Teniendo en cuenta su pasado, ella habría preferido alguien más... angelical.

Según su lógica retorcida, mi hermano estaría mejor con una chica más discreta, un ama de casa de pueblo, y así nos lo ha hecho saber a todos. Beth es justo lo contrario: es salvaje, impredecible, lo opuesto a una señorita de su casa. Además, siempre ha sido muy reservada con su pasado y eso hace que a mi madre le cueste confiar en ella. Cuando solo era mi mejor amiga, el problema no era tan importante, pero la cosa cambió cuando la madre de Beth, Marie, murió en un accidente de coche por ir borracha y, sobre todo, cuando Travis empezó a salir con ella.

—Pensaba que con tanta gente alrededor te costaría más reaccionar como lo has hecho.

—Mamá, Beth no ha hecho nada que no habría hecho yo también —digo, intentando defender a mi mejor amiga a pesar de lo mucho que me duele la cara.

—¿Ah, sí? Si una de las ex de Cole se presentara aquí e intentara hablar con él, ¿la cogieras del pelo e intentarías ahogarla en la piscina? Y luego, cuando consiguiera escapar de chiripa de una muerte violenta, ¿te irías directa hacia ella con los puños por delante como si fueras un neandertal? Visto así, supongo que no, básicamente porque no tengo fuerza suficiente en los brazos.

—No estaba intentando hablar con él, señora O'Connell —interviene Beth, que no se corta cuando se trata de plantarle cara a mi madre—. Nos está acosando. —Señala a Travis, que está fuera recogiendo los restos de la pelea con la ayuda de Lan y de Alex—. Se presenta cada dos por tres en casa y me deja mensajes amenazantes en el buzón de voz. Lo de hoy ha sido la gota que colma el vaso.

La veo apretar los dientes y me entran unas ganas tremendas de abrazarla.

No se merece esto, principalmente después de todo lo que le ha pasado en la vida y de lo mucho que le ha costado ser feliz.

—¿Por qué no nos lo habías contado? —preguntamos Megan y yo al unísono. El grito de asombro de Cami resuena en la misma habitación, y mi madre se ha puesto pálida.

—No queríamos darle más importancia. No es peligrosa, solo está un poco loca. El ricachón con el que estaba casada la ha dejado y no tiene dónde vivir.

Alguien tuvo la genial idea de darle nuestra dirección y un día se presentó en casa, así sin más. Travis... se ha portado muy bien con ella. —Lo dice sin un ápice de rencor—. Se le notaba que había sufrido mucho, que su ex la había maltratado, pero cuanto más la ayudaba Travis, más dependiente se volvía ella. Le buscamos un sitio para que pudiera quedarse una temporada, hasta que estuviera recuperada.

—Uy, esto no acaba bien —murmura Cami, y se sienta en el suelo con una copa de vino en la mano.

—Y no ha acabado bien. Empezó a presentarse en casa sin avisar, a llamar a Travis por cualquier tontería. Al principio, lo dejé pasar porque me sabía mal por ella, pero luego se volvió muy posesiva con él... Daba un poco de miedo.

—Me lo creo. Si me lo hubieras contado, te habría avisado de que Jenny es una bruja retorcida y manipuladora. Siempre lo ha sido.

—Estoy de acuerdo con Tessa. Además, por lo que dices, no parece que esté muy estable mentalmente. Podría ser potencialmente peligrosa —añade mi madre con un tono de voz un tanto triste, pero me alegro de que haya aparcado sus prejuicios sobre Beth y se muestre tan comprensiva.

—En su momento, nos planteamos pedir una orden de alejamiento, pero nos pareció un poco exagerado. Pero ahora...

—Yo puedo llamar a mi padre. La podríamos presentar a primera hora de la mañana —interviene Cole, y la fuerza de su mano sobre la mía me recuerda que está aquí, que va a apoyar a mi familia en lo que haga falta, y yo no podría estarle más agradecida.

Beth no dice que no, y es que lo mejor que podría pasar es que alguien encerrara a Jenny más rápido que al que inventó los vaqueros de plástico transparente.

—Qué locura de día.

A pesar de todo lo que ha pasado, decido no cancelar la reserva de hotel y spa que tenemos para esta noche. No tiene sentido perder dinero por culpa de la típica exnovia psicópata que parece sacada de una película de los noventa.

El sheriff Stone nos ha asegurado que la tiene vigilada, que mañana por la mañana nos ayudará a pedir una orden de alejamiento y que, si puede, intentará buscarle un grupo de terapia. Después de hablar con él, me he dado cuenta de que necesitamos huir de la nube negra que se cierne sobre la casa.

Sí, parece que me he caído por las escaleras, dos veces seguidas, y que he aterrizado sobre la mejilla, pero tenemos una reserva en un hotel de cinco

estrellas con spa, cortesía de mi madre, y creo que sería una lástima que nos quedáramos en casa encerrados en nuestras respectivas habitaciones.

Cami es la única que está de humor para salir de copas y luego a bailar, así que decidimos ver una película todos juntos en nuestra habitación. Todos tenemos suites; otro generoso regalo de mi madre. Travis y Beth tienen la suite especial y entre todos decidimos que esta noche se merecen tener un poco de privacidad, así que los demás quedamos en nuestra habitación para ver unas pelis en cuanto nos hayamos recuperado un poco.

—Mmm.

Cole parece distraído; está así desde que hemos llegado. Ya sé que parezco un saco de boxeo, pero esperaba que el ambiente romántico del hotel sacara al donjuán que lleva dentro y, de momento, tiene más labia una pared de cemento que él. Tiene los ojos clavados en la pantalla del móvil y no para de escribir una parrafada tras otra. Ha hecho un cambio de ciento ochenta grados desde que salimos de casa. Después de recibir el puñetazo, de tomarme un analgésico y de pedir hora con el médico ante la insistencia de mi padre, ha estado tan dulce y atento conmigo como siempre, así que, a pesar de la paliza, me he sentido la chica más afortunada del mundo. Luego, entre el momento en que hemos salido de casa hasta que hemos llegado a este paraíso en medio de Hartford, ha recibido un mensaje, un correo electrónico o una epifanía que, por lo visto, requiere de toda su atención.

Me acerco disimuladamente e intento ver qué está escribiendo en el móvil.

—¿Todo bien? Quizá es de la universidad, podría ser un profesor que amenaza con expulsarlo de la Facultad de Derecho si no le envía un trabajo esta misma noche.

Por el móvil. En Acción de Gracias.

Murmura algo que no consigo entender y decido dejarlo tranquilo. No se me ocurre pensar que yo ni siquiera he mirado el correo en todo el fin de semana. Llevo todo el mes partiéndome la espalda en la oficina para poder disfrutar de estos días sin tener que preocuparme por el trabajo, y no ha sido fácil, ¿eh? Imaginad lo que implica desconectar de la actualidad en una industria en la que cualquier día te puede salir la Kardashian de turno, grabarse con el filtro del perrito y sacar el mismo tono de pintalabios de siempre pero con otro nombre. Precisamente por eso he venido con los deberes. Me da igual que ganen cinco millones más o que saquen otro color imposible de distinguir; lo tengo todo controlado.

Ello me recuerda que he desembolsado una auténtica fortuna para pagar la universidad y aún necesito que mi padre me pague el alquiler.

Pero volviendo al misterio de mi novio el distraído, que por lo visto cree que la respuesta a las grandes cuestiones de la humanidad se esconde en la pantalla de su móvil, empiezo a estar preocupada. Cole suele guardarse las cosas, sobre todo cuando no quiere que me preocupe por sus problemas, pero creo que a lo largo de nuestra relación le he demostrado que soy capaz de apoyarlo igual que él lo hace conmigo. Es por eso por lo que carraspeo e intento intervenir de nuevo.

—Cole.

—¿Sí? —pregunta.

—¿Seguro que todo va bien? —Sí.

Sigue sin levantar la mirada del teléfono.

—Pareces un poco preocupado. ¿Es por la universidad? —No, todo va bien.

Pues vale.

—Porque si necesitas trabajar un rato, pedimos la cena y cancelamos la película. ¿Quieres que le pida a Jay que te traiga el portátil? No estoy acostumbrada a cuidar de él porque tampoco me deja hacerlo, así que ahora mismo estoy pensando en todo lo que puedo hacer para echarle una mano. No sé mucho de leyes, pero he hecho algunos cursos que podrían serle útiles y he visto todos los capítulos de *Cómo defender a un asesino*, así que algo sé, aunque solo sea para fingir.

O eso creo.

—¿Sabes qué? Ahora vuelvo.

Y sale de la habitación sin ni siquiera mirarme.

Pues muy bien. Si fuéramos dibujos animados y no me doliera tanto la mandíbula, ahora mismo la tendría desencajada y me saldría humo por la nariz. Pero ¿qué le pasa? Oigo el ruido de la puerta al cerrarse y salgo detrás de él, decidida a llegar al fondo de la cuestión. Es rápido, pero yo estoy cabreada, así que, cuando se agacha y entra en un hueco que ha aparecido de la nada, lo sigo sin pensarlo dos veces. Quizá debería haberme puesto algo más aparte de la bata de seda encima del pijama porque, cómo no, los pasillos están llenos de gente disfrutando de sus vacaciones que seguro preferirían que sus hijos no tuvieran que presenciar ningún grado de desnudez. Tengo la sensación de que ahora mismo todo va tan mal que me entran ganas de gritar.

La estancia en el hotel ha sido todo un detalle por parte de mi madre, que

ha tirado la casa por la ventana pagándonos todo un fin de semana en un hotel de lujo como este. Está en un pequeño pueblo rural de Washington y ocupa cincuenta y ocho acres de jardines preciosos y bosques muy cuidados.

Cuando llegamos, nos dijeron que es una de las escapadas de fin de semana más codiciadas de todo el país. Solo tuvimos que conducir durante media hora para dejar atrás la ciudad de Hartford y sumergirnos en esta auténtica reserva natural. Como la fiesta de compromiso ha acabado siendo un fiasco, aprovechamos para salir antes de casa, así ahora tenemos toda la tarde y parte de mañana para explorar la propiedad. Tenía un montón de actividades planeadas para subirnos la moral y ahora se ha ido todo al garete.

Me aprieto bien fuerte el cinturón de la bata para no traumatizar a nadie y prosigo con la persecución de mi novio. No sé si puedo caer más bajo: estoy escondida detrás de una pared, poniendo la oreja para intentar oír lo que dice Cole.

—Tranquilízate y cuéntame qué ha pasado.

Vale, está claro que algo va mal y está intentando resolverlo. Se le ha puesto esa voz tan suya, la que utiliza cuando quiere que sepas que lo tiene todo controlado y que no debes preocuparte de nada. En nuestro primer año de universidad, cometí el error de probar una copa menstrual para un proyecto de marketing y, bueno, digamos que la cosa acabó torciéndose. La cuestión es que aquel día yo iba vestida de blanco y, en vez de pasearme por el campus como si llevara un muerto dentro de los pantalones, llamé a Cole llorando como una histérica y le pedí que me ayudara. Primero intenté llamar a Cami y mi otra amiga, Sarah, pero estaban en clase. Por aquel entonces, Cole y yo ya vivíamos juntos y llevábamos siglos saliendo, pero me daba una vergüenza horrible llamarlo.

Al final, no me quedó otra.

Aún me pongo colorada cuando me acuerdo de aquel día. Cómo corrió a la tienda del campus para comprarme tampones y algo de ropa, cómo se coló en el lavabo de mujeres sin decir ni mu para darme todo lo que había comprado.

Fue tan dulce conmigo que se ganó con creces una medalla de oro al mejor novio, y es que aquel día supe que siempre, siempre, podría contar con él.

Ahora está usando ese tono de voz con otra persona.

—No..., no te entiendo. Por favor, para de llorar y explícame lo que ha pasado.

Suena muy mal, la verdad.

—¿Estás herida? Me pregunto con quién estará hablando.

—¿Lainey está contigo? Pues claro, todo cobra sentido en cuanto dice el nombre de la niña y, al mismo tiempo, siento que se me para el corazón. Me había esforzado tanto para olvidar los nombres de sus vecinas de Chicago, que el recuerdo me asalta con la virulencia de un choque en cadena. Melissa y Lainey, la madre y la hija a la que Cole hace de canguro de vez en cuando. Me acuerdo de la visita sorpresa y de la cantidad de tiempo que dedicó a cuidar de ellas mientras yo estaba allí. Entonces decidí no meterme demasiado en su relación porque solo quería estar con él, pero parece que ha llegado el momento de empezar a hacer preguntas.

—Vale, mira, yo hoy no puedo ir, pero voy a llamar a un amigo para que vaya a buscarte, ¿vale? Tú quédate ahí. No cuelgues, voy a mandarle un mensaje. No..., no me voy, Mel. Estoy aquí.

Alguien mejor persona que yo se acercaría y le preguntaría si necesita ayuda. Una novia más comprensiva le diría que no pasa nada, que puede ir a ayudar a su amiga, pero el día ha sido largo, estoy cansada y encima me empieza a doler otra vez la mejilla, así que le dejo interpretando su papel de caballero de brillante armadura y me dirijo hacia la habitación de Cami.

Me vendría bien reírme un rato.

Mis chicas se percatan enseguida de que pasa algo, así que echan a sus respectivos novios, Lan y Alex, y nos preparamos para una maratón de *Las chicas Gilmore* en Netflix. Sé que esto supone un fracaso, que estamos aquí para relajarnos y hacernos masajes, dar largos paseos por el campo y estar lo más lejos posible de cualquier forma de tecnología. En vez de eso, nos llenamos la boca de palomitas y le gritamos a la tele cuando Lorelai besa a Christopher.

—¿Estás ciega?! —¿Cómo le puede hacer eso a Luke! —¿No te mereces su café! Para mí, estás muerta.

Ah, siempre surte efecto.

Me doy cuenta de que, con las prisas para convertirme en la nueva sensación del panorama detectivesco, me he olvidado de coger el móvil y la llave. No tengo intención de llamar a Cole ni de volver a la habitación, así que por mí perfecto, de este modo me aseguro de no tener que hablar con él.

Sin duda estará muy atareado ocupándose de que su querida Mel sobreviva estos días sin tenerlo a su servicio.

Le vuelvo a chillar al televisor.

Beth se une al grupo en algún punto entre el beso de Rory a Jess y la puñalada traperera cuando decide no dejar a Dean. Está callada y no se une a nosotras cuando maldecimos a gritos a la menor de las Gilmore. Parece que esté enferma, con la piel amarillenta, los ojos inyectados en sangre y la nariz en carne viva. Se desploma sobre la cama con nosotras, coge una bolsa de Maltesers de la mesilla de noche y se vacía la mitad en la boca.

—Rory debería meterse en un convento. Los tíos son lo peor. ¿Me has oído? ¡Lo peor! —le grita al televisor, y no me atrevo a preguntar qué ha hecho mi hermano esta vez.

—En eso estamos de acuerdo. —Me dejo caer en el cojín que tiene al lado—. Prohibido hablar de chicos el resto de la noche. Bueno, menos de Jess Mariano. De él sí podemos hablar.

—Secundo la moción —asiente Cami, y se tumba con nosotras.

Las tres nos quedamos mirando a Megan, que parece que es la que tiene la relación más funcional de todas. Bien por Alex, pero a veces es un poco cansino oírles decir que nunca se pelean. Es verdad que tuvieron sus más y sus menos cuando íbamos al instituto, sobre todo por los padres de ella, que a veces parecen un poco amish, pero desde entonces son la típica pareja repelente que nunca discute.

—Megan, apaga el móvil.

—Pero... pero... ¿y si recibo un mensaje de correo electrónico importante? —Hasta los médicos hacen vacaciones, Meg. Nadie te va a mandar un correo electrónico hoy. Apágalo.

Me imagino la estampa, las tres mirándola con los brazos cruzados y con los ojos rebosando odio hacia todo aquello que sea masculino. No sé qué le ha hecho Lan a Cami para que esté tan enfadada, pero es una más y no pienso ponerlo en duda.

—No me va a llamar. Le he mandado un mensaje hace cinco minutos y...

—Esa es la cuestión, que os gusta enviaros mensajitos hasta cuando bebéis un vaso de agua. Tienes el móvil más caliente que mi cuenta de Twitter, y eso que sigo a doce mil personas. Vamos, apágalo.

Adoro a Cami.

Al final, Megan cede y de pronto todo vuelve a ser como antes, cuando nadie nos rompía el corazón y lo más parecido que tenía a un novio era Jess.

Después de la noche más divertida y relajante que he tenido en siglos, nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones antes de bajar a desayunar. Beth y yo hemos compartido habitación y la he oído llorar de madrugada, pero

nada de lo que le he dicho ha servido para consolarla. Está preocupada porque cree que ha avergonzado a mi familia, pero yo le he dicho que mi abuela estaría orgullosa de ella por defender a su hombre con uñas y dientes.

Luego se ha puesto a llorar porque, según ella, Jenny encaja con los O'Connell, a pesar de sus tendencias psicóticas. Aquí me ha costado menos hacerla entrar en razón. Si de verdad cree que hay algo especialmente noble o digno en mi familia, es que no tiene ni idea de lo que está hablando. Damos el pego, es verdad, pero tenemos tantos muertos en el armario que podríamos llenar más de un cementerio.

También ha llorado de rabia hacia mi hermano por haberle dado coba a Jenny y, en cierto modo, ser el responsable de que se presentara en la fiesta de compromiso y le declarara su amor eterno, creyendo que él dejaría a Beth y se iría con ella. Aquí no he sabido qué decirle porque, la verdad, los hombres son imbéciles. Nunca piensan en sus acciones ni en cómo las interpretamos las mujeres. A veces solo intentan ser nobles y hacer el bien, pero envían el mensaje equivocado y luego se te presenta alguien en casa a las tres de la madrugada e intenta matarte, cuando tú no has hecho nada más que apoyar a tu novio.

¿Veis por dónde voy? Aun así, le digo que mi hermano es una buena persona y que nunca ha sido consciente de que Jenny es una manipuladora. Siempre se le ha dado bien actuar, sobre todo con mi hermano, y han pasado tanto tiempo juntos que sabe perfectamente cómo manipularlo. Espero que Beth lo entienda y que salgan de esta aún más fuertes que antes o la próxima vez que vea a Jenny seré yo la que la muela a palos. No estoy segura de que mi arenga haya tenido el efecto deseado, pero se me aclaran todas las dudas en cuanto abro la puerta y me encuentro a Travis con el ramo de flores más grande que he visto en mucho tiempo. Es bastante probable que lo haya robado de una de las mesas de la boda que hubo anoche, pero da igual, para mí ya se ha ganado el cielo.

Así es como se conquista a una chica. Tiene el mismo mal aspecto que Beth.

No parece que haya dormido y lleva puesta la misma ropa que ayer. Me aparto para dejarle entrar e intento pasar desapercibida mientras le dice a Beth que lo siente y que la quiere. Ella se lanza a sus brazos y es entonces cuando sé que todo irá bien. Sonrío aliviada y salgo de la habitación.

Me alegro por ellos e intento que no me afecte que Cole no haya venido a buscarme.

Me dirijo hacia mi habitación y, por el camino, me doy cuenta de que estoy otra vez de los nervios. No sé si Cole sigue aquí o si ha acudido al rescate de su extraña familia. Estoy siendo hipócrita y un poco mezquina, sobre todo teniendo en cuenta el discursito que le acabo de soltar a Beth sobre Travis y el beneficio de la duda, pero supongo que es más fácil predicar que dar ejemplo. Si es que cada vez que pienso en cómo me trató Cole ayer, me hierve la sangre. Como no tengo llave, no me queda más remedio que picar.

Solo necesito cambiarme de ropa y ponerme un poco de corrector, que ya he visto a más de uno mirándome raro. En realidad, lo que más me apetece ahora mismo es salir a correr, pero no quiero ir por ahí como si anoche me hubieran partido la cara con un bate de béisbol. Llamo varias veces y nadie contesta; supongo que al final se fue. Me duele, no lo voy a negar, suficiente como para ignorar las miradas de la gente mientras me dirijo hacia recepción, aún en bata, para pedir una copia de la llave.

—¿Podrías decirme si mi novio devolvió la llave ayer por la noche? —le pregunto al recepcionista.

—Por supuesto, señora Stone, déjeme comprobarlo.

Dependen muchas cosas de la respuesta. Ya sé que no es justo meterle tanta presión a un desconocido, y menos a las ocho de la mañana, pero necesito saber si Cole me considera tan prescindible que es capaz de marcharse sin molestarse en decírmelo.

—No, parece que no tenemos la llave —me informa, y yo suspiro aliviada—. ¿Ha salido de las instalaciones? —inquire, y se queda mirando el cardenal que tengo en la cara con una expresión de preocupación más que evidente.

De pronto, imagino los distintos escenarios que está barajando en su cabeza y soy consciente de que en ninguno de ellos Cole sale bien parado, así que intento arreglarlo antes de que llame a la policía.

—No, creo que no. Solo quiero encontrarlo, nada más. Es como un juego al que nos gusta jugar de vez en cuando. Como el escondite, pero para adultos. Ay, Dios, qué mal ha sonado eso. ¡Buenos días! Me doy la vuelta y huyo del recepcionista, que está poniéndose colorado.

¿Un escondite para adultos? ¿Y que te deja la cara como un trozo de carne? Por qué, Tessa, por qué.

En el rato que tardó en ducharme, vestirme, maquillarme y reunir el valor suficiente para pasar por delante del pobre recepcionista, Cole sigue sin

aparecer. La ira apenas contenida se ha transformado en una decepción aplastante, que es mucho más dolorosa.

Después del desayuno, el resto del grupo sale a pasear y yo subo a la habitación para hacer las maletas. Cole sigue sin aparecer. Pero inmediatamente me doy cuenta de que debería mirar el móvil porque mañana a primera hora tengo una reunión en el trabajo. Será mejor que salga cuanto antes, así tengo tiempo para prepararla. Las cosas de Cole siguen aquí; entiendo que no está en la otra punta del país, pero ¿dónde demonios se ha metido? Lo primero que he hecho esta mañana al llegar a la habitación ha sido mirar el móvil, pero no tenía ningún mensaje suyo. Lo llamé varias veces, pero no me lo cogió. Los demás tampoco saben dónde está y, cuando he llamado a Jay para saber si ha vuelto a casa, no ha sabido qué decirme. En un arrebato, decido salir a buscarlo por los alrededores. La propiedad es enorme y me pierdo varias veces, pero aun así no consigo encontrarlo. La gente debe pensar que soy la típica novia entre histérica e inestable a la que su pareja acaba de dejar. Soy consciente de que estoy hecha un cuadro y me pregunto si me volverán a dejar entrar en este hotel, pero ahora mismo la vergüenza es el menor de mis problemas. La decepción se está convirtiendo en preocupación. Quizá debería llamar al sheriff para que envíe un equipo de búsqueda. Puede que le haya pasado algo malo, que esté solo y herido, sin nadie que pueda ayudarlo. Estoy tan enfadada conmigo misma por no haberlo buscado antes...

—Venga, Cole, cógelo. Por favor, coge el teléfono.

Lo vuelvo a intentar, pero a estas alturas seguro que se ha quedado sin batería. Pasan las horas hasta que al final decido volver a la habitación. Estoy agotada, derrotada y no puedo parar de llorar. Me encuentro tan mal que por un momento creo que voy a vomitar el desayuno. No tengo tiempo de buscar a los demás. Creen que seguramente ha vuelto a casa, pero si no está allí...

Estoy en modo pánico. Cojo lo primero que pillo, el bolso, el móvil, y cuando voy hacia la puerta...

—¿Tessie? De repente, me invade la sensación de alivio más intensa que he sentido en toda mi vida. Abro la puerta y me encuentro su cara, y es como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el pecho. Me cuesta respirar. Me abalanzo sobre él sin pensar y lo rodeo con brazos y piernas.

—Eh, ¿qué pasa? —me susurra al oído mientras me acaricia el pelo, me besa la mejilla, me aprieta contra su pecho.

—Estás bien.

Su cuello amortigua mi voz, pero yo me aferro a él como si me fuera la vida en ello.

—Me he quedado sin batería y no me he acordado de coger el cargador.

Tessie, estoy bien. Lo siento, mírame, por favor. Estoy bien.

Me lo repite varias veces, pero yo sigo aferrándome con tanta fuerza que creo que le cuesta respirar. No me percató de que estoy llorando hasta que me noto las mejillas mojadas y me empiezan a doler los músculos de la cara.

Cole intenta tranquilizarme, pero había llegado a un punto en el que estaba al borde de la catatonia y es difícil deshacerse de la adrenalina.

Cole está aquí.

Está bien.

Puedo respirar.

Después de estrujarlo durante cinco minutos, por fin consigo soltarlo y retroceder. Él me sujeta la cara entre las dos manos, se inclina hacia mí y me besa en la boca.

—Estoy aquí, bizcochito. —Se ríe y sus labios se detienen sobre la comisura de los míos—. No te vas a deshacer de mí tan fácilmente.

Es el sonido de su risa lo que me alegra. Normalmente, vivo para oír ese sonido. Es capaz de hacerme feliz en el día más triste de mi vida. Cuando estamos juntos y se ríe, siento que mi alma se eleva y algo vibra en mi interior. Pero ¿hoy? Mi vieja amiga, la ira, ha vuelto y tiene ganas de venganza. Lo aparto de un empujón y aprieto los puños.

—¿De qué coño vas? Cole parece sorprendido. Intenta acercarse como se acercaría a un animal herido.

—Tessie, ¿q-qué te pasa? —¿¿Lo dices en serio?! —le grito—. ¿¿Dónde demonios te habías metido?! Está pálido. Obviamente, no está acostumbrado a que le grite. Puedo resistirme al helado que tengo escondido en la nevera durante mucho más tiempo del que soy capaz de discutir con Cole. Aunque apareciera el mismísimo Gordon Ramsay con la carta de los postres, prefiero quedarme con las ganas que pelearme con Cole. Me explico, ¿verdad? No solemos discutir y menos como esas parejas que chillan tanto que no puedes evitar asomarte para ver qué pasa. No hemos entrado en la habitación, seguimos en el umbral de la puerta, y soy consciente de lo que parece, sobre todo viendo mi cara. Las distintas capas de corrector no pueden ocultar del todo el púrpura del cardenal.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta una mujer desde la puerta de su habitación mientras se ata el cinturón de la bata, y fulmina a Cole con una

mirada—. ¿Te está haciendo daño? Estoy a punto de decir que sí porque es verdad, me está haciendo daño, pero jamás lo acusaría de agredirme. Sé que preferiría la muerte antes que ponerme la mano encima.

Cole se da cuenta de lo que insinúa la señora y se pone pálido.

—No, está todo bien. Ayer por la noche se nos fue la mano con la bebida y la resaca siempre me pone de muy mal humor —respondo con una sonrisa, y me doy unas palmaditas en la espalda por ser capaz de poner buena cara.

La mujer no parece muy convencida, pero vuelve a entrar en su habitación.

Claramente no está de humor para meterse en peleas ajenas; no, estando de vacaciones.

—Entra —le digo a Cole apretando los dientes, y cierro de un portazo.

—Déjame que te lo explique.

—Pero ¿qué explicación pretendes que...? —Estoy tan enfadada que ni siquiera soy capaz de acabar una frase. Estoy temblando, literalmente—.

¡Creía que estabas muerto! Al menos tiene la decencia de mostrarse avergonzado.

—Lo siento, bizcochito, no sé en qué estaba pensando. Una amiga necesitaba mi ayuda y...

—Ahórratelo, ¿vale? Me da igual si Mel no era capaz de encontrar el peluche favorito de su hija. Podrías haber invertido un mísero segundo de tu tiempo en hacerme saber que estabas vivo.

—Lo siento.

Intenta acercarse, pero yo retrocedo. Estoy tan cabreada con él que, como se me ponga a tiro, igual se me escapa un tortazo y, sinceramente, preferiría que no pasara.

—Ahórratelo. No quiero saber nada más.

Cojo la maleta, que ya estaba preparada, y paso a su lado, pero no se rinde tan fácilmente. Me coge del brazo y me obliga a darme la vuelta. Se le nota en los ojos que está desesperado.

—Por favor, no te vayas, Tessie. Lo siento, la he cagado. Mel necesitaba mi ayuda y yo...

—Ahora mismo es que ni te reconozco. ¿Por qué nos estás haciendo esto? ¿Quién es ella? ¿Por qué es tan importante que, cada vez que te llama, lo dejas todo? ¿Por qué no podías llamarme ni una mísera vez? Cole no responde ninguna de mis preguntas, me sujeta la cara e intenta besarme. Y esta vez me hace daño, literalmente. Me escuece la piel, sensible aún por el

puñetazo, y aprieto los dientes para soportar el dolor.

—Me estás haciendo daño.

Se da cuenta de su error y aparta rápidamente las manos, momento que yo aprovecho para quitármelo de encima y marcharme.

—No vengas detrás de mí. Ahora mismo no puedo estar contigo —le espeto, porque sé que me está siguiendo.

—Por favor, solo quiero...

—Ahora mismo estoy tan cabreada contigo que sé que diría cosas que luego no podría retirar, así que, por favor, apártate de mí, al menos de momento.

Es el «por favor» el que le hace reaccionar porque, cuando me voy, no intenta detenerme.

Pues sí, parece que el fin de semana no ha ido como yo esperaba.

13

Creo que será mejor anular la prueba de ADN Nota mental: cuando alguien te pregunte cómo ha ido Acción de Gracias, no digas las palabras «creo que mi novio tiene una hija ilegítima».

Aquí hay un error técnico. Cole y yo no estamos casados, ni siquiera comprometidos. Bueno, un poco sí, supongo. La cuestión es que no hay nada que le obligue a serme legalmente fiel, por lo que, si tuviera un hijo con otra mujer, ese niño no sería considerado ilegítimo, ¿verdad? Genial, ahora resulta que ni siquiera puedo dramatizar mis problemas sin preocuparme por el contexto.

A mí lado, Leila se atraganta con sus gachas de quinoa. Yo remuevo el café con desgana y miro el móvil por millonésima vez. Por suerte, Cole ha dejado de bombardearme a mensajes y llamadas. Cualquiera otra chica estaría encantada de que su media naranja sea tan persistente y no se dé por vencido, pero yo solo me siento aliviada ahora que por fin parece que ha captado el mensaje.

Si me acerco a él, lo más probable es que explote y acabe diciendo algo que luego no pueda retirar. De pronto, recuerdo cómo me fui del hotel y vuelvo a sentir la rabia de estos últimos días. Ni siquiera se me ocurrió pasar por casa a recoger mis cosas, cargué en el coche la maleta que había llevado al hotel y me largué pitando. Travis y Beth me trajeron el resto del equipaje y mi hermano se ofreció a partirle las piernas a Cole, pero decidí rechazar el ofrecimiento porque, entre otras cosas, antes tienen que solucionar sus innecesarios problemas. Así pues, levanté la cabeza bien alta y me negué a hablar del tema con todo el mundo. Mis padres estaban preocupados, pero les aseguré que no tenía intención de retomar a la Tessa del instituto que se habría hecho trizas tras un desengaño amoroso de este calibre. Ahora soy una mujer hecha y derecha y, aunque a veces se pasa mal, sé que la vida no tiene un botón de pausa.

Por otro lado, ¿hay algo más reconfortante que compartir tus problemas con un desconocido? Leila y yo llevamos más de un mes trabajando juntas, pero somos solo eso, conocidas. Yo no sé prácticamente nada de ella, y ella se ha hecho una opinión extrañísima sobre mí a base de acosarme por internet. Justo el otro día me preguntó a la cara si había recurrido al bisturí

para deshacerme de la cantidad de kilos que me sobraban y si me importaba pasarle el número del cirujano porque ya no sabía qué hacer con la celulitis.

Primero, no sé cómo ha descubierto mis días de Tessa la Gordesa y segundo, ¿qué celulitis? El único exceso de grasa que conoce es el que se inyecta en los labios.

Pero volviendo al tema, parece que le interesa mi fin de semana de telenovela, por eso deja el desayuno a un lado y se inclina hacia mí.

—Huelo a drama.

Acabamos de salir de una reunión y estamos haciendo una pausa en la sala de descanso cuando, de pronto, no aguanto más y exploto. Puede que sea el café o quizá el hecho de no haber podido hablar con nadie desde que pasó, pero en cuanto empiezo a hablar ya no puedo parar, y ella me escucha sin interrumpirme ni una sola vez. Ahoga un par de exclamaciones de sorpresa aquí y allá, pero básicamente me deja explicarle todo el fin de semana sin detenerme.

—Y yo que creía que mi familia tenía problemas...

—¿Crees que Lainey podría ser hija suya? He hecho los cálculos y no cuadra. Para ser su padre tendría que haberla engendrado con cuántos, ¿diecisiete años?, y no creo que le diera tiempo a salir de la escuela militar y

tener un hijo, sobre todo teniendo en cuenta que sus padres lo dejaban encerrado en casa cada dos por tres.

—A ver, puede que te parezca una locura, pero creo que la niña no es suya.

Lo dice con todo el sarcasmo del mundo. Está claro que cualquiera que no tenga que soportar esta versión de Cole sacada de *La dimensión desconocida* pensará que estoy loca.

Pero ¿qué otra explicación lógica hay? —¿Quieres saber mi opinión? — Claro, si es que la tienes.

A veces los desconocidos también dan los mejores consejos. No te conocen o simplemente no les importas, por eso sus consejos siempre son los más prácticos. La familia y los amigos intentarán no herir tus sentimientos, pero a alguien que apenas te conozca le dará igual pisotearlos.

Ahora mismo Leila está pisoteando todo lo que se cruza en su camino.

—Tienes motivos para estar cabreada, eso es evidente. La única explicación que se me ocurre de por qué tu maravilloso novio se deshace de ti como si fueras una lata de cerveza barata para ir a jugar a las casitas con otra es que haya donado su semen para la niña, pero eso es demasiado retorcido hasta para mí. Esto es lo que realmente pienso.

Me inclino hacia ella como si las palabras que están a punto de salir por su boca merecieran ser grabadas en piedra para que las generaciones futuras puedan aprender de tanta sabiduría.

—Creo que está aburrido.

—¿Qué? Observo su perfil mientras ella se mira la manicura.

—Lleváis juntos ¿cuánto tiempo?, ¿seis años? —Casi.

—Y empezasteis a salir en el instituto, ¿no? Es tan típico que no me extraña que tengáis problemas.

—No entiendo por qué tener una relación sana y duradera tiene que ser sinónimo de problemas.

—Porque, Tessa —responde Leila resoplando—, la gente cambia. No quieres las mismas cosas cuando tienes veintidós años que cuando tienes dieciocho. Hace apenas un mes estabais pegados el uno al otro; es normal que las cosas hayan cambiado ahora que pasáis más tiempo separados.

¿Lo ves? Esa es la diferencia de la que te hablaba. Mis amigas jamás se atreverían a hablar de mi peor pesadilla en voz alta, pero Leila lo acaba de hacer y no tiene intención de detenerse.

—¿Crees que... que ya no me quiere? Me mira y pone los ojos en blanco.

—Claro que te quiere, pero el problema de los hombres es que siempre quieren lo que no pueden tener, ¿verdad? Tú siempre estás disponible y luego tiene a esa otra mujer, que es mayor y que está buena, que encima es madre soltera y le hace sentirse imprescindible. Cuando está con ella, puede ser su caballero de brillante armadura. *Voilà*, ahí lo tienes: de pronto ha descubierto algo totalmente distinto a lo que conocía hasta ahora.

La cabeza me da vueltas y me doy cuenta de que ahora mismo no me conviene estar cerca de Leila. Hasta ahora, había considerado la posibilidad de acabar haciendo el papel de madrastra, pero no de que Cole pudiera sentir algo por Mel.

O de que se hubiera desenamorado de mí.

La verdad, ni se me había pasado por la cabeza. Durante todo este tiempo, solo he pensado en nuestra relación, en las dinámicas que la rigen, y he dedicado muchas horas a analizar qué tipo de cosas utiliza Mel para chantajear a Cole y tenerlo siempre a su disposición. Puede que haya llegado la hora de dar un paso atrás y observarnos desde la distancia.

No.

Leila se equivoca y ese precisamente es el problema de ser una extraña: que no nos conoce a ninguno de los dos. Todo lo que ha dicho de nuestra relación está tan alejado de la verdad que casi se me escapa la risa por primera vez desde hace días. Pero, eh, me alegro de haber hablado con ella porque así, al menos, ya sé con qué cosas no debería especular.

Creo que será mejor anular la prueba de ADN.

A medida que avanza el día, me sorprende pensando en Cole y en cómo seguir avanzando a partir de ahora. Estoy furiosa con él, pero sé que si me explicara qué es eso que lo ata a Mel y a su hija, al menos podría intentar comprenderlo. Es un buen tío, uno de los mejores, y estoy segura de que cuando vio a una madre joven en apuros hizo todo lo que estaba en su mano para ayudarla. Lainey, por lo poco que sé de ella, parece una monada de niña.

Con lo buenazo que es, seguro que es incapaz de decirle que no. Pero lo que me sorprende es que se niegue a hablar de ellas. Cada vez que pienso que me ha dejado tirada todo el fin de semana para irse con otra me subo por las paredes. Por un lado me pide perdón y por el otro se niega a explicarme qué pasó el sábado por la noche. Por eso he decidido que, a menos que reconsidere sus prioridades, por mí puede irse con sus vecinas cuando se le antoje.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me pregunta Leila mientras nos ponemos

el abrigo.

Sorprendentemente, me ha escuchado cuando lo he necesitado y ha intentado aconsejarme, pero, la verdad, tampoco tengo mucho que decir. Yo estoy aquí, Cole ha vuelto a la universidad y entre los dos se ha abierto un abismo de remordimientos y palabras nunca dichas.

—No estoy segura, pero lo que sí sé es que necesito algo de tiempo para tranquilizarme.

Aprovecho para mirar el móvil mientras bajamos el ascensor. Tengo varios mensajes de mis amigas, que están preocupadas porque temen que me hunda en un pozo de desesperación del que luego no pueda salir, pero eso es tan 2012... Lo estoy pasando mal, es verdad, pero la vida sigue y a veces te cruzas con gente que no te esperabas, como Leila, por ejemplo.

—Haces bien. Que no se piense que te puede tratar como quiera y que tú se lo vas a aceptar todo. Mejor aún, dale celos y así verá que no es el único que tiene follamigos.

—Mel no es... No puedo con esa palabra, es tan ofensiva...

En cuanto pisamos la calle, escoltadas por el ruido de nuestros tacones, nos sorprende una ráfaga de viento helado.

—Además, no me gustan los jueguecitos. Hablaremos de esto como personas adultas y civilizadas en cuanto se me pasen las ganas de atravesar a Melissa con un colmillo de basilisco.

—Eso suena doloroso.

—Ah, es que lo es.

—Pero piensa que...

De repente, algo le llama la atención. Deja la frase a medias y de su boca sale un sonido que solo puede ser descrito como un ronroneo.

—Eh, ¿quién es ese? Sigo sus ojos y veo a un hombre apoyado contra la pared del edificio en el que están nuestras oficinas, pero no es un hombre cualquiera y el hecho de que Leila se esté derritiendo a mi lado no augura nada bueno para nuestra tregua recién estrenada.

¿Qué hace Jay merodeando por mi trabajo? ¿Desde cuándo se ha convertido en un merodeador? En cuanto nos ve, se dirige hacia nosotras. A juzgar por el traje, todavía immaculado, diría que acaba de salir de trabajar. Leila ha empezado a jadear y creo que el maletín de marca que cuelga de la mano de Jay tiene algo que ver.

—Ay, Dios mío, viene hacia aquí. Ay, Dios mío, ¿cómo estoy? Este vestido me hace barriga. Sabía que no debería haberme comido esa bolsa de

chips de col a mediodía.

Le doy una palmada en el brazo.

—Conserva la dignidad, mujer, que solo es Jay.

—¿Lo conoces? —susurra mientras él se acerca—. ¡Preséntamelo ahora mismo! Me coge del brazo con fuerza y sus uñas se hunden en mi piel.

—En cuanto me vuelva a circular la sangre por el brazo.

Leila aparta la mano, saca pecho y se ahueca el pelo justo cuando el pobre Jason Stone, que no sospecha nada, se detiene junto a nosotras. Después del fiasco de la semana pasada, creía que me buscaría antes, pero le honra que esta sea la primera vez que lo intenta y sí, la situación es tan incómoda como cabría esperar.

—Hola.

A mi lado, Leila vibra de la energía que desprende. Necesita clavar las zarpas cuanto antes en su próxima víctima.

—Qué curioso verte aquí. ¿Lo haces a menudo esto de esperar delante de donde trabaja la gente? Jay se encoge de hombros.

—Sabía que no me cogerías el teléfono ni me responderías a las llamadas, así que he pensado que podríamos comer algo, no sé, o compartir un Uber.

Cole se pondría histérico si supiera el acceso a mi vida que tiene Jay, si viera que puede hacer algo tan sencillo como esperarme a la salida del trabajo, llevarme a cenar y asegurarse de que no le dé demasiadas vueltas al coco. Ahora mismo, él está jugando a las familias en otro estado y yo estoy aquí con Jay.

—¿No nos presentas, Tessa? Es verdad. Leila ha aprovechado mi silencio al oír la invitación de Jay para meter baza.

—Esta es Leila, trabajamos juntas. Él es Jay, fuimos juntos al instituto. Es el hermanastro de mi novio.

Seguro que ha habido presentaciones más animadas en la historia de las relaciones humanas, pero cuando lo único que te apetece es irte a casa, ponerte el pijama y ver vídeos de gatos bailando en YouTube, hacer de celestina no es precisamente tu prioridad número uno. Además, no creo que a Jay le interese Leila. Le gustan más insípidas, más ingenuas, que solo quieran adorar el suelo que pisa. Leila se lo comería con patatas, pero, eh, si ella quiere intentarlo, ¿por qué no? —Encantada. —Leila le estrecha la mano con demasiada fuerza y veo que Jay abre los ojos como platos—. Entonces sois del mismo pueblecito, ¿no? Tessa justo me acaba de enseñar unas fotos. Es tan pintoresco... —comenta, y se ríe como si no hubiera dicho un millón de

veces que mi pueblo le parece una mierda.

—Encantado. Sí, crecimos juntos.

Ella arruga la nariz.

—Qué... adorable. ¿Y ahora vives aquí? Está esforzándose por controlar la situación y asegurarse de que su posible futuro marido no viva en un pueblo de paletos. He intentado explicarle varias veces que en mi pueblo viven algunas de las familias más ricas del país y ese es el único dato que ha sido capaz de retener. Además, Jay tiene tanta pinta de inversor que seguro que Leila está salivando.

Aun así, creo que empieza a caerme bien.

—Me mudé hace un par de semanas por trabajo. Es agradable estar cerca de los amigos —responde Jay mirándome fijamente, y me parece ver que Leila frunce el ceño.

—Seguro que lo sabes todo de mi amiga Tessa. Estas últimas semanas he podido conocerla mejor, pero apuesto a que tú te sabes todos los detalles escabrosos, ¿a que sí? Se ríe otra vez y a mí me duelen los oídos. ¿Tanto está dispuesta a rebajarse? ¿Le da igual mentir descaradamente y decir que somos amigas? Pongo los ojos en blanco. Jay esquiva la pregunta y ella intenta un par de estrategias más para entablar conversación, pero estamos en medio de la calle, rodeados por todas partes de gente que vuelve a casa o sale a tomar algo, según cómo haya ido el día, y no es el mejor momento para departir educadamente.

—No sé vosotros, pero a mí me apetece irme a casa y pedir una pizza grande.

Jay parece aliviado y Leila, enfadada.

—Bueno, ya os dejo que os vayáis, pero ¿qué te parece si te traes a Jay a la fiesta del próximo sábado? No sé a qué fiesta se refiere. Como no sea el festival de la autocompasión al que llevo yendo toda la semana...

—Sí, mujer, justo hoy te he mandado la invitación por correo electrónico.

Es una reunión más bien íntima, en mi casa. Deberías venir con Tessa.

Ladea la cabeza y enseguida me doy cuenta de que me está amenazando: o le sigo la corriente o se encarga de que mi vida sea más miserable de lo que ya es.

—Claro, la fiesta del sábado. Deberías venir.

Miro a Jay y él asiente. Pobrecillo, parece perdido en medio de esta algarabía de estrógenos. Pero ha dicho que sí, que irá a esta fiesta, y Leila ya está más tranquila, así que nos marchamos y la dejamos recitando su número

de teléfono para que Jay lo guarde en su móvil.

De camino al restaurante chino, empieza a reírse y yo doy por sentado que está teniendo un ataque de histeria, porque eso es lo que nos pasa a todos cuando conocemos a Leila por primera vez, pero en cuanto veo que no para no tengo más remedio que intervenir.

—Estás colocado.

—¿Qué? ¡No! —exclama mientras se seca las lágrimas de los ojos.

—Entonces ¿qué es tan divertido? Llegamos al restaurante y nos reciben los dueños, una pareja adorable que insiste en ponernos música romántica y velas en la mesa, a pesar de que Jay les ha dicho un montón de veces que no hace falta que lo hagan. Por lo visto, creen que tenemos una aventura y yo diría que la señora Xiang hasta se ha imaginado toda nuestra historia, lo cual explicaría por qué se emociona tanto cuando nos ve aparecer por la puerta. Hoy nos dan una mesa privada para dos para que, según ella, nadie nos moleste. Pedimos la comida y nos quedamos a solas.

—Todo esto es un poco raro, ¿verdad? —Muy raro —contesta Jay, con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada extraña en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en los dientes? —No —se ríe—, están perfectos. Es que... me parece increíble que hayas venido hasta Nueva York, después de cuatro años de universidad, para acabar...

—¿Qué? —Con otra Nicole.

—No entiendo a qué te refieres.

Y es verdad, no sé de qué me está hablando. Me mira, incrédulo, como si fuera evidente.

—¿En serio no lo ves? —Déjate de adivinanzas. ¿O es que cada vez que pisas un restaurante chino te conviertes mágicamente en una galletita de la fortuna? Me mira y resopla.

—Tu amiga Leila...

—No es mi amiga. Hay días que no creo ni que pertenezca a la raza humana. Normalmente me la imagino a medio camino entre un humanoide y una cobra devorahombres.

—Vale, pues tu compañera de trabajo. ¿Te das cuenta de que se parece muchísimo a la que fue tu mejor amiga y mi ex, la que no debe ser nombrada? —Nicole y yo hemos hecho las paces. El otro día le di un «me gusta» a su estado de Facebook, aunque básicamente venía a decir que está harta de sus cartucheras.

Le está bien empleado por burlarse del exceso de grasa que tanto esfuerzo

me costó acumular.

—En ese caso, deberías darte unas palmaditas en la espalda por haber sido capaz de encontrar a alguien tan parecida a ella.

Pienso en ello y admito que tiene razón. Leila y yo tenemos una relación extraña, bastante civilizada, aunque yo sé que ella me odia y, al mismo tiempo, es incapaz de dejarme en paz. Un poco como Nicole.

Vaya, resulta que al final Jay no es el único que tiene un prototipo de mujer.

—Iba loca por que le pidieras para salir, la prueba definitiva de que es como Nicole. ¿Por qué siempre acabamos yendo detrás del mismo tipo de chica tóxica e insípida, Jay? —le pregunto, y él se encoge de hombros.

—Mis días tóxicos e insípidos son cosa del pasado. Las chicas como Nicole o como Leila te corroen por dentro y, cuando te das cuenta, solo queda la mitad de la persona que eras.

—Ostras, qué duro.

Me mira y bebe un trago de la cerveza que le acaban de traer.

—Lo es.

Nos quedamos pensativos hasta que llega la comida. Jay me pregunta por Cole y se hace el silencio. Lo reconozco, no se lo estoy poniendo fácil. Cada vez que intenta hablar del fin de semana, cambio de tema. De momento, lo he convencido para que me acompañe a la fiesta de Leila el próximo sábado porque, como no aparezca con él, Leila no me lo perdona, y preferiría no pasarme los próximos meses sufriendo por si me ha echado veneno en el café.

Cuando traen la cuenta, Jay insiste en pagar y yo insisto en que se meta esa idea tan antigua donde le quepa. Al final, pagamos a medias y la señora Xiang parece desolada porque cree que estamos discutiendo. Antes de irnos, me da dos besos y me hace prometerle que le daré otra oportunidad a «este chico tan bueno». Yo le sigo la corriente y le digo que Jay me ha mentado, que se ha hecho muy amigo de una compañera del trabajo. Ella me coge de las manos y me susurra con esa voz tan dulce que tiene: —Si lo quieres, harás lo que haga falta para que lo vuestro funcione. El amor, cuando es sincero y honesto, no desaparece en cuanto las cosas se tuercen. Hay que cuidarlo, alimentarlo como si fuera un ser vivo. ¿Me entiendes, cariño? Me he quedado embobada. Su voz hipnótica ha llegado hasta una parte de mí que estaba bloqueada y, aunque no sabe nada de mí ni de mi historia, ¿recuerdas lo que dije antes? A veces, los desconocidos dan los mejores consejos.

Cuando llego a casa, hago unos cálculos y luego consulto la agenda.

Últimamente, Amy, mi jefa, está de muy buen humor, supongo que porque se alegra de que por fin haya salido el número de diciembre. La foto de portada es para la actriz del momento, que es una clara candidata para llevarse el Oscar el año que viene. Fue todo un logro conseguir que aceptara salir en portada y, en cuanto tuvimos el sí, nos dejamos la piel para que el número saliera adelante. Por eso, a pesar de que mi trabajo implica ir siempre un paso por delante en una industria, la de la belleza, que nunca se detiene, este mes la carga de trabajo ha sido mucho más llevadera y eso se nota.

Así pues, cuando le mando el correo electrónico a Amy, tengo bastantes esperanzas. Pueden pasar dos cosas: que esté de acuerdo y me diga que sí o que me despida. Al final, ha resultado ser mucho menos tirana de lo que me esperaba, pero reconozco que últimamente está un poco rara. Ha habido un montón de reuniones a puerta cerrada y tengo el presentimiento de que va a pasar algo gordo. Por mí, perfecto, siempre que no estén pensando en deshacerse de mí. Después de todo lo que ha pasado últimamente, sería la gota que colmara el vaso. Empiezo a darle vueltas al tema, a plantearme si debería echar un currículum en Starbucks mientras busco trabajo de lo mío en este mercado tan saturado, pero enseguida salgo de dudas porque Amy responde a mi correo y me da el visto bueno. Por lo visto, es consciente de mis miserias y lleva tiempo pensando en darme unos días libres para que solucione mis problemas. Genial, no me despide pero me considera patética.

Me dice expresamente que esté atenta al correo y que lleva tantos días viéndome contemplar el café con la mirada llorosa que estaba a punto de llevarme ella misma a su terapeuta e incluso de pagar la factura.

Me alegra saber que tengo una jefa tan detallista.

Ahora que tengo su bendición, me pongo en marcha de inmediato. Estoy decidida a no pensar demasiado en el futuro y en sus ramificaciones. Ahora mismo, tengo que actuar cuanto antes y eso es lo que hago. Con unos cuantos clics, concreto los detalles del viaje y cancelo la pizza de esta noche por una buena causa.

—Estás loca —me suelta Cami, pero, aunque sé que le encantaría, no puede hacerme nada a través del teléfono.

—No estoy nerviosa, pero si lo estuviera, ahora mismo me arrepentiría de haberte llamado —le espeto mientras paso por el control de seguridad del aeropuerto.

He comprado un billete para el primer vuelo que he encontrado, por eso

ahora mismo estoy caminando por el aeropuerto O'Hare a las tres de la madrugada. A mi alrededor, los afortunados que, como yo, viajan de noche, se aferran a sus tazas de café y agachan la cabeza sobre sus iPads.

He llamado a Cami porque sabía que estaría despierta estudiando, pero si hubiera sabido que iba a ser tan negativa, habría llamado a Megan.

—Ya sabes que me encantan los grandes gestos y que, en otras circunstancias, sería la primera en sacar los pompones para animarte, pero te recuerdo que el novio en cuestión se ha comportado como un imbécil. Lo siento, pero no estoy de acuerdo con esto.

El corazón me da un vuelco porque, es verdad, con la emoción del momento no se me ha ocurrido parar y considerar las opciones. Me he dejado llevar por las palabras de la dueña de mi restaurante chino favorito, que hace el mejor pollo Kung Pao de todo Nueva York. He repetido sus palabras una y otra vez mientras corría a reunirme con Cole, pero, ahora que estoy en su ciudad, me asaltan las dudas.

—Ay, no, qué he hecho —me lamento, y en vez de dirigirme hacia la salida, me desvíó hacia el Starbucks que hay dentro.

Quizá debería dar media vuelta y volver a Nueva York, así Cole nunca sabrá que he estado aquí. Será mejor que me espere a que él dé el primer paso y...

—Tranquila, Tessa, no te pongas nerviosa. Ya estás ahí, no te precipites.

¿Estás sentada? —Sí, en un Starbucks.

Contemplo las estanterías llenas de pastas recién hechas y decido que lo mínimo que puedo hacer por mí es llenarme los carrillos de cruasanes de almendra.

—Pídetes algo para comer mientras hablamos y nos organizamos. Está todo controlado.

Y así, en plena noche, mientras casi todo el país duerme, yo tengo línea directa con Cami, mi guía espiritual, que me lleva de la mano para que no tenga un ataque de pánico.

Al final, no voy directamente a casa de Cole, sino que me busco una habitación para los próximos tres días en el mejor hotel de la zona. Ya que estoy aquí, aprovecho para darme un caprichito, ¿no? Mañana no voy a trabajar. Amy ha sido muy comprensiva, me decía en su correo que me vendrá bien cogerme el día libre.

Y eso es exactamente lo que hago.

Llamo al servicio de habitaciones y preparo la bañera. Estoy agotada y a

estas horas tampoco es que pueda hacer mucho, así que decido echarme un rato. Ni siquiera pongo a cargar el móvil; confío en que no se acabe el mundo mientras duermo. Con la barriga llena y el pelo recién lavado, me pongo la bata de hotel más cómoda del mundo y me desplomo sobre la cama.

Ah, qué gustito.

Mañana toca enfrentarse al mundo; hoy toca descansar, aunque solo sea por la cantidad de noches que llevo yéndome a dormir entre lágrimas.

Mi primer día en Chicago empieza bien, con un servicio de habitaciones digno de una reina. Me pongo cómoda, veo un rato la televisión y reviso el correo. Ya no siento la urgencia de ayer, pero sí la determinación de ponerme manos a la obra. Me he vestido con ropa que me hace sentir bien, a saber, mis vaqueros ajustados más viejos, que sé que le encantan a Cole, y un jersey de pico gris que me sienta muy bien y hace maravillas con mis pechos. El tiempo exige que añada al conjunto un abrigo de lana y una bufanda, pero decido no sacrificar la carta del calzado y escojo unas botas mosqueteras de tacón ancho, poco prácticas y especialmente dolorosas. Me paso un buen rato maquillándome y arreglándome el pelo y, cuando me parece que estoy pasable, salgo a la calle para mi primer día de exploración.

Bueno, no estoy explorando exactamente, tengo una misión. El portero me ha pedido un taxi y, mientras le da la dirección, yo aprovecho para echarle un vistazo al móvil. Vaya, parece que alguien por fin se ha acordado de mí, pero antes de que pueda distraerme pensando en él, apago el móvil y me preparo para lo que estoy a punto de hacer.

No debería estar tan nerviosa, pero no puedo evitarlo. En el tiempo que llevo trabajando en *Venus*, he entrevistado a mucha gente famosa. El día antes de conocerlos, me paso la noche sin pegar ojo y sudando como una vaca en una carnicería. Son los mismos nervios que siento ahora, y eso que no tengo ningún motivo para estar así. Recuerdo la arenga de Cami de ayer por la noche e intento canalizar su fuerza. Cuando por fin llego a mi destino, he conseguido calmarme un poco. Le pago al taxista, respiro hondo y visualizo el objetivo.

«Concéntrate, Tessa, concéntrate.» Ahora que estoy más centrada, dejo que los tacones me guíen hacia la entrada y sonrío.

—Hola, soy amiga de Melissa Gilbert. ¿Podría llamarla y decirle que estoy aquí? Esto puede acabar de dos maneras: con una conversación franca y civilizada que me ayude a llegar al fondo de la cuestión o sin unos cuantos mechones de pelo por cualquiera de los dos bandos. Respiro hondo y me

acaricio la melena.

Exacto, espero que sea ella.

—Disculpe, señorita, ¿de parte de quién? —Ah, perdón. ¿Le importa decirle que soy la novia de Cole? Tessa O'Connell.

Las chicas del Valle retienen la col como los camellos el agua. Cuando repaso mi vida, y tampoco es que tenga que hacer mucha memoria, me doy cuenta de que nunca he sido muy fan de la violencia. ¿Que si soy dramática? Pues claro, me viene de familia. A mi abuela le encanta contarme la historia de cuando iba al instituto y el chico con el que iba a ir al baile de graduación le dio plantón en el último momento. Al día siguiente, mi abuela se presentó en su casa asegurando ser la madre de su hijo nonato. El espectáculo fue considerable, entre lágrimas, gritos y maldiciones, y al parecer funcionó porque nunca volvió a verlo. Mi abuela, que siempre ha sido lista como una comadreja, sabía exactamente lo que estaba haciendo; sabía que si se presentaba en casa de un pastor acusando a su hijo de no haber esperado hasta el matrimonio y de tener un hijo ilegítimo, alguien tomaría cartas en el asunto, y así fue.

Por eso creo que en mi familia siempre ha habido un gusto por lo dramático y que yo he heredado esa parte de la personalidad de mi abuela, que es lo que ha animado a buscar este cara a cara. ¿Tengo una estrategia? No. ¿Tengo la más mínima idea de qué decirle a la mujer que ha provocado todo tipo de problemas en la relación de seis años con mi novio? Tampoco.

Pero lo que sí sé es que las cosas no pueden seguir como hasta ahora. Cole me ha excluido de una parte de su vida y, en cierto sentido, esto no lo hago por él. No he cogido un avión y he venido a hablar con Mel en un intento a la desesperada por salvar nuestra relación. Lo hago por mí. Yo soy la que necesita respuestas y la que no quiere seguir viviendo en la ignorancia. Si Mel no quiere verme, encontraré otra forma de hablar con ella. Si estoy aquí es porque me niego a hacer el papel de la novia tonta de la que todo el mundo se ríe mientras su novio lleva una vida de la que ella no sabe nada.

Me preparo para argumentar, para convencer al portero de que me deje subir, pero entonces me percato de que, mientras yo estoy ensayando mi discurso, el hombre me ha dicho algo.

—Perdón, ¿qué? El portero me mira un tanto extrañado.

—Digo que puede subir. La señorita Gilbert me ha pedido que le recuerde el número de piso y la puerta. Por lo visto, no se ven muy a menudo.

—Ah, ¿sí? Estoy un poco descolocada. No esperaba que Mel cediera tan

fácilmente, creía que no querría verme, sobre todo si Cole le ha explicado lo sucedido.

Últimamente no suelta prenda de lo que pasa aquí y ese ha sido precisamente el detonante de nuestra discusión. Incluso cuando me llama para pedirme perdón o me manda un mensaje, no contesta ni una sola de mis preguntas y no sé por qué. No puedo evitar recordar lo que me dijo Leila sobre que Cole estaba aburrido y que quería estar con alguien que lo necesitara.

Como yo, hasta no hace mucho.

Te aseguro que lo sigo queriendo con toda mi alma, pero ya no siento la misma confianza ciega de cuando me enamoré de él. Entonces yo no sabía lo que era la autoestima y me odiaba con todas mis fuerzas. Dependía de él para sentirme bien conmigo misma, para verme bajo una luz distinta a la que conocía hasta entonces. Lo necesitaba, eso es evidente, porque era la única persona capaz de mantenerme en pie. Todo lo que me rodeaba, todas las relaciones que para mí eran importantes se estaban desmoronando y él apareció como un rayo de luz, desprendiendo una felicidad pura y absoluta.

Me enseñó a quererme y me hizo ver que podía ser mucho más que la chica de la familia disfuncional que antes estaba gorda. Porque, aunque cuando volvió yo ya había perdido peso, mi mente seguía atrapada en el cuerpo de la chica gorda y asustada que siempre había sido el blanco fácil de los abusos.

No me hace falta recordar las medidas drásticas que tomé para cambiar el número de la báscula, pero me da miedo pensar qué habría sido de mí si Cole no hubiera aparecido en mi vida. Antes de que volviera, yo había puesto todas mis esperanzas en Jay, pero cuando Cole volvió y me rescató, lo que sentía por su hermanastro lo canalicé hacia él.

Hay una cosa en la que los dos hermanos son como el día y la noche: Jay hace que las chicas sintamos que lo necesitamos, mientras que Cole nos empodera. A lo largo de los años, me ha ayudado a ser más fuerte hasta que ha llegado un punto en que quiero estar con él, obviamente, pero no dependo de su existencia. Nuestros padres nunca han tenido que preocuparse por que nuestra relación se volviera tóxica o demasiado dependiente, porque Cole no es como esos chicos que necesitan sentir que las chicas los adoran para creerse algo. Siempre ha estado a mi lado cuando lo he necesitado, me ha apoyado incondicionalmente y me ha animado a no tener miedo, a creer en mí y a quererme por lo que soy.

Así que, Leila, Cole no es el tipo de chico al que le gusta hacerse el héroe o el salvador. Aquí está pasando algo y necesito llegar al fondo de la cuestión.

Estoy un poco aturdida. Cojo el ascensor hasta el piso de Melissa. Es un milagro que aún me acuerde del número de su puerta. Mientras avanzo por el pasillo, gris y poco iluminado, oigo todo tipo de ruidos: desde alguien que escucha a J-Lo hasta unos niños que lloran, unos adultos que discuten o una pareja en plena faena. Me pregunto, y no es la primera vez, por qué para él era tan importante vivir aquí cuando podía permitirse perfectamente un apartamento mucho mejor. Por aquel entonces, cuando decidió vivir en este edificio un tanto decrepito, me dijo que era para ahorrar, que la universidad era muy cara; pero ahora ya no tiene que preocuparse por la matrícula, porque su difunto abuelo le dejó un dinero y hace poco la abu Stone lo puso a su nombre para ayudarlo a cubrir la beca que perdió cuando dejó el equipo de fútbol americano. También le ha servido para pagarse buena parte de la matrícula de Derecho, así que ya no tiene sentido que siga viviendo en un sitio en el que, entre otras cosas, no puede estudiar ni un minuto. Siempre me he preguntado qué hace aquí y si la persona con la que he venido a hablar tiene algo que ver, porque si es así, tenemos un problema muy gordo.

Avanzo con pasos cortos e inseguros. Ahora que estoy aquí, la parte de mí que no se parece en nada a mi abuela se hace más evidente que nunca. Odio el conflicto, odio conocer a gente nueva y odio tener problemas con gente a la que acabo de conocer. Lo poco que sé de Melissa no me ayuda a prepararme para lo que me espera. Estoy nerviosa, me sudan las manos, pero estoy decidida a no dejar que algo tan ridículo se interponga entre Cole y yo, y eso me anima a seguir avanzando hasta que estoy delante de la puerta.

Casi no me da tiempo a rozarla con los nudillos; se abre y estoy a punto de perder el equilibrio. Es como si estuviera esperándome y supiera en qué momento exacto iba a llamar. La puerta se abre del todo y aparece la persona para la que tengo tantas preguntas, la chica que habría enviado a la antigua Tessa de vuelta a su habitación a llorar. Melissa es el tipo de mujer capaz de alimentar las inseguridades de cualquiera. Es pequeña y delicada, pero tiene un cuerpo perfecto y un montón de curvas, que el jersey vestido que lleva no hace más que acentuar. Por si fuera poco, apenas lleva maquillaje, al menos comparada conmigo. Es como si llevara la cara lavada y yo fuera de mujer fatal. De pronto, me siento torpe y desgarrada, como si a su lado fuese una niña, a pesar del sujetador con relleno que llevo.

—Tessa. —Mierda, si hasta tiene una de esas voces graves y sensuales con las que los hombres fantasean—. Sabía que vendrías.

Echo una mirada hacia el interior desde mi posición y lo que veo es una copia del apartamento de Cole pero con muchos más juguetes por el suelo.

Busco a la hija; la verdad, preferiría no tener que hacer esto delante de una niña de cinco años.

—Lainey está en casa de mi madre, por si es lo que estás mirando. Justo ahora iba a buscarla.

—Vaya, ¿he venido en mal momento? ¿Quieres que vuelva más tarde? Es como si supiera a qué he venido y lo temiera tanto como yo; aunque hay algo en su postura, como si estuviera a la defensiva, lista para plantarme cara si digo lo que no debo.

Vale, últimamente he estado trabajando el tren superior, pero no sé si sería capaz de mantener a raya a este duendecillo. Debería hacerle más caso a Leila y sus charlas sobre el krav magá.

—No.

Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y, madre mía, hasta ese movimiento tan insignificante lo hace con la gracia de una mariposa. Es de esas mujeres que sacan el instinto protector que tienen todos los hombres, el vestigio del hombre de las cavernas. Por primera vez, siento un destello de envidia en mi interior. No nos parecemos en absoluto. Yo soy torpe y desgarbada, sin gracia ni delicadeza. Aún llevo conmigo los restos de mis días de sobrepeso, lo cual significa que jadeo, resoplo y pataleo. Soy, en definitiva, la veinteañera menos femenina que puedas imaginarte. Quizá ella juega precisamente con eso, con el hecho de que, cuando la ves, te imaginas envolviéndola en papel de burbuja y metiéndotela en el bolsillo.

—¿Puedo entrar? Ya sé que esto es un poco repentino y que no me esperabas, pero...

Dios, esto es tan difícil que me siento incómoda por las dos.

—Claro, adelante. —Se aparta a un lado y me deja entrar—. Pero sí que te esperaba, quizá no tan pronto, aunque sabía que querías hablar conmigo.

Dicen que puedes saber muchas cosas de alguien viendo su casa y, mientras Melissa habla, yo me quedo callada y empiezo a recopilar información. Lo primero que deduzco es que para ella esto es algo temporal.

No parece un hogar, un piso en el que viva gente. Las paredes están desnudas, sin cuadros ni fotografías, lo cual es extraño teniendo en cuenta que aquí vive una niña pequeña. La moqueta, que ha visto días mejores, es de

color beis y tiene manchas con más años que yo. Los pocos muebles que hay están viejos y son meramente funcionales. Hay unas cuantas sillas esparcidas alrededor del televisor, que está sobre una caja de madera; supongo que eso es la sala de estar. El apartamento es un estudio, así que la cocina comparte espacio con esa sala de estar. La encimera está plagada de cajas de comida para llevar y cartas sin abrir. El dormitorio y el lavabo, como los de Cole, están separados por una pared que va desde la puerta hasta casi la mitad del apartamento, lo cual reduce aún más el espacio. La única nota de color entre tanto gris es una pequeña zona de la sala de estar donde Lainey seguramente juega y hace los deberes. Hay una mesa y una silla a juego de color rosa y lila; es la única evidencia, además de los juguetes por el suelo, de que allí vive una niña pequeña. Melissa sigue la dirección de mi mirada y se revuelve, visiblemente incómoda. No la estoy juzgando, Dios me libre. Soy consciente de que, si no fuera por mi padre, yo estaría viviendo en un agujero mucho peor que este. Solo intento hacerme una idea de quién es ella y, a juzgar por lo que veo, o es muy infeliz o no le va el diseño de interiores.

—¿Quieres algo para beber? —No, no, gracias. Por favor, siéntate. Ya he abusado suficiente de tu hospitalidad.

Señalo hacia la pareja de sillones y no hacia el sofá; me he presentado en casa de esta mujer sin avisar y, sinceramente, creo que instalarme en el sofá ya sería un abuso. Y no..., no he venido a competir ni a pelearme con ella porque, en primer lugar, no sabría cómo hacerlo y, en segundo lugar, cuanto más tiempo paso con Melissa, más entiendo por qué Cole se comporta como lo hace cuando está con ella.

—Vale, vale.

Se limpia las manos en el vestido como si las tuviera tan sudadas como yo.

Me pregunto por qué parece tan preocupada. Si no ha hecho nada malo, no debería estar tan nerviosa.

—Te estarás preguntando qué hago aquí.

—Cole... vino el otro día a casa y se le notaba que estaba muy enfadado.

Enseguida supe que tenía que ver con el fin de semana de Acción de Gracias.

No sé qué ocurrió exactamente porque no me lo ha explicado, pero sí, creo que sé por qué has venido.

Me molesta que hable de Cole como si esta fuera su casa, como si compartiera algo con él. Quizá no lo dice en ese sentido, pero yo no puedo

evitar sentir que sobro. Y sabe que se cargó los planes que teníamos; porque sabía que teníamos planes, si no, no se sentiría tan culpable, pero eso no le impidió llamar a Cole para pedirle ayuda. Me pregunto qué papel desempeña mi novio en su vida y si, quizá sin saberlo, ha provocado que madre e hija dependan de él.

—Bueno, nada salió según los planes. De hecho, tuvimos una bronca monumental y no hemos vuelto a hablar desde entonces.

Melissa me mira sorprendida y su piel pierde un poco de color.

—Me lo imaginaba —me dice, pero sin disculparse.

—Entiendo que hubo algún tipo de emergencia y que solo él podía ayudarte, pero lo que no acabo de comprender es por qué tiene que ser un secreto. Nos peleamos y, desde entonces, se niega en banda a hablar de aquel día, y así no vamos a ninguna parte. Siempre me lo cuenta todo, por eso no entiendo por qué esta vez es diferente, a menos que tenga que ver contigo.

Quería probar con una estrategia más sutil, no acusarla directamente, pero cuanto más hablo, más furiosa me pongo. Podría haber intentado ser más diplomática, pero la paciencia no es la mayor de mis virtudes. Por eso, cuando oigo un sollozo que viene de su zona, tengo que hacer un esfuerzo considerable para no poner los ojos en blanco. ¿Está llorando? ¿En serio la he hecho llorar? Nunca pensé que sería capaz, al menos no a propósito.

De momento, no va lo que se dice especialmente bien, ¿verdad? —¿Estás llorando? Se me nota que estoy horrorizada. Cuando Melissa levanta la mirada, veo que tiene los ojos hinchados y las mejillas rojas. Se limpia la cara con la mano y, de repente, me veo en la extraña situación de no saber si debería ofrecerle un pañuelo o salir corriendo cuanto antes de allí.

—Lo siento, no quería montarte un numerito. Qué vergüenza. —Y que lo digas—. Es que... —Coge aire y se le escapa lo que parece ser un sollozo. Yo miro a mi alrededor y me pregunto cuál es la salida más rápida sin tropezar con ningún Lego ni ninguna Barbie—. Cole se ha portado genial con Lainey y conmigo; tengo suerte de tenerlo, pero lo último que quiero es que tengáis problemas por mi culpa.

Muy bien, me alegro de que lo «tenga», pero ¿alguien quiere hacer el favor de decirme por qué está a punto de inundar la habitación de lágrimas? —Debes de creer que estoy loca —continúa, a medio camino entre la risa y el llanto.

Bueno, si tú lo dices...

—No, no lo creo, pero es que no entiendo nada.

—Lo entiendo y es culpa mía. Le hice prometer a Cole que no hablaría con nadie de... de mi vida y de lo que me está pasando. No sabía que acabaría involucrándolo en mis historias, pero no sé cómo pasó.

Vaya, eso no suena para nada peligroso. Madre mía, Cole, ¿se puede saber en qué te has metido? —Lo siento, pero no tengo ni idea de lo que está pasando aquí. ¿Qué tiene que ver mi novio en todo esto? ¿Qué está pasando? Melissa coge aire y yo casi me preparo como si el golpe fuera a ser físico.

Me estoy asando de calor; ojalá se me hubiera ocurrido quitarme el abrigo y la bufanda. Puedo hacerlo ahora, así que me tapo con él y me escondo de esta mujer que ha salido de la nada y, de repente, está por todas partes.

—Quiero que sepas que yo no quería que pasara.

Esto cada vez va a peor. Creo que estoy a punto de tener un infarto. En las mujeres es un proceso más lento, ¿verdad? Quizá si salgo pitando de aquí, me ahorro acabar muerta en el suelo.

—¿Te importaría ir al grano? Me sale una voz estridente, al borde de la histeria, y de pronto retrocedo a aquella noche, hace ya tantos años, en la que Cole me rompió el corazón por primera vez. Llevo desde entonces intentando no revivirlo, y por ahora lo he conseguido, pero es curioso que una sola frase pueda devolverte a ese lugar que llevas tanto tiempo evitando.

—Creo que lo mejor es que sepas toda la historia.

Se levanta de la butaca y empieza a caminar de un lado para otro, como si intentara abrir un agujero en la moqueta. Está temblando; me pregunto si se ha tomado algo. La he notado muy nerviosa en todo momento, incapaz de controlar sus emociones. Cuando me ha visto por primera vez, he detectado un destello de ira en sus ojos que rápidamente se ha convertido en miedo y luego en tristeza. Al final me voy a hacer una contractura con tantas emociones. De pronto, me doy cuenta de que no sé casi nada de esta mujer más allá de lo evidente, a saber, que su vida parece un poco caótica. No sé si he hecho bien presentándome aquí sin decirle a nadie dónde estoy. Encima he venido en el momento justo, cuando sé que Cole está trabajando.

Mierda. Me he cavado mi propia tumba, ¿verdad? Si grito a pleno pulmón, puede que me oiga alguien. Me quito el abrigo, me lo pongo encima de las rodillas y escondo el móvil debajo. Así al menos podré llamar a la policía cuando me saque el cuchillo.

—Me mudé a este piso un par de semanas después que Cole. —Eso explica por qué no la vi cuando vine a ayudar con la mudanza—. Antes de eso, Lainey y yo vivíamos con mi madre porque nos habían echado del piso

anterior. —Señala hacia la montaña de facturas que hay sobre la encimera de la cocina—. La cosa sigue más o menos igual, pero en cuanto tuve el dinero para la fianza, no lo dudé ni un segundo. Lainey necesita vivir en un sitio mejor que un parque de caravanas, rodeada de imbéciles. —Su voz me transmite un dolor tan desgarrador que me estremezco—. Así que nos mudamos los tres: Lainey, su padre y yo.

Vaya, eso no me lo esperaba. La última vez que estuve aquí, no vi a ningún hombre, así que supuse que vivían solas. También tenía más lógica, dado que explicaba por qué Cole sentía la necesidad de ayudarlas. Ahora que sé que hay un padre y una pareja de por medio, la cosa se complica.

—Mi novio, eh...

De repente, le tiembla la voz y una sombra se cierne sobre su rostro.

Debería decirle que lo deje, que no hace falta que me explique nada más, que me imagino lo que viene a continuación, pero es como un tren descarrilando y no puedo parar de mirar.

—El padre de Lainey y yo tuvimos una discusión muy fuerte y Cole se metió por medio. Él...

No me paro a pensar en las palabras que están a punto de salir por mi boca, simplemente las digo.

—¿Dónde está? Exacto, pregunta equivocada. Melissa empieza a llorar otra vez y, cuando me doy cuenta, me he levantado de la butaca y tengo los brazos alrededor de sus hombros. En serio, no sé cómo lo hago, pero siempre acabo metiéndome en estos bretes. No sé cómo consolar a una mujer al borde de un ataque de histeria, sobre todo a esta, que parece que vaya a romperse en cualquier momento bajo el peso de mis brazos. Está llorando a moco tendido y yo no puedo parar de pensar en la forma más rápida y menos cruel de largarme de aquí.

Pero, claro, la vida no siempre es justa y no me da tiempo a marcharme, entre otras cosas porque sin más ni más se abre la puerta y me digo para mis adentros que ya está, que hoy es el día en que la palmo en medio de la nada, en este apartamento de mierda, sin que nadie sepa qué pasó realmente.

Por otro lado, como ya he dicho antes, a veces tiendo a ser un poco dramática y parece que esta es una de esas veces. Lo creas o no, el hombre que aparece tras la puerta no es un asesino en serie, sino alguien mucho peor.

Es Cole Stone y está muy pero que muy enfadado.

Oh, oh.

Se mueve por el apartamento con la seguridad de quien ya ha estado antes

y se lo conoce al dedillo. Es curioso porque justo la semana pasada estaba enfadadísimo y tenía celos de Jay precisamente por comportarse igual que él pero en mi piso. Es de una hipocresía brutal, pero ahora no es el momento de decirlo. El doctor Cole está trabajando para que Melissa se recupere del ataque de nervios que presuntamente le he provocado yo. Ahora mismo soy como la niña traviesa de la clase, enfurruñada y relegada a un rincón mientras él le prepara un té y la tapa con una manta. Ni siquiera me mira, pero puedo sentir la ira que emana de su cuerpo. Creo que nunca lo había visto tan enfadado conmigo y eso me cabrea aún más, hasta el punto de que nos fulminamos mutuamente con la mirada, él abriendo armarios y dando portazos y yo clavándome las uñas en la palma de la mano, sorprendida de que no me salga sangre.

Esto cada vez es más ridículo y yo empiezo a sentirme atrapada. Cole puede seguir cuidando de Melissa si quiere y seguir ignorándome, pero yo no estoy obligada a aguantarlo, así que recojo mis cosas y me pongo el abrigo.

Solo entonces me dirige la palabra por primera vez.

—¿Dónde crees que vas? Está furioso, conteniendo la ira a base de autocontrol, pero lo conozco bien y sé que basta con un pequeño empujoncito para que explote.

Prefiero no estar presente.

—Necesito que me dé el aire.

La ventilación es horrible. No hay término medio: o te congelas o te ahogas en tu propio sudor.

—Deja que me ocupe de Mel y luego...

—Tómate tu tiempo. Le voy a dejar mi dirección al portero. Cuando acabes, ven a verme si quieres.

Da un paso adelante y se pasa la mano por el pelo. Estoy furiosa con él, pero eso no quiere decir que no me percate de lo cansado que está. La necesidad de cuidarlo, de asegurarme de que está bien, es instintiva. Tengo las palabras en la punta de la lengua, quiero saber si algo va mal, si se ha metido en un lío, pero él me trata como si esto fuera culpa mía, como si yo estuviera equivocada, y a mí me dan ganas de meterme el puño en la boca porque, la verdad, ahora mismo no se merece que me preocupe por él. No lo reconozco, no sé quién es ni qué le pasa. Lo he visto acompañar a Melissa a la cama, arroparla y asegurarse de que está bien. Lo he visto preocuparse por la niña y hablar con una amiga de la familia para que la cuide hasta que él pueda ir a recogerla. Es como si esto fuera su vida, como si esta fuese su

gente, no yo.

—Tessa, espera. Dame... dame cinco minutos y hablamos.

Me gustaría poder gritarle que no tiene sentido que hablemos si no va a ser claro conmigo. Además, teniendo en cuenta la que he liado, es mejor que me elimine de la ecuación. No creo que olvide fácilmente la imagen de Melissa derrumbándose en el suelo entre sollozos. Qué rabia, yo que siempre evito pisar a las mariquitas; imagínate si me afecta hacer daño a otros seres vivos.

Por eso me siento tan mal, porque esto seguramente es culpa mía.

—Tú ocúpate de lo que haga falta, ya vendrás a verme cuando puedas.

Y me marchó de allí corriendo y aguantándome las lágrimas porque cuando miro a Cole siento que estoy mirando a un desconocido.

Tengo frío, mucho frío, y no tiene nada que ver con el tiempo. Creo que estoy en shock y un poco mareada porque el conductor del Uber que me lleva de vuelta al hotel me pregunta un par de veces si estoy bien. Respondo que sí con la cabeza, o eso creo, pero el hombre no parece muy convencido. El frío me ha calado hasta los huesos, así que en cuanto llego a la habitación me preparo un baño caliente e intento tranquilizarme. Es imposible no pensar en los acontecimientos del día o en el hecho de que, cuando empezó la semana, no tenía ni la menor idea de que terminaría así. En algún momento de mi vida, no sé cuándo, me convertí en una planificadora. Necesito que mi vida sea organizada para poder saber cómo irá el día. Siempre presto mucha atención al detalle y odio que las cosas se sucedan sin un orden específico, así que no es difícil adivinar que esta es mi peor pesadilla.

¿Y ahora qué, Tessa? Me acurruco en la bañera, dejo que se me arrugue la piel y no salgo hasta que estoy segura de que mis huesos se han convertido en gelatina. Me pongo el albornoz y, aunque tengo el estómago un poco revuelto, llamo al servicio de habitaciones y me pongo un capítulo de *Friends* en Netflix. Normalidad, eso es exactamente lo que necesito, justo antes de hacer las maletas y coger el primer vuelo y largarme de aquí cuanto antes.

Miro el móvil y me encuentro varias llamadas y mensajes de Cami, Travis y Beth. Por lo visto, Beth ha ido a verme y, cuando le han dicho que no estaba en la ciudad, le ha parecido raro y está preocupada porque servidora tiene un historial de actuaciones bajo los efectos del desamor que no es especialmente favorecedor. Decido llamarlos más tarde porque hay algo que me ha llamado la atención, y no son los mensajes de voz ni las llamadas perdidas. Abro el correo electrónico, leo un mensaje rápidamente y lo vuelvo

a leer varias veces para estar segura de que no veo visiones. Le mando un mensaje a Leila para que me lo confirme y, cuando me doy cuenta, el corazón y la cabeza me van a mil por hora. Tengo que contenerme físicamente para no responder porque ¿qué lección hemos aprendido hoy, niños? ¡La espontaneidad es mala! Me pregunto si el destino existe o si tengo el mejor ángel de la guarda de la historia, y es que este mensaje es exactamente lo que necesitaba ahora.

Estoy tan metida en la conversación con Leila que casi no oigo que han llamado a la puerta. Seguro que es el servicio de habitaciones, y me alegro porque de repente vuelvo a tener apetito. No me ha dado tiempo a ponerme el pijama, así que me ajusto el albornoz y abro la puerta.

No es el servicio de habitaciones, es Cole, y está furioso. Tendré que aguantarme el hambre un rato más, pero ¿sabes qué? Que a Cole no le favorece tenerme en este estado.

Entra en la habitación como un vendaval y yo cierro la puerta porque no creo que a los huéspedes vecinos les apetezca oír gritos a estas horas. ¿Que si habrá gritos? No lo dudes.

—¿Qué... qué hacías en casa de Mel? ¿Se puede saber en qué estabas pensando? Está gritando, cómo no.

—Baja la voz, Cole. No quiero montar un escándalo —le susurro.

Me mira como si no diera crédito a lo que acaba de oír.

—Ah, ¿ahora no quieres montar un escándalo? Porque, ¿sabes?, esta tarde he salido antes del trabajo y el portero me ha dicho que mi novia estaba en la ciudad. Y yo me he alegrado y he pensado que por fin podríamos hablar y solucionar el malentendido, pero entonces te he encontrado abrazada a mi vecina, que justamente estaba teniendo un ataque de nervios. Eso es un escándalo, bizcochito.

Estoy aturdida y sorprendida por la intensidad de su enfado, que no hace más que empeorar el mío. Me acerco a él y le clavo un dedo en los pectorales, duros como una piedra.

—¿El malentendido? ¿Llamas malentendido a dejarme tirada durante tres días, los primeros que teníamos libres desde hacía siglos, para irte a jugar a las casitas? ¿A eso te dedicas ahora, Stone? ¿Es lo que te hace feliz? ¿Arrejuntarte con tu querida Mel y cuidar de su hija? Porque, estúpida de mí, creía que estabas tan ocupado con las clases que no tenías tiempo ni de respirar, y ya no digamos para levantar una familia.

Con cada palabra que digo, le empujo el hombro y lo obligo a retroceder.

Me da igual que nos oigan, cómo se atreve a acusarme. Todo este drama tan absurdo e innecesario es por culpa suya.

—Por cierto, ¿cómo le va a tu querida Mel? ¿Está bien? ¿La has acompañado a la cama y le has dicho que todo saldrá bien? ¿Le has enjugado las lágrimas y le has dado las buenas noches? Lo digo con ironía, pero en el fondo estoy enumerando mis peores miedos.

—No es... No estamos... No me puedo creer que pienses así.

Yo me río.

—Tiene gracia. ¿Qué se supone que debo pensar? ¿Por qué de repente te preocupas tanto por una mujer a la que no habías visto en tu vida? ¿Por qué, cuando se trata de ella, actúas de una forma tan distinta que a veces ni te reconozco? Porque es que te miro y no tengo ni idea de quién eres.

Se me rompe la voz y caigo en la cuenta de que tengo las mejillas cubiertas de lágrimas. No quiero llorar delante de él, no quiero parecer débil. Solo quiero que sea sincero conmigo, pero ¿qué espero que me cuente si me ve comportarme de esta forma tan patética? Le doy la espalda, respiro hondo, intento tranquilizarme y me preparo para volver a intentarlo, pero cuando me doy la vuelta, Cole está justo delante de mí, a un centímetro de mi cara.

—Me rompes el corazón, Tessie.

No me deja pensar, no me deja reaccionar; cuando soy consciente, tengo sus labios sobre los míos y su lengua abriéndome la boca. Me estrecha entre sus brazos, me atrae contra su pecho y elimina el poco espacio que queda entre los dos. Esto siempre se nos ha dado bien, sin esfuerzo, casi de manera espontánea. Mis brazos le rodean el cuello, me muevo sin tener que pensar.

Mi boca se abre a la suya. Se le escapa un gemido y desliza las manos por mi cuerpo para cogerme por el culo. Tiene unas manos mágicas, capaces de hacerme olvidar que estoy enfadada con él. Lo dejo que bese, que me deje sin sentido, porque lo he echado tanto de menos que, cuando nos desplomamos sobre la cama, ni siquiera me doy cuenta. No deja de besarme ni un segundo, ni siquiera cuando sus manos tiran de mi albornoz y las mías se deslizan debajo de su camiseta. Tiene la piel tan fría que me provoca un escalofrío.

Entonces me doy cuenta de que no ha traído abrigo, solo una fina camiseta.

Le vendrá bien el calorcito.

Una voz me dice que esto no es buena idea, que las distracciones no nos van a ayudar a solucionar los problemas. Le digo a la voz que haga el favor de cerrar el pico, que Cole está bajando lentamente, cubriéndome el cuello de

besos. Ahora mismo, podrían decirme que Zayn ha vuelto a One Direction y me daría absolutamente igual.

Madre mía, qué bien lo hace.

—Te he echado de menos —susurra contra mi piel.

Le tiro de la camiseta, intento arrancársela. Cuando se percata, levanta los brazos y se la quita por la cabeza, y de paso me enseña esos abdominales tan increíbles que tiene.

—Lo mismo digo.

Me ha dejado un hombro al descubierto y su lengua me acaricia la piel como si estuviera saboreando algo delicioso, pero yo prefiero sentir sus labios sobre los míos, así que tiro de él hacia arriba. Y es entonces, justo cuando la cosa empieza a avanzar, cuando él se desabrocha los vaqueros y a mí ya casi no me queda albornoz, cuando llaman a la puerta.

Es el servicio de habitaciones. Nunca en toda mi vida había deseado tanto ser otra persona, a poder ser del soleado estado de California, y es que las chicas del Valle retienen la col como los camellos el agua. Pero, ay, esta vez mi estómago me ha delatado. Y quizá es mejor así.

Nos separamos en cuanto oímos los golpes y es como estar empapado de agua fría. Lo aparto de mí y me recoloco el albornoz, evitando en todo momento mirarlo directamente. Me arden las mejillas, seguro que me he puesto roja. Si le sumamos los restos del cardenal, la visión debe de ser espectacular. Por suerte, el camarero no dice nada, ni siquiera cuando le cojo la bandeja de las manos y estoy a punto de tirarla al suelo. Lo último que necesito es que vea a Cole, que sigue dentro de la habitación medio desnudo.

—Tessie.

Cole me coge del brazo e intenta que me dé la vuelta y lo mire porque me he quedado petrificada detrás de la puerta. Apoyo la cabeza contra la madera y respiro profundamente.

—Dime la verdad, por favor, sea lo que sea.

Se queda callado durante al menos un minuto, el más largo de mi vida, y luego responde con un hilo de voz tan débil que casi no lo oigo.

—Vale.

Soy tan sutil como la portada de una novela de *highlanders* —Su novio es un puto maltratador. La primera vez que la vi, tenía el labio roto y casi no podía caminar de la paliza que le había dado.

Era lo que suponía, pero no sé por qué, quizá por el silencio que reina en la habitación, la realidad me golpea con más fuerza de la que esperaba. Un escalofrío me recorre el cuerpo justo antes de que Cole prosiga.

—Aquel día le pregunté si estaba bien y me dijo que había tenido un accidente sin importancia, pero la niña estaba tan asustada... En cuanto vi al tío, supe que algo no iba bien. No soportaba verla hablar conmigo, pero en vez de mandarme a la mierda a mí, se lo hacía pagar a ella. Las marcas de los abusos eran tan evidentes, pero nadie en todo el edificio intentó ayudarla o llamó a la policía. Cada pocos días aparecía con un moratón nuevo. Empezó a disimularlos con la ropa y el maquillaje, pero lo que no podía ocultar era la reacción de Lainey. La niña le tenía tanto miedo a su padre que, cada vez que lo veía, la oía gritar y llorar desde mi apartamento. Un día le vi una marca en la cara y fue cuando exploté.

Me tapo la boca con las manos. Me imagino lo que tiene que haber vivido esa niña y se me revuelve el estómago. Soy consciente de la suerte que he tenido: mis padres nunca han sido violentos, ni siquiera en su peor momento.

No lo entiendo, no sé por qué hay gente tan fea por dentro que es capaz de abusar de los más débiles. De pronto, todo empieza a cobrar sentido. Ya sé por qué Cole actuaba así, pero sigo teniendo muchas preguntas.

Estamos sentados en la cama con las piernas cruzadas, uno frente al otro.

Me coge las manos y me besa los nudillos antes de seguir.

—Me enfrenté a él porque no podía vivir sabiendo que volvería a pasar, sobre todo a Lainey.

—¿Qué hiciste? —pregunto.

—Intenté hablar con él, pero los tíos que son así...

Aprieta la mandíbula y su mirada se oscurece. No es habitual ver esta cantidad de odio en sus ojos. Me acuerdo de un incidente que tuve en el instituto con un cerdo llamado Hank. Aquel día también se dejó llevar por la ira y lo que ocurrió no fue muy agradable de ver.

—No me digas que le pegaste —comento, y siento que se me acelera la

respiración.

—Tuve que hacerlo. —Me mira y en sus ojos hay una súplica—. No podía permitir que siguiera pegando a su mujer. Todo el mundo sabía lo que pasaba, oían los gritos y los lloros, pero nadie se atrevía a hacer algo al respecto.

—¿Eres consciente de que la beca, todo aquello por lo que tanto has trabajado, podría haberse ido al garete en el momento en que le pusiste un dedo encima a ese tío? Cole, ¿cómo pudiste ser tan tonto? ¿Por qué no llamaste a la policía? —Al final, lo hice —responde, y agacha la cabeza como si estuviera recordando algo horrible—. Le había dicho que no volviera a aparecer por allí nunca más. Hablé con un amigo de mi padre que es jefe adjunto de la policía y le pedí consejo sobre qué hacer para deshacerse de él, porque Mel no quería denunciar. Me dijo que sobre todo no me peleara con él porque presentaría cargos, pero tuvimos nuestros más y nuestros menos. Nunca dejé que se me escapara de las manos, pero él sabía que lo estaba vigilando y se lo hacía pagar a Mel. Cuanto más me metía, más moratones tenía Mel.

—Pobrecilla, no entiendo por qué no me lo has contado antes. Me siento fatal. Si hasta le he preguntado por su novio...

Resoplo y escondo la cara detrás de las manos. Estoy tan avergonzada de lo que he hecho... Vale, las circunstancias requerían acciones desesperadas, pero quizá debería haber hablado primero con Cole antes de meterme en la vida de alguien de esa manera.

—Últimamente no ha vuelto a aparecer, no desde que fui a verte. ¿Qué pasó? —Dios, cada vez que me acuerdo de aquella noche me dan ganas de ir a buscarlo y matarlo con mis propias manos.

—¿Qué pasó? —le pregunto con un hilo de voz, y le acaricio el brazo porque sé que le duele tener que recordar aquella noche.

No me imagino las cosas que ha visto, la responsabilidad que ha tenido que asumir, y todo ello sin poder compartirlo con nadie. Cuando empieza a hablar, parece que esté recordando una pesadilla de la infancia. Su voz suena distante, como si no le hubiera pasado a él sino a otra persona. Está tan afectado que se deja llevar por las emociones.

—Llevaba todo el día encerrado en la biblioteca acabando un trabajo.

Hacía días que no dormía ni comía en condiciones, pero sabía que solo faltaban unos días y que luego podría respirar tranquilo, al menos hasta los exámenes de mitad de trimestre. Esto fue antes de que me presentara por

sorpresa en tu casa.

Hago cálculos y soy consciente de que los problemas de Melissa empezaron justo cuando las clases y me parece increíble que no me diera cuenta. Me devano los sesos intentando recordar algún detalle, alguna señal de lo que estaba pasando, pero Cole es muy buen actor. Me ha ocultado esta parte de su existencia como si su vida conmigo no tuviera nada que ver con su vida en Chicago. Siempre he pensado que las clases lo mantenían ocupado, que con los horarios del trabajo apenas tenía tiempo para hacer vida social. Nunca me ha preocupado que hubiera otra chica, pero sí que nos distanciáramos, que no supiéramos de qué hablar ahora que nuestras vidas son tan distintas y no estamos tan unidos como antes. Era inevitable, llevábamos tres años viviendo juntos y nuestras vidas estaban tan interconectadas que para mí no era mi vida o la suya, era la de los dos.

Ahora la realidad es más evidente que nunca: Cole lleva una vida totalmente desconectada de la mía. Me siento estúpida por haber compartido con él hasta el último detalle de mi día a día en Nueva York. No lo digo con malicia, teniendo en cuenta las circunstancias. No puedo ignorar el hecho de que he dedicado buena parte de mi tiempo a mandarle mensajes por el móvil y el correo electrónico, a mantenerlo informado de mi vida para que no se perdiera nada, pero está claro que no ha sido recíproco.

—Sigue —le digo.

—Volví a casa muerto de cansancio, pero con la idea de pasar a ver a Mel y a Lainey y asegurarme de que Axel no hubiera vuelto.

Un escalofrío me recorre la espalda. Hasta su nombre suena malvado.

—Supongo que no llegué muy lejos. Me tumbé en la cama y me quedé dormido. Lo siguiente que supe fue que alguien gritaba mi nombre y daba golpes en mi puerta, y no tardé en descubrir que era la niña.

—Dios mío.

—Nunca olvidaré la cara de Lainey, no creo que pueda. Estaba llorando con tanto sentimiento que no podía respirar. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuvo aporreando mi puerta mientras Axel casi mataba a su madre a palos.

Le tiembla la voz. Es evidente que se siente culpable, aunque no podía hacer mucho más para ayudar a Mel y a Lainey. Él no tiene la culpa de que en el mundo haya gente sin corazón ni alma, gente que disfruta haciendo sufrir a los demás, gente que se merece una plaga bíblica.

—No... no sé qué decir. No tenía ni idea.

—Es una situación muy desagradable, no quería imponérsela a nadie, y

tampoco soportaba la idea de que te vieras envuelta por tanta oscuridad.

—Cole... —Me falla la voz—. Te quiero y no estoy contigo para compartir solo los buenos momentos. Quiero estar siempre a tu lado, a las duras y a las maduras. Dios, cuando pienso en todo lo que has visto, en el dolor que has presenciado... Ojalá me lo hubieras contado. No tenías por qué hacerlo solo, seguro que te habría venido bien un poco de ayuda con Melissa y su pobre hija.

—Lainey es una niña muy lista, o quizá Mel le dijo lo que tenía que hacer.

Cuando vino a buscarme, ya había llamado al 911 y la policía llegó enseguida. Tuve el tiempo justo para echar a Axel del apartamento y romperle unas cuantas costillas.

Ahogo una exclamación de sorpresa.

—Dime que no es verdad.

—Tuve que hacerlo. Se merecía que lo matara por hacerle algo así a una mujer. Tendrías que haberla visto, Tessie, pensé que estaba muerta. Había mucha sangre y casi no respiraba. Estuvo dos semanas ingresada en el hospital. No merece estar vivo.

—Claro que no, pero eso no quiere decir que seas tú quien lo mate. —Recorro la distancia que me separa de él hasta que prácticamente estoy sentada en su regazo—. ¿Te denunció? Sabes que podrías tener muchos problemas en la universidad.

—No me denunció.

—Pues no parece el típico tío que va por ahí haciendo favores a la gente.

¿Qué pasó? Cole me mira y respira hondo.

—Mel le dijo que solo pediría una orden de alejamiento y, como no había denuncia, no lo detuvieron, a pesar de la cantidad de pruebas que había en su contra.

—¿Qué? —exclamo, y casi me sale un grito.

La verdad, me lo imaginaba entre rejas y recibiendo las visitas nocturnas de algún macarra de nombre Tiny Times. No conozco mucho a Melissa, pero no le deseo lo que le ha pasado ni a mi peor enemigo. Su exnovio se merece pudrirse en el infierno por lo que les ha hecho a ella y a Lainey. No me puedo creer que se haya ido de rositas.

A menos que...

—Melissa lo hizo por ti, ¿verdad? Para que no constara en tu expediente.

De pronto, se le ve tan derrotado, tan triste, que es como si cargara con el

peso del mundo sobre sus hombros. Este no es el Cole que yo conozco y me vuelvo a sorprender del papelón que me ha colado últimamente. Si no hubiera recibido la condenada llamadita del fin de semana, no me habría enterado de todo lo que ha pasado en esa vida alternativa que parece que se ha construido sin mí. Me mata verlo así, atormentado por el remordimiento.

—Eh, eh, mírame. —Le sujeto la cara con las dos manos y le obligo a mirarme a los ojos—. Tú no tienes la culpa. —No dice nada, pero tampoco aparta la mirada. Ya está, ahora solo tengo que mantenerlo donde está.

—¿Sabes por qué me he cabreado tanto cuando te he visto en el apartamento de Mel? —¿Porque la he puesto nerviosa? Ahora que sé su historia, me siento todavía peor, pero ¿eso justifica la reacción de Cole? No lo sé, pero qué sabré yo de toda esta situación.

—Venga ya, Tessie, claro que no. —Se lleva mis manos a los labios y no las aparta—. ¿De verdad me crees capaz de enfadarme contigo por algo así? —He metido la pata. Tiene sentido.

—¡No! No es por eso... —insiste, negando con la cabeza—. El muy cabrón sigue buscando formas de acercarse a Mel cuando ella menos se lo espera. — Ve la expresión de horror en mi cara y continúa—: He hablado con la policía y dicen que se mueren de ganas de encerrarlo entre rejas, pero es muy listo, sabe cómo acercarse a ellas sin que lo detengan. Es lo que pasó el fin de semana de Acción de Gracias. Se presentó en la caravana de la madre de Mel y ella no supo cómo reaccionar.

—Me parece increíble lo que tiene que aguantar la pobre. Y me parece increíble que no me lo hayas contado hasta ahora. Cole, no sé ni qué decir.

—Pues deja que hable yo, que es lo que debería haber hecho hace siglos en vez de dejar que todo esto se interpusiera entre nosotros. Me he cabreado tanto contigo porque no podía soportar la idea de que te hicieran daño, de que Axel encontrara la forma de entrar en el apartamento y yo no estuviera allí contigo. Te he visto ahí de pie, en el mismo sitio en el que encontré a Mel, rota y llena de moratones, y he sentido que me moría por dentro. No puedo arriesgarme a que se te acerque, no pienso permitirlo.

—Dios mío, Cole, ¿en qué te has metido? Me abrazo a él con fuerza y sé que da igual lo que pase a partir de ahora porque no pienso volver a soltarlo.

Primero acuesto a Cole que, después del peso que se ha quitado de encima, necesita descansar desesperadamente. Luego me siento y empiezo a pensar.

Me alegro de haber guardado el portátil porque, por mucho que lo intente,

no puedo dejar de pensar en el mensaje que he recibido antes. La confesión de Cole cambia muchas cosas, pero extrañamente siempre llego a la misma conclusión. No sé cómo se lo tomará, pero aprovecho que está dormido para pensar largo y tendido. Esperaré unos días, unas semanas quizá, antes de tomar la decisión definitiva, pero tengo claro lo que quiero hacer y estoy ilusionada. Por primera vez desde hace mucho tiempo, sé que estoy a punto de hacer algo en beneficio únicamente de mi propia felicidad.

Fuera empieza a amanecer. Me despierto entre los brazos de Cole y le cuento el resto de mi plan.

—Por favor, habla con tu padre.

No parece muy contento, pero tampoco me lo discute. No entiendo cómo es posible que no acudiera a él desde el primer momento. Si alguien puede ayudarnos a expulsar a Axel de la vida de Mel es el sheriff Stone.

Seguramente se preocupará por lo mismo que yo porque sabe que la ficha policial de su hijo es bastante larga y podría peligrar su futuro. Así pues, me instalo en el balcón debajo de un millón de mantas y me tomo un café mientras oigo a Cole repitiendo la misma historia de ayer, aunque esta vez estoy más tranquila porque sé que tenemos al sheriff de nuestro lado. Cole ha hecho todo lo que ha podido para ayudar, pero ha llegado el momento de ceder el testigo.

—¿Ya? —le pregunto si todo ha ido bien cuando se reúne conmigo en el balcón.

—Sí, ha sido duro.

—Seguro que se ha cabreado contigo por no habérselo contado antes, ¿a que sí? —Me ha dicho algunas lindezas, nada que no hubiera oído antes — responde, y esboza una sonrisa.

Es la primera que le veo en todo el día. Quiero pensar que es una buena señal, así que aprovecho para hacerle unas preguntas que llevo guardándome desde ayer.

—¿Sabes si Melissa ha visto a alguien, no sé, a un terapeuta para hablar de lo sucedido? Después de lo que pasó anoche, es evidente que Melissa no ha superado el trauma que le ha provocado todo esto. Y no solo ella, aunque me cuesta creer que no se haya planteado la posibilidad de llevar a Lainey a que la vea un especialista. Ningún niño es capaz de presenciar tanta violencia contra su propia madre sin sufrir daños permanentes. He pasado mucho tiempo en compañía de Cami y sé que las víctimas de violencia de género, sobre todo cuando se trata de niños, mejoran notablemente gracias a la

terapia. Había pensado llamarla para pedirle que me recomiende algún especialista, pero antes tengo que hablar con los implicados.

Cole suspira como si ya hubiera pensado en ello y la idea no hubiera llegado a buen puerto.

—Supe que la había afectado cuando empezó a recuperarse físicamente.

No fue algo drástico porque, al fin y al cabo, Mel nunca ha sido la madre del año. Era muy joven cuando tuvo a Lainey y con un tío como Axel cerca, era cuestión de tiempo que empezaran los problemas. Enseguida me di cuenta de que la niña no recibía el amor y la atención que cualquier niño de su edad e intenté intervenir todo cuanto pude.

—La mesita de color lila se la regalaste tú, ¿verdad? Le sorprende que haya caído en la cuenta.

—Sí, fue mi regalo de cumpleaños. ¡Dios, se puso más contenta que si le hubiera construido una casa para la Barbie a tamaño natural! Eso me hace sonreír.

—Ya sé que no puedo compararme con ella ni con su situación, pero cuando eres tan pequeña y no sabes muy bien qué les pasa a los adultos de tu familia, son los detalles los que te hacen más feliz. Si no sabe qué es el amor de unos padres, basta con hacerle un poco de caso para alegrarle el día. La conozco poco, pero sé que te idolatra y es porque contigo se siente importante y sabe que la quieres. Eso lo es todo para un niño.

Cole no dice nada y yo necesito desesperadamente saber en qué está pensando. Ahora que sé por todo lo que ha pasado, siento una especie de instinto que me anima a acabar con todas sus preocupaciones. Ojalá me dejara ayudarle.

—¿Te arrepientes de no haber acudido a mí antes? —intento bromear, pero tiene una expresión tan seria en la mirada que me coge desprevenida.

—No tenía ni idea de dónde me estaba metiendo y no fui consciente hasta que ya era demasiado tarde. Un día Mel y yo solo éramos vecinos y al siguiente ya le estaba haciendo la compra y asegurándome de que su hija estuviera bien alimentada. No sabía cómo explicártelo y tampoco sabía cómo reaccionarías.

—Lo habría entendido y te habría ayudado. Lo estás haciendo genial, pero tienes que entender que no puedes hacerlo todo solo. Necesitas la ayuda de mucha gente, profesionales que saben lo que hacen. Solo el hecho de que sigan viviendo en el mismo sitio en el que han sufrido tanto es... Si fuera Melissa, me habría largado en cuanto hubiera podido.

—Cuando salió del hospital, ya venía muy descentrada, sobre todo con Lainey. Se le olvidaba recogerla del colegio, no le daba de comer, no la bañaba... Era una locura. Yo no sabía qué hacer, pero entonces apareció su madre y, la verdad, se comportó. Ahora Lainey duerme en su casa casi todos los días y Mel se la queda cuando puede. He intentado hablar con ella, pero...

Supongo que tienes razón, no sé en qué estaba pensando. Mel necesita ayuda y yo no puedo con todo.

—¿Tiene trabajo? He visto el montón de facturas de la cocina y, si sigue en estado de shock por lo ocurrido, no sé cómo se las arregla, la verdad.

Cole me mira y no dice nada. Me levanto, me pongo de cuclillas delante de él y le cojo las manos.

—Las mantienes tú, ¿no? Les pagas los gastos.

Conociéndolo, no me extraña el nivel de implicación por su parte. Ahora entiendo por qué trabaja tantas horas cuando, en realidad, no lo necesita o por qué insiste en vivir en ese cuchitril, a pesar de mis constantes súplicas y las de su familia. El barrio en el que vive tiene una de las tasas de delincuencia más altas de toda la ciudad; cuando lo descubrí, casi me muero. Nunca hemos hablado directamente del tema, pero sí que le he insinuado varias veces que debería mudarse.

Nunca me ha hecho caso y ahora sé que es porque también forma parte de la vida de Melissa y de Lainey. Lo quiero aún más porque tiene un corazón enorme y un alma valiente. Me encanta que sea tan compasivo y considerado, y que esté dispuesto a ayudar a cualquiera que lo necesite. Es lo que hizo por mí hace tantos años y yo siempre le estaré agradecida. Luego nos enamoramos y el aprecio mutuo que sentíamos se transformó en una pasión intensa pero sosegada. No estoy ligada a él porque en su momento me ayudara a salir adelante, sino porque es el amor de mi vida y yo decido que quiero estar a su lado.

Eso mismo, ese perder la cabeza por el otro, es lo que no veo aquí y, sinceramente, me preocupa.

—Dime qué puedo hacer. Por favor, quiero ayudarte.

—Trabaja de recepcionista en la oficina de un agente inmobiliario en la peor zona de la ciudad. El día que volvió al trabajo después de pasar por el hospital, un cliente intentó propasarse con ella, sin saber que precisamente no le gusta que la toquen. Supongo que le hizo pensar en Axel y le dio en la cabeza con un pisapapeles.

Me tapo la boca y ahogo una exclamación de sorpresa.

—Obviamente, la despidieron y desde entonces no ha tenido mucha suerte que digamos. Yo le estoy echando un cable, pero me ha prometido que se recuperará enseguida.

Ojalá fuera tan fácil.

—Aquella noche en el hotel, cuando desapareciste, es lo que estabas haciendo, ¿no? Ayudarla. Cole, tienes que ser consciente de...

—Estoy metido hasta el cuello, lo sé, pero tampoco puedo dejarla sola de un día para otro.

—No está sola, ¿no lo ves? No eres el único que puede ayudarla, hay gente que se dedica profesionalmente a ello. Ya sé que tú solo intentas hacer lo correcto, pero ¿no crees que ya has hecho suficiente? Soy tan sutil como la portada de una novela de *highlanders*. Ya está, ya lo he dicho. Quizá he quedado como una bruja egoísta, pero alguien tiene que intervenir, alguien tiene que hacerle ver que Melissa y Lainey no tienen por qué depender solo de él, que no es el único que se preocupa por ellas. Veo que asiente a regañadientes, aunque sé que le va a costar ceder. Hemos tardado meses en llegar hasta aquí, meses de secretos y de medias verdades, y sé cuánto le cuesta compartir esto conmigo.

Si algo he aprendido en este tiempo es que a veces no puedes renunciar a ayudar a la persona que quieres. Da igual que se resista, da igual la cantidad de muros que levante a su alrededor para mantenerte a distancia, las mentiras que cuente o el dolor que te inflija. Si lo quieres, insistirás. Al final, con tiempo y mucho esfuerzo, conseguirás tu objetivo y será lo más gratificante que hayas hecho en tu vida.

Para mí esa persona es Cole, el hombre que consiguió abrirse paso a través de mis defensas y cambiarme la vida para siempre. ¿Esto de ahora? No es nada a lo que no pueda enfrentarme.

Tienes el tesón de una *shippeadora* de Larry *Un mes después* Las vacaciones de Navidad son las fechas más bonitas del año y, aunque mi familia no tiene el mejor expediente en cuanto a reuniones felices se refiere, me gusta pensar que este año le hemos dado la vuelta a la tortilla.

Reconozco que gran parte del mérito es mío por mi absoluta determinación a no permitir que nada me estropee los planes, como ocurrió con la puñetera fiesta de compromiso. He reunido a la tropa y todo el mundo se ha comportado admirablemente. Hasta Jay ha dejado de buscarle las cosquillas a Cole diciéndole cómo me gusta el pollo de Nando's, y eso sí que es un milagro. En el correo electrónico que les envié con toda la información perfectamente detallada, entre otras cosas les pedía datos sobre posibles exparejas psicóticas que pudieran presentarse de repente y, no te engaño, la lista era larga. ¿Quieres saber si he contratado seguridad privada? Pues no.

¿Y he sobornado al equipo de lucha libre del instituto para que se planten delante de casa a cambio de un puñado de dólares? Eso sí. Gracias a mis esfuerzos y también al de los Stone, que por fin se han dado cuenta de que para ayudar a su hijo tienen que aparcarse sus diferencias, puedo anunciar con orgullo que hemos celebrado la Navidad más festiva que se pueda celebrar.

Otro punto a destacar es que Cole ha podido quedarse dos semanas enteras en casa. Entre cuidar de Melissa y Lainey y los exámenes finales, el estrés empezaba a afectarlo. Al final he conseguido involucrar a toda la familia, y es que el pobre también se merece que lo cuiden. La abu Stone se ha venido a vivir con su hijo y podrá vigilar a Cole, cosa que le agradeceré toda la vida.

Pero de eso ya hablaremos más adelante.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Cole mientras me ayuda con la cremallera del vestido.

Es la primera vez que salimos los dos solos desde hace siglos y estoy de los nervios. Al final hemos decidido no celebrar Nochevieja en Nueva York con todos nuestros amigos. Así podemos aprovechar para pasar tiempo juntos, salir a cenar y luego a la discoteca, pasar una noche tranquila pero no falta de emociones; no sé si me seguís.

—En lo mucho que han cambiado las cosas en este último mes.

No le he explicado el motivo principal del cambio de planes, pero la idea es hacerlo esta noche. El mes pasado fue su mes y, a pesar de que el trabajo me ha mantenido más ocupada que nunca, he intentado que sea consciente de que, por mi parte, puede contar con todo mi apoyo siempre que lo necesite. Y lo ha necesitado.

Al final, seguimos los consejos del sheriff y ayudamos a Melissa y Lainey a encontrar un sitio más seguro. El sheriff también nos sugirió, por cuestiones de seguridad y confidencialidad, que Melissa usara el apellido de su madre y que la niña no llevara el de Axel. Una vez estuvieron instaladas en su nuevo barrio, mucho más seguro que el anterior, empezó el trabajo duro de verdad.

Hablamos con Melissa y, entre los tres, buscamos al mejor terapeuta especializado en violencia de género que el dinero pudiera pagar. Luego le buscamos otro igual de bueno a Lainey y me alegra decir que, de momento, todo va como la seda.

También abrimos una colecta anónima para ayudarlas a empezar de cero.

En su último mensaje, Melissa me contaba que estaba buscando trabajo y que a Lainey le encantaba su nuevo colegio. De momento, las cosas pintan bien para las dos.

El cambio más duro ha sido para Cole. Estaba tan volcado en ellas que le ha costado acostumbrarse a no sufrir. Me ha tenido a su lado, ayudándolo a calmar sus demonios, que son unos cuantos.

Parte de la necesidad de rescatar a la damisela en apuros le viene de su relación conmigo cuando éramos pequeños, de cómo me trataba al principio y, más adelante, la incapacidad para estar a mi lado en mis peores años de acoso. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero el recuerdo sigue grabado a fuego en su memoria y, en situaciones como la de Melissa, es cuando se ve cómo se castiga a sí mismo. Una vez me pegaron en el instituto y recuerdo que llevé el trauma conmigo durante mucho tiempo. Cole, a pesar de que al final me vengó lo mejor que pudo, tardó mucho tiempo en dejar de echarse la culpa. Desgraciadamente, ahora sé que algunas heridas no se curan nunca. Por eso, cuando vio a Melissa y supo de la desesperación y de la brutalidad que sufría a manos de su pareja, se involucró sin pensarlo dos veces. Y no solo eso, también fue mucho más allá que cualquier otra persona.

Lo quiero aún más por ello, pero tiene que aprender a dar un paso al lado y ser consciente de que lleva demasiado tiempo culpándose. Se involucró demasiado en la vida de otra persona y olvidó distanciarse. Creo que estar en casa, rodeado de la gente que lo quiere, le ha servido para darse cuenta de que

no puede hacerse responsable de las vidas ajenas; solo de la suya.

Me sube la cremallera hasta arriba y me da un beso en el cuello. Me rodea con los brazos y esconde la cara contra mi cuello.

—Eres mi heroína, bizcochito. Ya sé que nunca te lo digo, pero gracias.

Le cubro los brazos con los míos, me apoyo en su pecho y le digo: — Haría cualquier cosa por ti, ya lo sabes.

Me recorre el lateral del cuello con besos profundos y húmedos, y por un momento estoy a punto de suplicarle que me arranque el vestido que me acaba de poner.

—No sabes cuánto te quiero, Tessie. A veces lo pienso y es que alucino.

Gracias por no darte por vencida cuando tenías muchos motivos para hacerlo.

—Eres el amor de mi vida, Cole Stone, no pienso soltarte tan fácilmente.

Se me rompe la voz de la emoción, pero es demasiado pronto para llorar.

Si quiero que la noche vaya según lo planeado, tengo que ser valiente. No sé si os habéis dado cuenta, pero últimamente me he aficionado a esto de planear las cosas. Me tranquiliza y me ayuda a centrarme en este mundo tan caótico. Respiro hondo, me recompongo y me libero del santuario que son los brazos de Cole.

—¿Vamos? No quiero perder la reserva.

—Estás muy callada —apunta Cole mientras nos sirven el segundo plato.

La comida está buenísima y el ambiente es muy romántico. Cole ha dado en el clavo con la elección. Es otro intento de disculpa más en lo que va de mes, aunque ya le he dicho un millón de veces que no tiene por qué disculparse. Eh, que si al chico le hace ilusión gastarse los cuartos mimándome, quién soy yo para decirle que no lo haga. La cosa empieza a salirse de madre. El día de Navidad, me regaló un collar de diamantes y yo me pasé casi dos horas echándole la bronca por haberse gastado tanto dinero.

Por ahora, parece que mi táctica no funciona y yo me alegro un poco, aunque en secreto.

Estoy callada, pensando en la forma de darle la noticia. Un mensaje de Beth interrumpe mis pensamientos justo en el momento preciso y me concede una prórroga que está claro que necesito. Me río mientras veo un vídeo de Megan, roja como un tomate, sentada sobre los hombros de un chico sin camiseta y girando al ritmo del *Hot In Herre* de Nelly. Le pido que me envíe el nombre del local y un número de contacto para celebrar allí la despedida de soltera. La boda es en abril y yo ya estoy histérica, pero sé que antes de que

llegue el día tengo que hablar con mi familia y mis amigos y darles la noticia.

—Estoy pensando.

—¿En qué? Sus ojos me sonríen, la luz de las velas proyecta sombras sobre su rostro y no puedo evitar mirarlo y quedarme embobada.

—En que no sé cómo pero lo hemos conseguido; me refiero a todo eso de la relación a distancia, a pesar de los baches que nos hemos encontrado en el camino.

—¿Acaso lo dudabas? —pregunta, y sus labios esbozan una sonrisa—.

¿Crees que te dejaría marchar tan fácilmente? —Claro que no. Tienes el tesón de una *shippeadora* de Larry.

Cole me mira y ladea la cabeza.

—No te entiendo.

—Y es mejor así, cariño, créeme.

Él se ríe y sacude la cabeza. Sabe que algo pasa, pero no pregunta nada más en toda la cena.

En lugar de dormir en casa de mi padre, Cole y yo hemos reservado una habitación de hotel que no es el de Acción de Gracias. Este es igual de pijo, pero no está contaminado por el recuerdo de las rupturas del pasado.

Precisamente por eso, mientras subimos a nuestra planta y entramos en la habitación, no pienso en las peleas o en lo complicada que ha sido la transformación de este último mes, sino que estoy contenta y me siento extrañamente optimista, más ilusionada por el futuro de lo que nunca lo he estado.

¿Que si tengo miedo? Claro, pero eso no me va a impedir aprovechar las oportunidades que me regale la vida mientras me aferro a ella con uñas y dientes.

—¿Te ha llamado el casero? Lo primero que hago es quitarme los tacones y dejarme caer sobre la cama.

No sé en qué estaba pensando cuando me he planteado la posibilidad de sorprender a mis amigos saliendo de fiesta con ellos. Lo siento, pero estoy agotada. Lo que necesito es una velada tranquila en compañía de Cole.

—Sí, ya está hecho. Me puedo instalar en cuanto vuelva.

La idea era que dejara el apartamento lo antes posible, justo después de Melissa, más que nada porque el psicópata de su novio sigue suelto. Me preocupa su seguridad, pero entre la universidad y el contrato, tiene que esperar hasta enero. Esta vez lo he ayudado a buscar piso y creedme cuando os digo que el edificio está lleno de gente que a las nueve de la noche ya lleva

un buen rato durmiendo.

Seguramente se aburrirá como una ostra, pero al menos estará a salvo.

Claro que últimamente ha mencionado la posibilidad de ser fiscal; imagínate el disgusto. Si muero joven será porque mi novio ha visto *Algunos hombres buenos* demasiadas veces, pero aún no he sacado el tema porque, chicas, las batallas hay que lucharlas una a una.

Lo cual me recuerda...

Aún faltan un par de horas para medianoche. Seguramente bajaremos a ver los fuegos artificiales que ha preparado el hotel, pero antes prefiero airear todos los secretos, así que, mientras Cole se pone cómodo, respiro hondo y lo llamo.

—¿Puedes venir un momento? —¿Ya estás preparada para contármelo? Lo miro un poco avergonzada y dejo que se coloque detrás de mí para que yo pueda apoyar la espalda contra su pecho. Esta vez quiero mirarlo a la cara, así que me siento de medio lado sobre su regazo y le acaricio el pelo.

—Se me nota, ¿verdad? Cole sonrío.

—Sé que me estás ocultando algo hace tiempo, pero prefería que me lo contaras cuando estuvieras preparada.

—La espera habrá sido un suplicio.

Me muerdo el labio para no reírme, pero él lo libera de entre mis dientes y luego lo acaricia con el pulgar.

—No te voy a decir que haya sido fácil verte tan nerviosa y reservada, pero sabía que si te presionaba estaría actuando como un hipócrita. Eso no quiere decir que no haya puesto la oreja cada vez que te escondes para hablar por teléfono.

Bajo la cabeza y me acurruco contra su pecho.

—Lo siento, quería decírtelo antes, pero había demasiados cabos sueltos.

Me acaricia la espalda, que está casi toda al descubierto dado el vestido que llevo. Todos mis sentidos cobran vida al mismo tiempo y, de pronto, nada me apetece más que sentir sus manos por todo mi cuerpo, pero antes vayamos al grano.

—A principios de diciembre, cuando fui a verte a Chicago, recibí un mensaje de correo electrónico aterrador y, al mismo tiempo, emocionante.

—Vale, te escucho.

—Era de Amy, mi jefa. —Cole asiente para que sepa que, de momento, me sigue—. Iba dirigido a Leila y a mí y, en él, nos hablaba de una oportunidad única. La primera vez que lo leí, pensé que no podía ser real,

¿sabes? Lo que nos ofrecía era una locura y supongo que por aquel entonces estaba demasiado dispersa para darme cuenta de lo que tenía delante. No tomé una decisión inmediatamente porque no quería precipitarme, pero he pensado mucho en ello y sé que quiero hacerlo.

—Si te hace tan feliz, ¿por qué me lo has ocultado? Parece un poco dolido y por eso intento tranquilizarlo.

—No te lo estaba ocultando, ni a ti ni a nadie. Solo quería estar segura de que realmente es lo que quiero hacer. Después de todo lo que ha pasado este último mes, me preocupaba decir que sí para poder escaparme, pero ahora estoy segura de mi decisión. Es una oportunidad increíble y eso es lo único que importa.

—Venga, bizcochito, suéltalo ya.

Cierro los ojos y respiro hondo. Me da pánico decirlo en voz alta, y es que hasta ahora solo lo sabían Amy, Leila y algunos del Departamento de Recursos Humanos de *Venus*.

—Mi jefa va a ocupar el puesto de directora de la oficina de Londres durante seis meses. —Cole abre los ojos como platos y creo que sabe exactamente lo que estoy a punto de decir—. Quiere trabajar con su propio equipo y nos ha pedido a Leila y a mí que la acompañemos.

Ya está. Lo he dicho.

¡Dios mío! ¡Me voy a Londres seis meses! Cole está callado, quizá demasiado para mi gusto, pero lo comprendo. Es una noticia muy importante y no espero que lo entienda enseguida, pero desde que recibí la oferta siempre he sabido que su reacción sería la más importante. Por eso, ahora que las cartas están sobre la mesa y él sigue sin abrir la boca, empiezo a estar un poco preocupada.

—¿Cuándo te vas? Estoy acurrucada contra su pecho, tumbada encima de la cama. Hace rato que he cambiado el vestido por un salto de cama de seda que Cami me ha metido en la maleta sin que me diera cuenta. Cole está guapísimo con sus calzoncillos largos; guapísimo pero muy serio.

—La primera semana de febrero.

—Bueno, aún tenemos tiempo.

Respira hondo varias veces seguidas y luego se queda otra vez callado.

Observo el perfil de su cara y me pregunto en qué estará pensando. Sé que se alegra por mí, me lo ha dicho mientras me comía a besos. Se alegra y está orgulloso de mí por atreverme a salir de mi zona de confort y por aprovechar las oportunidades que me ofrece la vida. Sabe que, si no lo hago,

algún día me arrepentiré.

Claro que esto también significa que esta vez no estaremos separados por estados, sino por continentes. Todo será más complicado, eso es evidente, y como conozco a Amy, sé que no tendré tiempo para coger un avión y venir a verlo cuando me apetezca. Lo echaré de menos, tanto que ese ha sido el factor principal por el que he tardado tanto en decidirme. Sin embargo, sé que si alguien puede sobrevivir a esto somos nosotros. El tiempo vuela, Cole estará concentrado en las clases y yo estaré trabajando a tope, aprendiendo a vivir sin depender constantemente de mis amigos y de mi familia. Nunca he estado sola de verdad y, aunque la idea me resulta aterradora, sobre todo porque sé que tendré que compartir piso con Leila mientras vivamos allí, he de admitir que nunca había estado tan emocionada como ahora.

—¿En qué estás pensando? —pregunto, repitiendo sus mismas palabras, y él me dedica una sonrisa triste.

—Ojalá no nos hubiéramos pasado todo un mes arreglando mis problemas.

Ahora me parece increíble que, en vez de pasar más tiempo contigo, estuviera todo el día encerrado dentro de mi propia cabeza.

—No digas eso —protesto, mientras dibujo círculos sobre su pecho—.

Estoy muy orgullosa de ti y de todo lo que has hecho por Melissa y por Lainey. Les has salvado la vida, Cole, pero había llegado el momento de dejarlas volar y yo me alegro de haberte ayudado a conseguirlo.

Le doy un beso en el centro del pecho y él no dice nada.

—¿Tienes miedo? —pregunta al fin.

Me conoce tan bien, sabe cuáles son mis miedos y lo vulnerable que soy a la soledad.

—Un poco. Nunca he vivido sola durante tanto tiempo. Me da un poco de respeto. Sé que será duro y que lloraré un poco. —Lo miro a la cara—. Vale, lloraré mucho, pero sé que al final la experiencia valdrá la pena. Y cuando pasen los seis meses, volveré sabiéndome capaz de todo lo que me proponga.

De pronto, le brillan los ojos de la emoción. Acerca mi cara a la suya y me besa como si no hubiera un mañana.

—Sé que te irá bien, confío mucho en ti. Eres capaz de esto y de más, bizcochito, y yo no podría estar más orgulloso de ti. Si esto es lo que quieres, cuenta con mi apoyo para todo. Lo pasaré mal y te echaré de menos más de lo que te imaginas, pero estaré ahí siempre que me necesites.

Soy incapaz de controlarme y empiezo a sollozar como una niña pequeña.

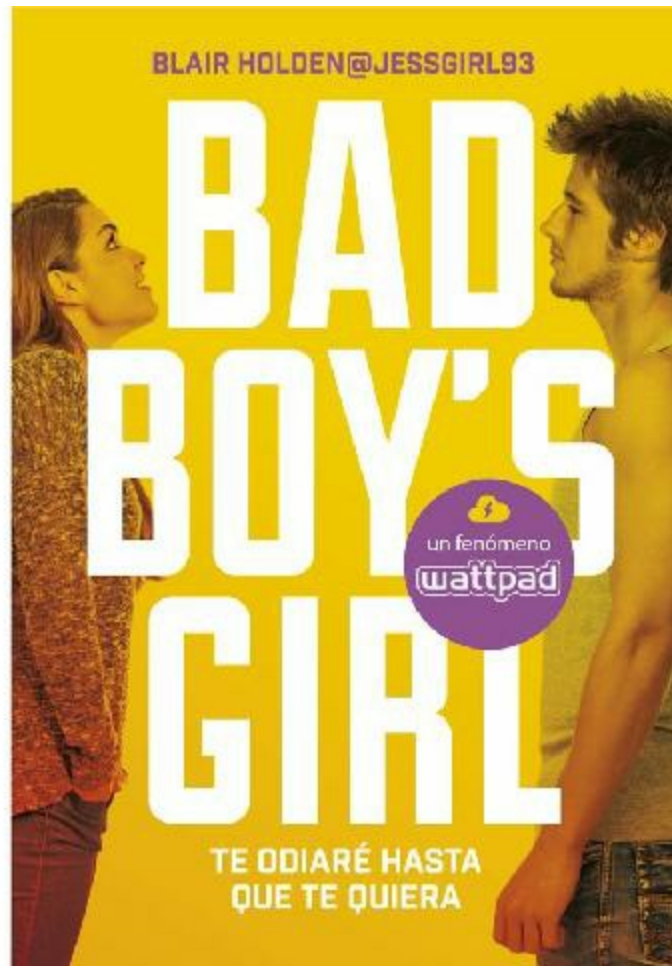
Y así es como recibo el año nuevo, bebiendo champán y llorando entre los brazos de Cole.

Porque tiene razón. Lo pasaré mal y le echaré de menos. Pasaré muchas noches sola y maldeciré el día que decidí separarme de él y de todo lo que conozco. Me preocuparé por él y analizaré hasta la última palabra de cada conversación de teléfono, de cada mensaje.

Pero estaremos bien. ¿Sabéis por qué? Me lo recuerda Cole mientras me quita el camisón y venera mi cuerpo. Me lo susurra al oído mientras me acaricia la piel y me da la vida. Oigo las palabras resonando por toda la habitación hasta que se hace de día.

—Tú y yo somos para siempre.

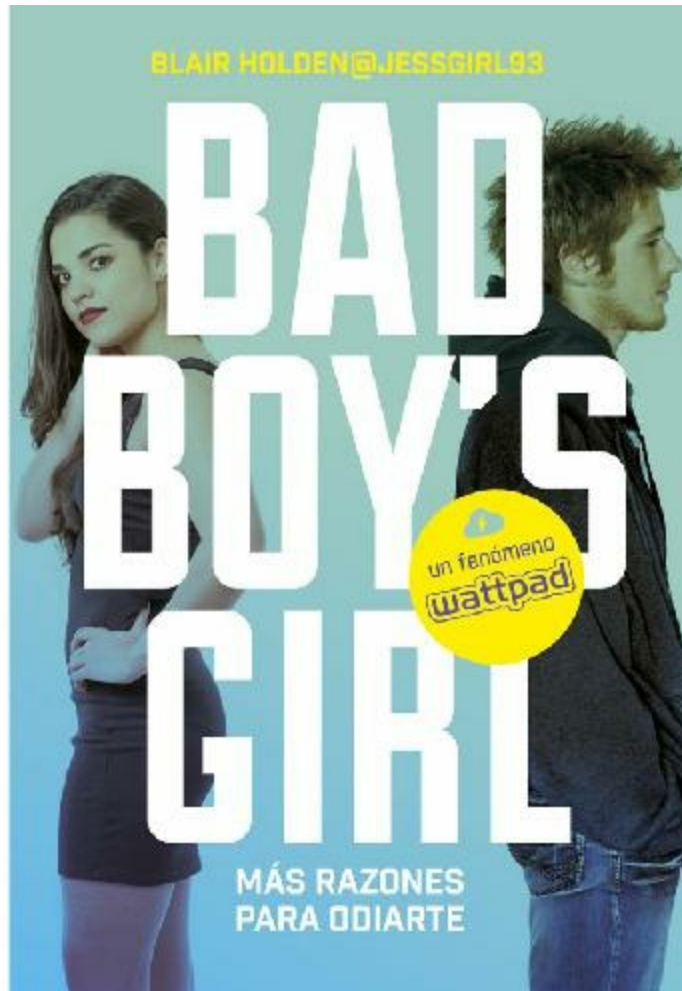
Fin de la primera parte



Tessa es una chica del montón. Su plan para el último curso en el instituto es pasar inadvertida y seguir admirando a su fichaje, Jay Stone, desde la distancia. Pero todo cambia cuando el hermano de Jay, Cole, vuelve. Desde que Tessa puede recordar, Cole le ha hecho la vida imposible. Aunque si vas a tener un enemigo número uno, mejor que sea como él: guapo como pocos y con unos ojos azules que tiran para atrás.

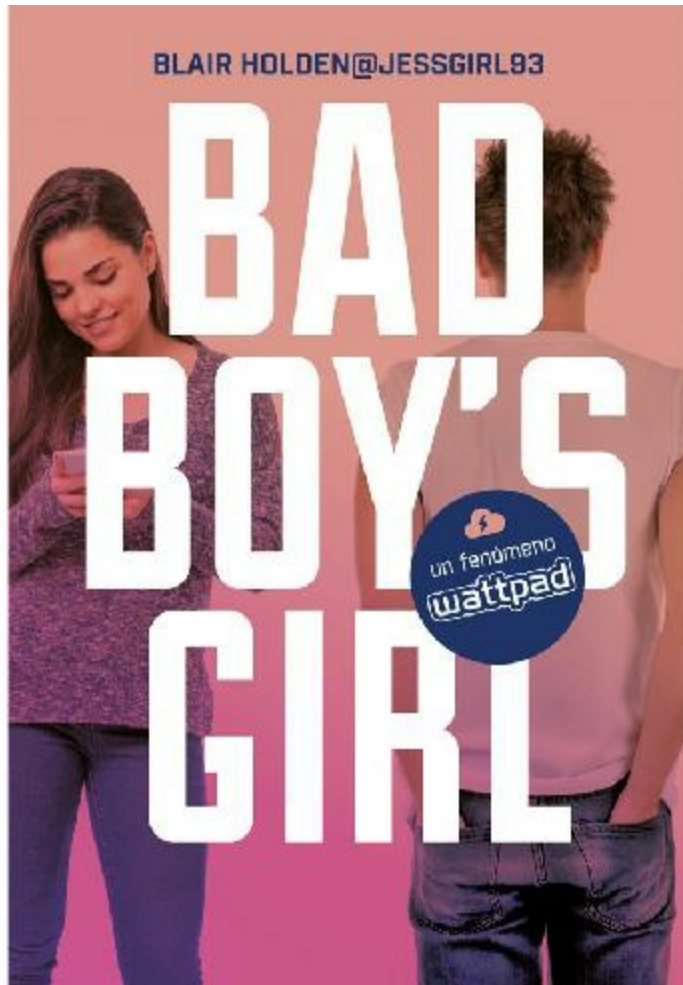
Cole la desafía, pone a prueba sus límites, y la fuerza a sacar a la chica guay que ella se empeña en esconder bajo una capa de mediocridad y cutrerío.

Ya lo dice el refrán: quien bien te quiere te hará rabiar.



Colessa es oficial. Cole ha pasado de ser el acosador personal de Tessa a ser la única persona a la que ella quiere ver por las mañanas. Su objetivo para el primer año en la universidad es vivir a tope y amar profundamente. Pero, una vez en el campus, queda claro que su novio tiene la habilidad de encandilar a todo lo que se mueve. Cuando las universitarias empalagosas ataquen, las antiguas inseguridades de Tessa volverán a aparecer e incluso al mismísimo Cole Grayson Stone le costará convencer a su chica de que ella es la única.

Cole protegió a Tessa del mundo una vez, pero ¿podrá protegerla ahora de sí misma?

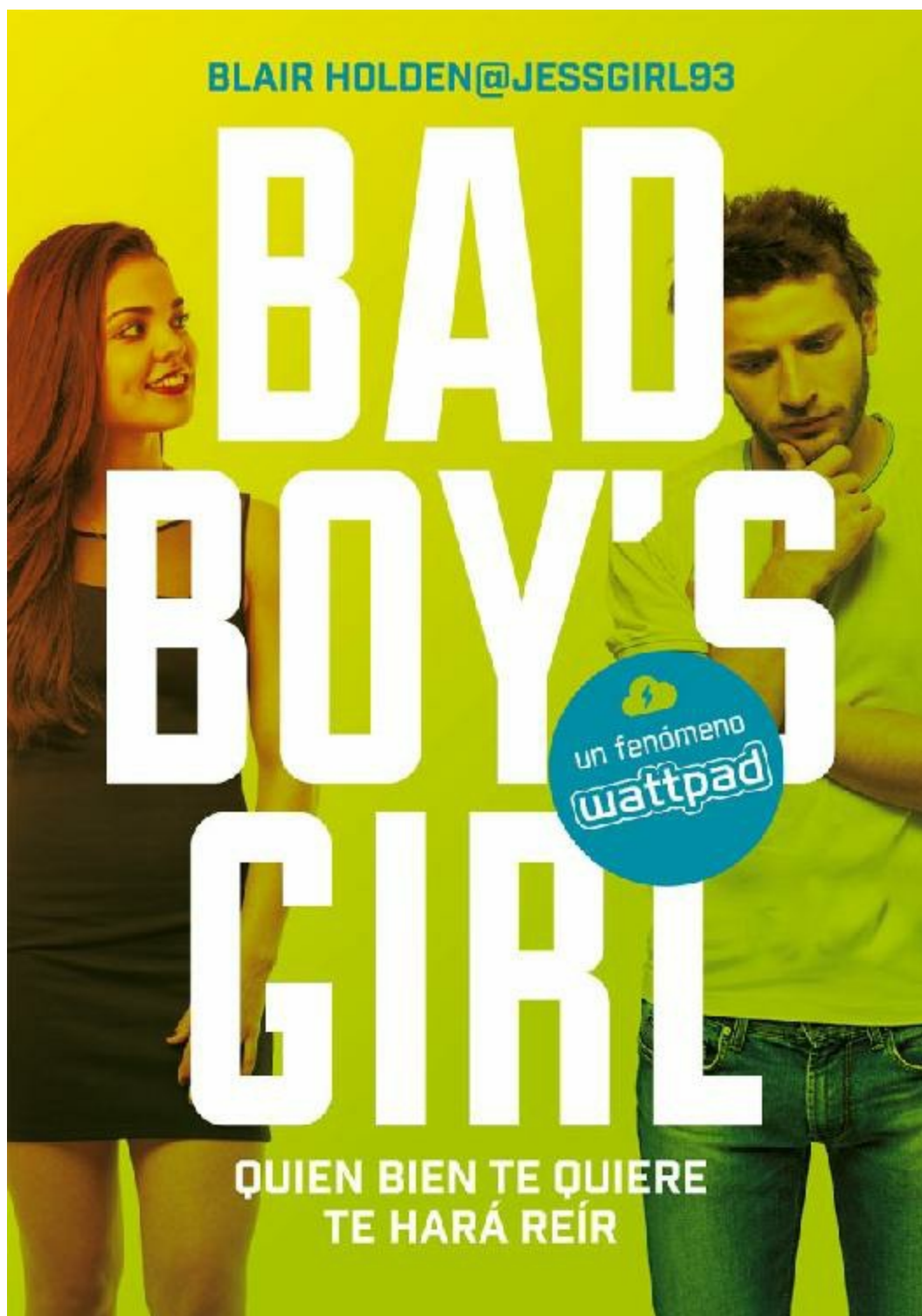


Tessa

O'Connell por fin ha aceptado que mientras salga con Cole Stone, el chico malo de ojos azules más adorable del planeta, su vida no dejará de ser una aventura. Después de un primer curso interminable en la universidad, Cole y Tessa están más que preparados para las vacaciones de verano, dejar atrás todo el drama y pasar unos meses completamente apartados de fraternidades y borracheras universitarias. Pero, como siempre, la vida tiene un modo especial de entrometerse. En medio de una mezcla explosiva de dramas familiares, tensiones entre amigos y una nueva chica recién llegada a la ciudad, Cole toma una decisión que le puede cambiar la vida.

Parece que Tessa va a necesitar una caja gigante de KitKats y muchos litros de helados de fresa para sobrevivir al verano.

BLAIR HOLDEN@JESSGIRL93



Cuarta y última entrega de la adictiva serie #BadBoysGirl. Tessa O'Connell y Cole Stone (también conocidos como Colessa) se enfrentan ahora a una nueva dificultad en su relación: la distancia. Tessa O'Connell puede con todo y todavía con más. Por eso, al terminar la uni, se propone no

dejar escapar ninguna oportunidad, aunque ello signifique mudarse sola a Nueva York mientras Cole termina su carrera de Derecho. Al fin y al cabo, después de todo lo que han pasado juntos, podrán sobrevivir a una relación a distancia... ¿verdad? Junto a sus nuevos amigos y hermanastros, a la épica abu Stone y a otros extras que reaparecen por todo lo alto, Cole y Tessa tendrán que enfrentarse a la vida real como pareja y superar todos los obstáculos para construir su *forever and ever*.

ADVERTENCIA: Esta historia viene con un Cole Stone con niveles de adorabilidad nunca vistos. Camino de convertirse en un señor abogado, pero con un corazón eternamente gamberro, sigue siendo el chico malo del que te enamoraste, pero más guapo, más sensible y todavía más enamorado de su Bizcochito.

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: *The Bad Boy's Forever* Edición en formato digital: marzo de 2018 © 2017, Blair Holden © 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2018, Sheila Espinosa Arribas, por la traducción Diseño de portada: Compañía Fotografía de portada: © Thinkstock Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-762-9 Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

[Quien bien te quiere te hará reír](#)

[1. Mi objetivo del año: no acabar en la morgue](#)

[2. Una adolescente lo tendría más fácil para resistirse a los encantos de un chándal de terciopelo](#)

[3. Eres un encantador de ovarios](#)

[4. ¿Tienes alguna gabardina por casa que sea un poquito ancha?](#)

[5. Las situaciones desesperadas requieren del abuso descarado del dinero de](#)

[tus padres](#)

[6. Cuento los segundos hasta nuestro próximo encuentro de alto impacto y cero exhibicionismo](#)

[7. Mi confianza se desinfla como una pasa](#)

[8. El tío sigue teniendo la perspicacia de un animal atropellado](#)

[9. No hay nada más platónico que hablar de vello facial](#)

[10. No puedes vivir sin ellos y tampoco puedes pagar a la mafia para que parezca un accidente](#)

[11. Que una fuerza superior controle el volante y haga saltar el coche desde](#)

[el borde del precipicio](#)

[12. El mismísimo Gordon Ramsay con la carta de postres](#)

[13. Creo que será mejor anular la prueba de ADN](#)

[14. Las chicas del Valle retienen la col como los camellos el agua](#)

[15. Soy tan sutil como la portada de una novela de highlanders](#)

[16. Tienes el tesón de una *shippeadora* de Larry \[Sobre este libro\]\(#\) \[Créditos\]\(#\)](#)

Document Outline

- [Quien bien te quiere te hará reír](#)
- [1. Mi objetivo del año: no acabar en la morgue](#)
- [2. Una adolescente lo tendría más fácil para resistirse a los encantos de un chándal de terciopelo](#)
- [3. Eres un encantador de ovarios](#)
- [4. ¿Tienes alguna gabardina por casa que sea un poquito ancha?](#)
- [5. Las situaciones desesperadas requieren del abuso descarado del dinero de tus padres](#)
- [6. Cuento los segundos hasta nuestro próximo encuentro de alto impacto y cero exhibicionismo](#)
- [7. Mi confianza se desinfla como una pasa](#)
- [8. El tío sigue teniendo la perspicacia de un animal atropellado](#)
- [9. No hay nada más platónico que hablar de vello facial](#)
- [10. No puedes vivir sin ellos y tampoco puedes pagar a la mafia para que parezca un accidente](#)
- [11. Que una fuerza superior controle el volante y haga saltar el coche desde el borde del precipicio](#)
- [12. El mismísimo Gordon Ramsay con la carta de postres](#)
- [13. Creo que será mejor anular la prueba de ADN](#)
- [14. Las chicas del Valle retienen la col como los camellos el agua](#)
- [15. Soy tan sutil como la portada de una novela de highlanders](#)
- [16. Tienes el tesón de una «shippeadora» de Larry](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Créditos](#)

Table of Contents

Quien bien te quiere te hará reír

1. Mi objetivo del año: no acabar en la morgue

2. Una adolescente lo tendría más fácil para resistirse a los encantos de un chándal de terciopelo

3. Eres un encantador de ovarios

4. ¿Tienes alguna gabardina por casa que sea un poquito ancha?

5. Las situaciones desesperadas requieren del abuso descarado del dinero de tus padres

6. Cuento los segundos hasta nuestro próximo encuentro de alto impacto y cero exhibicionismo

7. Mi confianza se desinfla como una pasa

8. El tío sigue teniendo la perspicacia de un animal atropellado

9. No hay nada más platónico que hablar de vello facial

10. No puedes vivir sin ellos y tampoco puedes pagar a la mafia para que parezca un accidente

11. Que una fuerza superior controle el volante y haga saltar el coche desde el borde del precipicio

12. El mismísimo Gordon Ramsay con la carta de postres

13. Creo que será mejor anular la prueba de ADN

14. Las chicas del Valle retienen la col como los camellos el agua

15. Soy tan sutil como la portada de una novela de highlanders

16. Tienes el tesón de una «shippeadora» de Larry

Sobre este libro

Créditos